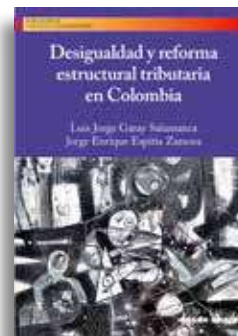


**RAZMIG KEUCHEYAN CÉDRIC DURAND EVELYNE PIELLER SANDRINE BACCARO  
LAURA RAIM EVGENY MOROZOV CARLOS E. MALDONADO GUY LARON CARLOS GUTIÉRREZ**

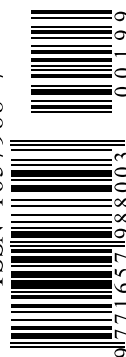
# LE MONDE diplomatique

el dipló, una voz clara en medio del ruido  
mayo 2020

De venta en librerías



ISSN 1657988-7



Edición Colombia • Versión digital • Año XVIII • N°199 • \$ 8.000



COVID-19

## Después de la crisis, las crisis

Óscar Pinto Pineda, *Risa*, ilustraciones del libro "El Principito" (Cortesía del

El confinamiento generalizado, decidido por diversidad de países como mejor medida para contener el covid-19, empieza a pasar factura en la forma de recesión económica global y fractura de los Derechos Humanos. El desempleo ya muestra sus grandes cifras, y la nacionalización de multinacionales y otras grandes empresas,

como recurso espurio para salvar al 1 por ciento, gana cada vez más espacio. La masificación de controles sociales por medio de técnicas de última generación hace temer lo peor. El retorno a la 'normalidad', que va propulsando máquinas y llenando de nuevo las autopistas, recuerda que la crisis climática no fue confinada. (Ver págs. 2-9).

# Un futuro para la vida, digna

por Carlos Gutiérrez M.

**P**aradojas que arroja la vida: ante el riesgo de muerte masiva a que estamos expuestos por la multiplicación del covid-19, los principios sobre los que está soportado el modelo económico, social y político dominante, en general, y en particular en Colombia, se tornan polvillo.

Por el piso, arrastrados como virutas por un huracán, van los dogmas capitalistas que siempre han dominado el funcionamiento económicos de nuestra sociedad, profundizados hasta la radicalidad por la forma neoliberal que asumió desde hace 30 años o más.

Zarandeada por los vientos de la muerte, dándose contra los muros de la ortodoxia económica, va la máxima de la eficiencia del capital privado, ahora ocultando su cabeza cual avestruz, en tanto no puede responder por la demanda masiva en el campo clínico y de la salud en general, para atención preventiva o de urgencia desprendida del avance de un virus que aún la comunidad científica no comprende a cabalidad y que, por tanto, no puede neutralizar con una vacuna realmente efectiva.

En su ayuda corre el Estado que los agentes particulares tanto hicieron por reducir, esgrimiendo una y otra vez que el mercado es el factor que debe decidir, no un ente externo. Ese ente es ahora reclamado para que apropie miles de millones bajo el supuesto de estar actuando para impedir que la sociedad colapse. Empresas multinacionales demandan rescate –Avianca, por ejemplo, (1)–, así como los empresarios agremiados en la Asociación Nacional de Industriales, Andi (2), figurando en primera línea como si hicieran parte de los millones de empobrecidos que habitan las barriadas de nuestras ciudades y zonas rurales a las que ese mismo Estado dice paliarles sus necesidades con míseros subsidios. A un lado también dejan la máxima “El más fuerte es el que sobresale”. Claro, entre los subsidios y los rescates hay cientos, miles de millones de diferencia, necesarios según la ortodoxia misma, pues los empresarios son los que “crean trabajo” (!?!).

Al mismo tiempo, como arrebatada por un remolino que no permite que escape de su núcleo, se ve la regla fiscal (3), ahora olvidados sus defensores de las negativas esgrimidas una y otra vez ante voceros de diferentes paros y protestas sociales, para justificar la negativa a invertir todo lo que requiere una educación pública a la altura de los requisitos de la creciente población colombiana, para no construir las vías demandadas por poblaciones rurales que deben comunicarse con las cabeceras municipales, así como para no comprar las tierras exigidas por indígenas y campesinos, o girar los dineros necesarios por diversidad de centros de salud una y otra vez en crisis, sin los cuales no es posible contar con un sistema de salud realmente público y no al servicio del capital privado.

Es una negativa extendida al acceso universal a los servicios de luz y agua por parte del conjunto de la población colombiana, con más de 250 mil hogares cortados de los mismos por morosidad en su pago, ahora reconectados y gozando del acceso a los mismos por el temor que tienen los poderosos de que la pandemia se extienda sin control por el país y termine por afectarlos a ellos mismos, por lo cual ahora facilitan, con su reconexión, que quienes no tienen con qué pagar estos “derechos fundamentales” puedan asearse, al tiempo que tengan cómo cocinar sus alimentos, y así no cuen-

ten con más motivos para romper el confinamiento ‘voluntario’.

Son estos vientos, huracanados, con potencia para desgarrar de sus bases otros dogmas del capital. Entre sus energías en espiral alcanza a verse el tiempo de trabajo obligatorio por día, “imposible” de reducir, pues, de suceder así, la economía quebraría. La parálisis parcial de la producción, ahora evidente por doquier, los desmiente. La humanidad produce suficiente riqueza como para garantizar con menos horas de trabajo diario, por parte de los miles de millones que somos, los recursos y las condiciones para que la totalidad pueda gozar de vida digna.

Ahora, tras siglos del esfuerzo de millones de mujeres y hombres –esclavos, siervos, campesinos, obreros–, y siglos vividos en medio de intensas luchas por los derechos de unas y otros, con logros como que en su momento la jornada de trabajo pasara de 16, 14, 12 horas a 8, bien se pudiera reducir de 8 horas a 6 e incluso menos, garantizando como consecuencia que otras muchas personas que hoy padecen desempleo sean enganchadas en las labores que más los satisfacen como seres humanos. Un empleo para realizarse como individuos, inscritos en un conglomerado social, y no solo como recurso para ganar las monedas con las cuales satisfacer el hambre o pagar la cuota mensual del espacio para reproducir su fuerza de trabajo.

Es posible entonces otro modelo laboral tras controlar los vientos que sacuden a toda la sociedad. Un trabajo para satisfacer y resolver las necesidades biológicas pero también espirituales de todo el tejido social.

Una transformación tal del mundo del trabajo que avive la vida comunitaria y barrial al permitir, como ahora sucede, que más gente permanezca en sus territorios y pueda encarar colectivamente la resolución de muchas de las necesidades que una vida más armónica demanda. Todo con el procesamiento y el consumo de alimentos sanos, construcción de viviendas donde sus habitantes puedan gozar y no padecer, y edificación de espacios para la recreación y el compartir, etcétera.

Un convivir que abra la pregunta por el buen gobierno, el cual tiene que descansar, para así garantizarlo, en las capacidades y la participación decisiva del conjunto social, es decir, en un gobierno propio que vaya de lo local a lo nacional, pasando por las instancias territoriales que la propia sociedad se dé, con unos gobernantes sometidos al poder destituyente de los gobernados y no atornillados a una función cada vez más distante de las mayorías.

## Un centro cuestionado

Precisamente lo que de nuevo deja al desnudo la crisis en curso es el sinsentido de nuestra formación política, el desgobierno que por décadas han tenido que padecer las mayorías nacionales, un desgobierno de vieja data por acción del cual el centro determina las regiones. La realidad es elocuente: por una orden nacional, todo el país, registrara o no infectados por el virus, quedó confinado. Se trata de un orden autoritaria, sin reparar en opciones que garantizaran que gran parte de su población prosiguiera su cotidianidad, y así, en la resolución de su vida diaria, no quedarán miles de miles sometidos a la entrega de subsidios y mercados totalmente insuficientes.

El sábado 25 de abril, un mes después que el país fuera declarado en cuarentena, las cifras de

contagio por covid-19 alcanzaron a 5.142 nacionales, los decesos a 233, y los recuperados a 1.067. Es decir, el avance del virus alcanzaba al 0,00010284 por ciento de los 50 millones que habitan en Colombia.

Del total de contagios, Bogotá sumaba 2.152 casos (el 41,8%); Cali, 712 (14%); Medellín, 304 (6,5 %); Cartagena, 244 (4,6%); Barranquilla, 131 (2,6 %), lo que suma un subtotal de 69,5 por ciento. El restante 30 por ciento está disperso por varias docenas de otros municipios, grandes y pequeños, no más de 200 cabeceras municipales. Es decir, 800 o más centros poblados de los 1.103 municipios en que está distribuido el territorio nacional no registran contagio alguno, pese a lo cual tienen que someterse a la dinámica del centro nacional y del centro regional.

Hay ahí un claro despropósito, el mismo que siempre ha imperado en este país, producto del cual la llamada periferia de nuestro territorio y la población que la habita quedan relegadas al olvido y la miseria, solo tomadas en cuenta para extraer minerales de sus tierras, además de madera, fauna y todo aquello que signifique dividendos económicos para las oligarquías apoltronadas en la Sabana de Bogotá, que con mirada colonizadora oprime a negritudes, indígenas, campesinos y otros sectores sociales, carne de cañón, mano de obra barata. Como elemento determinante está esa oligarquía que impuso un modelo de tierra arrasada esquilmando la diversidad ambiental de que gozamos, quebrando el país de regiones, valiosa configuración territorial y humana que nos permite ser variados en la producción agraria, en la organización de territorios, en el estímulo a la participación social, en la potencialidad en ciencia y tecnología, en la manera de ver y comprender la realidad, así como en la pluralidad de formas para encarar la vida y con ella la salud.

Es esa concepción del gobierno, de la vida y del mal llamado desarrollo lo que desnudó la crisis de salud pública en curso, llamando a superarla de una vez y para siempre.

Una concepción de espaldas a más del 50 por ciento del país, a sus principales flujos de vida (bosques, selvas, ríos, páramos, y por lo menos uno de sus mares), y a la mayoría de los 1.103 municipios en que está distribuido el territorio nacional.

Una pretensión occidentalizada de organizar el territorio patrio que terminó por hipertrofiar sus más importantes poblados, hoy sometidos al desastre ambiental, con una urbanización de sus fronteras rurales que las llevaron a perder el potencial de autoabastecimiento de frutas, verduras y granos que se podrían prodigar de manera pronta y menos onerosa, sin tener que recurrir al transporte diario de estos y otros productos desde territorios localizados a varias horas de distancia, con el correspondiente impacto ambiental que ello conlleva.

Una construcción sin límite de estos territorios, conurbanizados, con toda la especulación que propicia sobre la vivienda –haciéndola imposible para más del 50 por ciento de su población–, convertida en mercancía de lujo, dejando de ser un derecho humano fundamental por concretar desde el Estado, que debiera ser el propietario de todo el suelo, para, sobre esa base darle paso a una reglamentación de la construcción que evite precisamente la especulación y el endeudamiento de por vida de cientos de miles de familias.

Una construcción sin límite de estos centros

poblacionales que, además de agotar todos los recursos naturales existentes a su alrededor y más allá del mismo, somete a cientos de miles de sus pobladores a prolongadas jornadas de transporte diario para poder llegar hasta su sitio de trabajo. Una sobrecarga de cemento y gases tóxicos, causantes de variedad de enfermedades terminales. Ciudades llenas de muerte; ciudades colapsadas.

Es esa misma concepción, que llaman desarrollo, la que hoy demanda superación, para lo cual es urgente, aprendiendo de esta pandemia, retomar el país de regiones, desconcentrando población de ciudades que se vuelven inviables y las hacen más frágiles ante crisis de salud pública como la que hoy tenemos, con dificultades también mayores para resolver de manera efectiva, es decir incluyente, ítems como empleo, educación, ambiente, ingresos, servicios públicos, vivienda, transporte, además de garantizar participación efectiva, directa y decisiva de sus habitantes en la determinación de sus asuntos fundamentales, vía indispensable para erigir democracia directa, radical y plebiscitaria: una democracia más allá de la formal, que es lo que de ella hemos conocido.

Desconcentración poblacional que debe partir por Bogotá y otras capitales de departamento – Medellín, Cali, Barranquilla, Bucaramanga... –, para repoblar (como para fundar) con varios cientos de miles de personas salidas de esos espacios municipios seleccionados en cada una de las regiones del país y donde, desde una planificación participativa, se decidan modelo productivo, organización territorial, modelo de vivienda, educación, transporte, salud y demás aspectos con los cuales se organiza la vida y su reproducción. Todos y cada uno de tales particulares, asumidos y resueltos desde una perspectiva de equilibrio ambiental.

Un nuevo relacionamiento con el territorio que no puede dejar de lado, en nuestra diversidad, que podemos garantizar la deseable soberanía alimentaria sin destruir el equilibrio ambiental. Precisamente, una de nuestras fortalezas, compartida con países fronterizos como con otros ubicados en África, está en la franja ecuatorial que habitamos, y, por ello, la variedad climática de que gozamos, con el beneficio de energía natural los 365 días del año. Saber apropiarse de ese beneficio natural, además de caídas de agua y otras fuentes de energía, nos permite superar la dependencia de las energías fósiles, al tiempo que sembrar y cultivar multiplicidad de alimentos.

Una cualidad natural que nos debe permitir, al mismo tiempo, validos para ello de un potente proyecto en ciencia y tecnología, dejar a un lado la economía extractivista, depredadora y siempre al vaivén de las demandas y ciclos económicos con naturales al capital, para incursionar en una economía diversa, con epicentros y producción tan variada como lo son nuestras regiones naturales.

Economía soportada en los saberes vernáculos de todos y cada uno de los pueblos indígenas que habitan esta parte del mundo, como de los pueblos afros, unos y otros portadores de saberes milenarios. A la par, la memoria campesina. Una incursión productiva inteligente, no depredadora, que demanda la efectiva y definitiva redistribución de la tierra para que quienes siempre la han habitado la llenen de vida.

Un nuevo hábitat, y un nuevo habitar, en el cual los países vecinos no pueden quedar a un lado; con todos ellos tenemos que asumirnos como una región única, incluso abordando la construcción de ciudades fronterizas comunes, y todo lo que

ello implica: implementar planes conjuntos para, de manera mancomunada, cuidar ríos, selvas, bosques, mares, además de implementar planes conjuntos en salud, agricultura y educación, retomando las formas de ver y percibir de sus pueblos, dándoles espacio a las fortalezas que posee cada uno de ellos.

Entre tanto, para el momento actual, para enfrentar el empobrecimiento que afectará a más y más familias, así como para crear soluciones alternativas de ingresos seguros y dignos para millones de personas que ahora están quedando en el pavimento, la implementación de un plan económico de choque queda a la orden del día. Puede ser parte del mismo: salario mínimo o renta básica –por el tiempo que dure la llamada cuarentena, y tres meses más– para los millones de connacionales que no tienen trabajo o viven del rebusque diario y que ahora están obligados a no salir de sus casas; contratación de manera prioritaria de personal médico en todos los niveles, para atender la crisis de salud en curso, pero también para que, una vez superada la actual coyuntura, poner en marcha una extensa y permanente política en salud pública, preventiva más que curativa (Ver, Mauricio Torres, pág. 6), implementar un plan masivo de obras públicas, desprivatizadas, creando condiciones a todo nivel para que los productos del campo puedan ser trasladados a las ciudades sin mayores sobrecostos; reforestación de extensas áreas del país; siembras en todos los climas con diversidad de productos y su posterior recolección, transformación y mercadeo; construcción de cooperativas y mutuales para encarar de manera colectiva multiplicidad de asuntos, entre ellos construcción de vivienda, agricultura urbana, confección de prendas de vestir, recreación, educación no formal, reparación y mantenimiento de parque automotor, apertura de tiendas comunales en todos los barrios, buscando con ello mercadeo pronto y a bajo costo, por lo menos, de los principales productos de la canasta familiar; apoyo y crédito para pequeños y medianos empresarios, así como para comerciantes, prolongando la existencia de un germen de industria nacional indispensable.

Para la financiación del conjunto de lo propuesto procede, además de reubicar partes del presupuesto nacional de sectores improductivos (Fuerzas Armadas) a productivos, la implementación de una reforma tributaria extraordinaria que afecte de manera real los capitales amasados por los ricos, superricos y supersuperricos, eliminando al mismo tiempo el impuesto que afecta al consumo directo (4).

Contener los vientos, más cuando se trata de los huracanados, no es tarea fácil ni de unos pocos, pero es posible. En Colombia, hoy, podemos atrevernos a ello marcando la pauta para el país de los próximos 50 años.

1. <https://actualidad.rt.com/actualidad/351479-aerolineas-necesitan-salvavidas-avianca-pide-ayuda-gobierno-colombia>.
2. <https://www.elpais.com.co/colombia/necesita-un-plan-de-rescate-de-su-economia-andi.html>.
3. Sus defensores insisten en que no se puede gastar en lo social más allá del equilibrio fiscal, el cual garantiza el pago puntual de la deuda externa e interna.
4. Garay, Luis Jorge, y Espitia, Jorge Enrique, *Desigualdad y reforma estructural tributaria en Colombia*, Ediciones Desde Abajo, mayo de 2020, en impresión.

## Editorial

## Consejos de redacción y administrativos

**Dirección:** Carlos Gutiérrez M.

**Consejo de redacción**  
 Libardo Sarmiento Anzola  
 Héctor-León Moncayo  
 Álvaro Sanabria Duque  
 Carlos Maldonado  
 Omar Roberto Rodríguez  
 Philip Potdevin  
 Héctor Arenas Amorocho

**Colaboradores**  
 Mauricio Torres-Tovar  
 Mauricio Trujillo Uribe  
 Giovanni Molano Cruz

*Le Monde diplomatique*, edición Colombia es una publicación mensual de Tebeo Comunicaciones. Bogotá, D.C.: Cra. 20 N°45A-85  
 Telefax: 345 18 08  
[www.eldiplo.info](http://www.eldiplo.info)  
[director@eldiplo.info](mailto:director@eldiplo.info)

**Diseño:** Difundir Ltda.

**Distribución - Colombia**

**Bogotá**  
 Tebeo Comunicaciones.  
 Telf.: 345 18 08

**Medellín**  
 Carrera 48 N° 59-52 Of. 105.  
 Telf.: 479 86 33  
[eldiplomed@yahoo.es](mailto:eldiplomed@yahoo.es)

**Cali**  
 Librería Atenas • Puestos de revistas

**Edición Cono Sur**  
**Director:** José Natanson

**Secretaría:** Patricia Orfila  
[secretaria@eldiplo.org](mailto:secretaria@eldiplo.org)

**Traducciones:**  
 Julia Bucci, Teresa Garufi,  
 Aldo Giacometti, Florencia Giménez Zapiola, Patricia Minarrieta,  
 Bárbara Poey Sowerby,  
 Gustavo Recalde, Gabriela Villalba,  
 Carlos Alberto Zito

**Corrección:** Alfredo Cortés  
**Diseño original:** Javier Vera Ocampo

**Le Monde diplomatique (París)**

**Fundador:** Hubert Beuve-Méry  
**Presidente del Directorio y Director de la Redacción:**  
 Serge Halimi  
**Jefe de redacción:** Benoît Bréville  
**Jefe de redacción adjunto:**  
 Martine Boulard y Renaud Lambert  
**Directora ediciones y relaciones internacionales:** Anne-Cécile Robert  
 1-3 rue Stephen-Pichon, 75013 París  
 Tel.: (331) 53 94 96 21  
 Fax: (331) 53 94 96 26  
[secretariat@monde-diplomatique.fr](mailto:secretariat@monde-diplomatique.fr)  
 Internet: [www.monde-diplomatique.fr](http://www.monde-diplomatique.fr)

Asistimos a una verdadera profusión de datos, de estudios, de mediciones. A propósito de esta cantidad incontrolada de datos e información la propia OMS (Organización Mundial de la Salud) ha comenzado a hablar de una infodemia –esto es, una pandemia de información. A raíz de la crisis del covid-19, la epidemiología ha pasado de una especialidad médica a un conocimiento social que interpela a todos y cada quien debe poder apropiársela. Los gobiernos sacan sus datos, los organismos multilaterales hacen recomendaciones, cada quien trata de hacer lo mejor que puede. Estudiamos aquí un problema: las mentiras de la estadística. La crisis del covid-19 es una situación más que propicia.

## A propósito de la crisis del covid-19

# Los engaños de la estadística

por Carlos Eduardo Maldonado

**E**s indispensable considerar la información sobre la pandemia. Existen motivos que sugieren dificultades y problemas.

Desde hace diez semanas, no hay día que al revisar los medios de comunicación no nos encontremos con una avalancha de datos e interpretaciones sobre la pandemia disparada por el covid-19. Cúmulo de información que resalta una seria dificultad: no existe una única lectura del problema; ni en el mundo –por ejemplo, los informes y análisis de la OMS, de la ONU, del Parlamento Europeo, y otros–, ni en cada país, e incluso entre las diferentes regiones dentro de un país. Las lecturas son múltiples, los informes son, todos, disímiles. Esto no tiene que ver con las características de un país a otro. Hay un problema más de fondo.

Al mismo tiempo, y consecuentemente, existe una profusión de modelos explicativos y predictivos de toda índole: los descriptivos, los predictivos, con técnicas de modelamiento basado en agentes, diferentes interpretaciones sobre *Ro* –el ritmo reproductivo básico– de contagio, propuestas sobre índice de contagio –entre 1.0 y 5.1, por ejemplo; es decir, una persona contagia a 1.1 o hasta 5.1 personas (la estadística permite esto), y así sucesivamente.

En perfecta consonancia con lo anterior, es verdaderamente abundante la cantidad de *preprints* –el término técnico en la academia y en ciencia para publicaciones rápidas o avances de investigación que señalan en una dirección precisa pero que aún no han sido acogidas por revistas como artículos evaluados y aprobados finalmente; con éstos, concomitantemente, numerosos artículos se publican sobre el tema por parte de grupos individuales y redes de grupos. Un ejemplo puntual: el *Team Publons*, una prestigiosa plataforma de publicación y compilación de datos acaba de sacar un nuevo índice para determinar la calidad de las publicaciones de todo tipo en producción (*Convid-19 index*), así como la base de datos: las más recientes publicaciones sobre covid-19 (*the latest covid-19 papers*).

Nunca antes, a raíz de otras epidemias –Ébola, Mers, Sars, y las demás– había sucedido algo semejante. Manifiestamente, existe una preocupación sincera por parte de las comunidades académica y científica.

La enorme dificultad de la inmensa mayoría de estudios estriba en el hecho de que son: a) interpretaciones, y b) propuestas de modelos sobre un fenómeno perfectamente desconocido. Con prudencia y sensatez lo que hay que decir es que, en el mejor

de los casos se trata de apuestas, propuestas y conjeturas, nada más. Desde luego que la ciencia avanza también de esta manera. El reto magnífico consiste en explicar suficientemente un fenómeno nunca antes conocido. Al cabo, se elaboran analogías; por ejemplo, entre malaria y covid-19, y otras. Pero nada verdaderamente sólido.

Esto, para quienes tienen alguna formación más o menos sólida en ciencia y en herramientas científicas. Pero para la base de la sociedad, la mejor aproximación son las redes sociales –en las que hay numerosas cadenas de *fake news*–, los políticos y gobernantes de turno –que, si son inteligentes, tienen formación científica (Angela Merkel) o se asesoran de comités científicos (Macron); pero la inmensa mayoría andan a la deriva: populismos de izquierda y de derecha: desde Trump hasta Bolsonaro, desde Duque hasta Sánchez–; y usualmente los medios masivos de comunicación, que carecen absolutamente de periodismo científico investigativo. A lo sumo, invitan a un profesor o científico. Por regla general ni siquiera los rectores están capacitados para hablar del tema; al fin y al cabo ellos son sólo gestores del conocimiento.

### Derecho a la información: un tema jurídico, político y ético

En medio de situaciones de crisis el primer derecho –fundamental– que tiene la ciudadanía es el derecho a la información. Hasta el punto de que éste es garantía de salud y de vida. Este es, sin la menor duda, el rasgo más sobresaliente de la sociedad de la información, la sociedad del conocimiento o la sociedad de redes –tres nombres para un solo y mismo momento. Buena y confiable información se traduce en comportamientos responsables que evitan el contagio, o en caso contrario extienden la epidemia.

El derecho a la información es, hoy por hoy, un derecho humano y forma parte de la cuarta generación de los derechos humanos. De suerte que cuando los gobiernos y los medios masivos de comunicación desinforman están violando los derechos humanos. Y pueden ser judicializados. La desinformación, el control de la información, la provisión de información parcial y amañada son factores que esconden violaciones de los derechos humanos. Simple y llanamente\*\*.

En cualquier caso, el más delicado de todos los temas sobre datos y fuentes de información es que en el marco de la crisis del Coronavirus los datos de salud provienen de las gentes, y son de los ciudadanos. Estos datos les deben ser devueltos a los ciudadanos. Pues

bien, la ciudadanía –¡la sociedad civil!– no conoce la realidad de los datos. En prácticamente ningún país los ciudadanos conocen con transparencia las cifras reales de contagios, de fallecidos, de recuperados, y demás. Ni siquiera es transparente la información sobre presupuestos, reales o recientemente desviados en favor de la salud; por ejemplo, compras de ventiladores, de todos los servicios de seguridad sanitarios, de UCIs y camas por pacientes y demás.

El país debería tener acceso a información transparente, comprobable y confirmada. Ni siquiera las universidades –públicas o privadas– tienen este conocimiento y si lo tienen no lo hacen público a la sociedad. Hay un muy serio problema de democracia, que como se sabe hoy por hoy es directamente proporcional a la calidad de la información disponible, de tal manera que a su mayor transparencia y calidad mayor y mejor democracia; y en caso contrario, a mayor ruido, desinformación y ambivalencias, menor democracia. Este es un tema altamente sensible, de inteligencia política; política, jurídica y ética.

Es exactamente en este sentido que se mueve una política de acceso abierto a los datos. Que es todo lo contrario a: patentes, registros, control de la información. Mientras que una parte de lo mejor de la academia y la ciencia se mueve ya en dirección a acceso abierto de datos, el gobierno y el Estado no dan la menor muestra de sensibilidad o inteligencia en esta dirección. Ni el Instituto Nacional de Salud, ni el Ministerio de Ciencias, y manifiestamente no la oficina de Presidencia de la República.

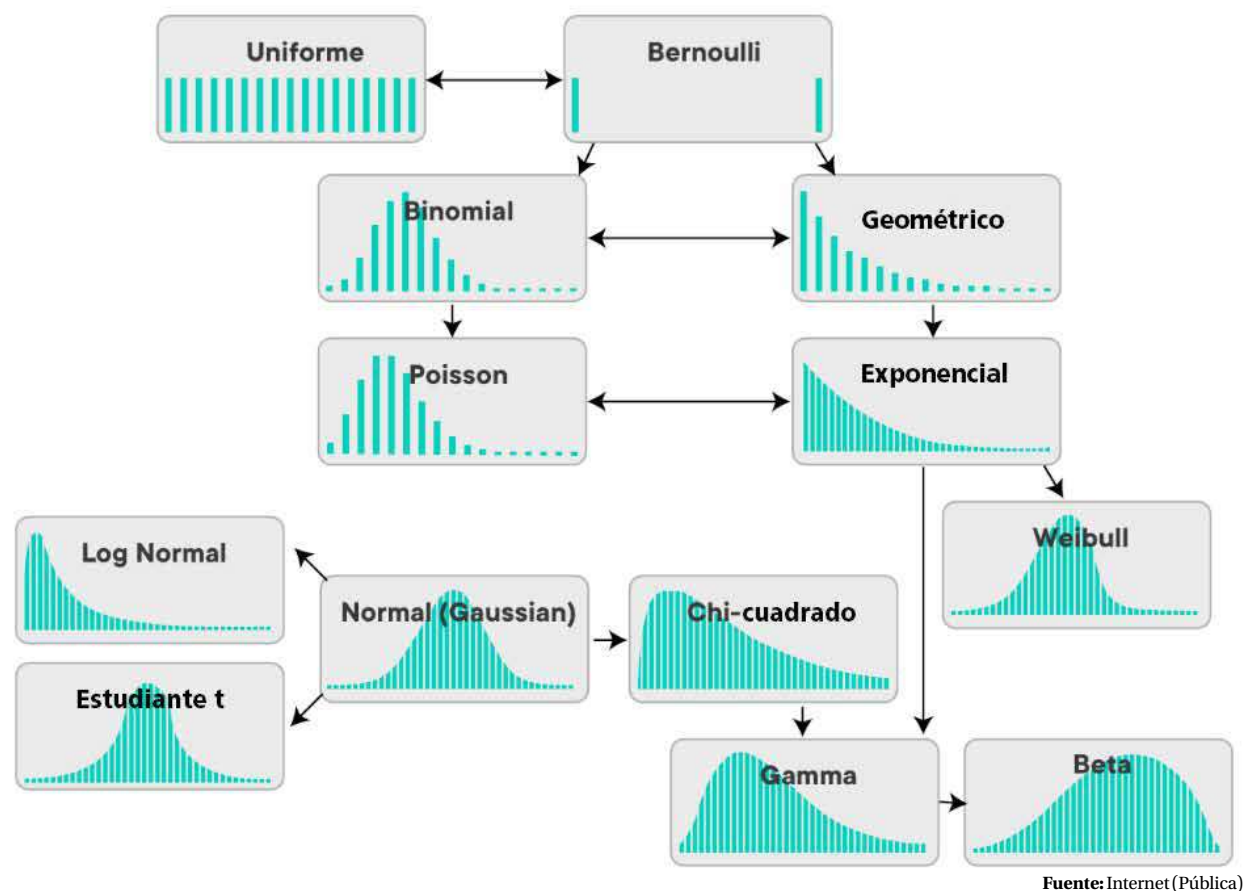
Lo que prima es control de los datos y de la información. Y por consiguiente, mucha especulación, mucha basura (*fake news*), mucha desinformación. Así las cosas, hoy la democracia formal se funda en la ignorancia y la oscuridad antes que en la transparencia y la confianza.

### Los casos específicos con el covid-19

La estadística sobre el covid-19 no es enteramente real ni confiable, así lo denuncian algunos políticos –que entonces son considerados de la oposición–, así como numerosos académicos y científicos; una dificultad posible de constatar desde diversos ángulos:

- El número de casos, que depende de las pruebas realizadas, no del número de gente infectada
- El número de fallecidos, dependiendo de las fuentes del reporte
- El número total de muertes, que se concentra en tendencias. Lo verdaderamente importante son los

## Esquema: Distribuciones estadísticas habituales



De acuerdo con el esquema, se aprecian las relaciones internas entre las distribuciones estadísticas habituales. Todas, ulteriormente confluyen en distribuciones normales. Las distribuciones son exactamente las políticas públicas (de salud, de industria y comercio, de educación y otras). Este es uno de los rasgos destacados de la *ciencia normal*.

Una observación importante: en el esquema adjunto es evidente la ausencia de una distribución importante específica del estudio de sistemas no-lineales: las leyes de potencia. De manera atávica el gobierno, los estados y las empresas desconocen las leyes de potencia. Por esta razón interpretan dinámica de complejidad creciente con métodos analíticos y lineales. Para la crisis del covid-19, una actitud semejante es peligrosa e ignorante.

conteos diarios para ver si la curva se aplanan o no.

- El número de infectados en escala logarítmica. Sirve para comparar tendencias, pero no sirve de nada para obtener una visión clara acerca de la gravedad del problema
- Modelos de predicciones. Hay una profusión enorme. Unos se concentran en modelar la epidemia misma, y otros, son puramente empíricos y descriptivos: curvas de crecimiento, comparaciones de curvas, que se extrapolan hacia eventuales desarrollos futuros
- Las muertes en exceso, la cual comporta diferentes factores, tales como maltrato en el hogar, feminicidios debido a los confinamientos, pobreza e inanición, abandono, contagio.
- El riesgo letal de ser infectado. Estos cambian en función de lugares de concentración, edad, la existencia de comorbilidades, y otros riesgos
- La precisión de las pruebas. Las cuales oscilan entre las pruebas existentes y las realizadas, de un lado. Y de otra parte, los llamados a la inmunidad de enjambre.

Existen numerosas sospechas, muy bien fundadas, acerca de los ocasionales anuncios sobre la etapa de mitigación de la pandemia, el achatamiento de la curva y otros aspectos relacionados. En Brasil, situaciones semejantes provocaron conflictos entre el presidente Bolsonaro y su Ministro de Salud. En Colombia Duque saca un hilo de decretos a diestra y siniestra, se evidencia su ignorancia ante preguntas de Caracol o RCN, y el Ministro de Salud dice y se desdice de un día a otro, por ejemplo.

Mientras tanto, distintos órganos responsables regionales y municipales intentan hacer lo mejor. Distintas universidades improvisan acciones y redes, todas de buena voluntad y con las mejores herramientas disponibles. Pero lo que prima es desinformación: ausencia de datos comunes.

Digámoslo de forma directa y explícita: los datos y la información no son bienes privados; tampoco son bienes públicos. Son, manifiestamente, bienes comunes. Esto plantea un marco perfectamente distinto con respecto a la comprensión vigente y normal de las políticas públicas. La idea de los bienes comunes –originariamente planteada por E. Olstrom, aún

requiere de una elaboración más procesada por parte de la ciencia política y el derecho. (La idea de los bienes comunes, en contraste con la división de sólo bienes públicos y privados, bien le mereció el premio Nobel en economía, en 2009).

En el caso específico de Colombia cabe acusar tres problemas fundamentales:

No existe un sistema nacional de información. Recientemente se creó la Agencia Nacional Digital que, verosimilmente podría llenar ese vacío. Según diversas fuentes, sin embargo, persisten dudas acerca de los orígenes éticos de la misma;

La sociedad civil no tiene acceso a los datos y a la información del gobierno. Tener acceso a los datos reales en tiempo real es un derecho fundamental;

El manejo de la información sobre el Coronavirus es deficiente, parcial y con mucho ruido. Esto afecta seriamente la salud y la vida de los colombianos y podría dar lugar a juicios severos, que deben quedar por fuera de este texto por razones de tema.

### La estadística, ciencia del control

El manejo, lenguaje y lógica de la estadística, son esencialmente probabilísticos. Antes que la física cuántica, el mundo ha sido manejado en términos probabilísticos a partir del siglo XIX y cada vez más. Consecuentemente, la lógica política, económica, militar y de salud, por ejemplo, es probabilística. Este reconocimiento implica dos hechos. Precisamente por ello lo que prima en la lógica del mundo actual son temas como: teoría de riesgos, estudio de crisis, planeación, prospectiva, estrategia y otros campos y tema afines.

De un lado, el problema de la interpretación. La estadística arroja datos. Pero el reto consiste en leerlos e interpretarlos. En este punto la estadística es una ciencia esencialmente imperfecta. Cada quien puede interpretar los datos de manera distinta a los demás. Vivimos un mundo cultural y socialmente anómico. El control político se funda en el analfabetismo anómico de la sociedad.

De otra parte, la estadística es una ciencia de control político, en toda la línea de la palabra, a través del control y la unidimensionalización de la interpretación de los datos y las distribuciones. Esta es la función política que cumplen organismos como el Dane

## Los orígenes de una ciencia de control

En los comienzos de la Modernidad Galileo decía que el lenguaje de la naturaleza son las matemáticas; y entonces lo que quería decir es que la naturaleza nos habla en la forma de triángulos, círculos, cuadrados o rectángulos, por ejemplo. No de cifras y relaciones de cifras. En su época no se habían descubierto o inventado algunos de los signos más básicos de la aritmética, como:  $x$ ,  $+$ ,  $-$ ,  $\neq$ ,  $\leq$ ,  $\geq$ , por ejemplo.

La estadística es hoy el lenguaje de las ciencias, o también, el lenguaje que por excelencia usa la ciencia en general para comunicarse con otras ciencias y disciplinas, y para comunicarse con el mundo. La estadística tiene tres orígenes distintos:

En el siglo IX en Inglaterra comienzan a llevarse cuentas en los *Counties* ingleses (*County*; condado) que van a generar la contabilidad (*accountability*). Se empiezan a registrar datos básicos como nacimientos y decesos. Posteriormente se registran matrimonios, inmigrantes, y finalmente bienes y posesiones. Esto va a dar lugar a la estadística descriptiva. Se trataba de registros con vistas a fines de gobierno y como fundamento de todo el derecho civil. Hay que recordar que durante mucho tiempo, el fundamento de la vida social y política fue el derecho civil. Sólo, mucho más tarde, muy recientemente, el derecho constitucional desplaza al derecho civil y se erige en fundamental para la vida política. El derecho constitucional se funda en la Carta Magna o la Constitución de las Repúblicas. La estadística, así, se funda en censos (poblacionales).

El segundo origen tiene que ver con los juegos de azar, de donde emergen los primeros trabajos sobre probabilidad, por G. Cardano, Pascal y Fermat. El obispo Bayes hace contribuciones importantes –especialmente con el llamado “Teorema de Bayes”, que en ciencia política y economía es tan bien acogida, especialmente en contextos de medición. Los juegos de azar ponen al descubierto por primera vez en la modernidad la aleatoriedad, y la probabilidad surge inmediatamente como una forma de controlar y reducir el azar.

El tercer origen es la mecánica estadística, un área de la física consistente en deducir los comportamientos macroscópicos a partir de las partículas que los componen y sus interacciones. Es exactamente en este contexto como emerge la física social con A. Quetelet, quien funda la idea del “hombre promedio” (*homme moyen*).

En esta historia, numerosos otros nombres deberían ser mencionados, entre ellos Gauss y Pearson, Galton y Poisson, Fischer y Laplace, por ejemplo, entre muchos otros.

En cualquier caso, literalmente, la estadística es una ciencia de control por parte del Estado: *Statistik*, en alemán, a la que le subyace: *Staat*, el Estado. La estadística es la forma como el Estado se comunica con sus ciudadanos y con otros poderes, como otros gobiernos, organismos multilaterales y demás.

(Departamento Nacional de Estadística) y en general las oficinas de censos y datos en cada país. Organizativamente, vale recordar que el Dane es una oficina de segundo orden a nivel nacional sólo detrás de los ministerios.

Digámoslo de manera directa: la estadística no está hecha siempre para mostrar; sino, generalmente, para ocultar. En las guerras, los ejércitos de hoy ocultan el número de bajas –en marcado contraste con toda la historia de la humanidad, cuando era un honor ser herido o morir por la patria-. La esfera sanitaria es considerada como estratégica, en toda la acepción de la palabra. Pues bien, el manejo de la información y los datos sucede a la manera de estrategias y planes militares: se oculta la información real, se la controla, se la jerarquiza.

En el marco de la crisis del covid-19, unos gobiernos enmascaran la información contabilizando los fallecidos solo en hospitales, y no en casa; otros, registran las cifras de contagio o de muertes cinco días después; otros más, buscan aplanar la curva a como dé lugar para efectos de macro-indicadores y comparaciones mundiales; otros más, centralizan fuertemente la información y no permiten que se filtre; hay gobiernos que hacen pruebas CPR únicamente y otros de tipo serológico principalmente, y así sucesivamente con otros casos.

El presidente Macron impuso la idea –errónea y peligrosa– de que estamos viviendo una guerra. Se trata de una mentalidad militarista, beligerante y armamentista. Muchos otros gobiernos se subieron en esa interpretación, generando entre la población zozobra, estrés y desasosiego. Y entonces manejan la crisis sanitaria con medidas eminentemente militares: policía, ejército, y demás.

En contraste, el gobierno alemán enfrentó la crisis con una actitud perfectamente diferente: esta crisis saca a relucir la capacidad de humanidad que tenemos los gobiernos y los ciudadanos. Así, mientras →

→ que la actitud de Francia se enfoca en la enfermedad, la actitud de Alemania se concentra en salud y en vida. Dos cosas diametralmente diferentes. Y lo que está exactamente de por medio son dos interpretaciones distintas de la estadística, y lo que sigue de ella.

### Estadística, ética y política

El manejo de la información de la crisis del covid-19 tiene muchos elementos por delante y por detrás. Uno de los más evidentes es que el manejo de las cifras da a entender la fortaleza del sistema sanitario de un país, y por tanto, la importancia de las políticas sociales. Políticas corporativas contra políticas sociales. En Colombia impera ampliamente una política corporativa, esto es, de beneficio al sector bancario y al gran capital, industrial y comercial.

De ahí que desde el punto de vista educativo sea necesaria una buena formación de la población en estadística, y en sus matices, variantes y complicaciones. Una democracia diferente pasa por la apropiación de las herramientas de la estadística y la capacidad de apropiación social crítica de la misma; específicamente en tiempos y contextos de una fuerte asimetría de información. Que es lo que impera, ampliamente, en América Latina. Así como la economía no puede quedar en manos de los economis-

tas únicamente, asimismo, la estadística debe ser un bien común; en esto, los colegios, las universidades y las Ongs deben poder cumplir un papel mediador fundamental.

Es claro, por tanto, que la información debe ser un bien común para todos. Precisamente por esto los grandes poderes persiguen o tratan de cooptar o de infiltrar a movimientos como Wikileaks, Anonymous, el movimiento de Hacker Ético, y muchos más. Una democracia diferente pasa modularmente por una apropiación social de datos e información. Esto se denomina acceso abierto a la información y los datos. Esta es una exigencia de tipo al mismo tiempo educativo, ético, epistemológico y político.

Este es el ideal, pero no ocurre así, aunque es evidente que no es posible engañar más a la sociedad con cifras adornadas y falsas: lo que está en juego es la salud y la vida: y con eso no se puede jugar. Y manifiestamente, no se trata de una guerra; por el contrario, las crisis sacan a relucir quiénes son efectivamente éticos, humanitarios y solidarios, y quiénes egoístas, alarmistas y enfermizos. Saldremos de esta crisis con profundos aprendizajes que, verosímilmente, podrán cambiar las relaciones de poder y las relaciones sociales globalmente. Mientras tanto, cuidado de la vida y mucha precaución ante quienes pretenden engañar y desinformar.

No en última instancia, hay que subrayar lo siguiente: alrededor de todos los casos de infección sólo el 5 por ciento son considerados graves, entran a las UCIs, y son entubados o no. Y de ellos, sólo el 1 por ciento fallece. Hay, de lejos, más vida que muerte. ■

\*\* No es necesario que exclusivamente haya torturas, masacres, muertes y desapariciones para hablar de violaciones a los derechos humanos. Además, el manejo transparente o no de la información es una flagrante violación de los más fundamentales derechos de los seres humanos.

### Referencias

- Ball, Ph., (2004). *Critical Mass. How One Thing Leads to Another*. New York: Farrar, Straus and Giroux
- Cajori, F., (1993). *A History of Mathematical Notations. Two Volumes Bound as One*. New York: Dover
- Crosby, A. W., (1998). *La medida de la realidad. La cuantificación y la sociedad occidental, 1250-1600*. Barcelona: Crítica
- Olstrom, E., (1995). *Governing the Commons. The Evolution of Institutions for Collective Action*. Cambridge: Cambridge University Press
- Paulos, J. A., (2016). *El hombre anumérico*. Barcelona: Tusquets
- Wintour, P., (2020). "Coronavirus: who will be winners and losers in new world order?", en: *The Guardian*, abril 11 (sábado)

La crisis de salud que conmueve a la sociedad global desnudó la precariedad del sistema que debería velar por la vida de todos y todas, cuya privatización transformó un derecho humano fundamental en una mercancía y destruyó lo público del sector. La crisis abre una oportunidad de oro para revertir tal realidad.

No volver a la normalidad: Merecemos sistemas de salud soberanos que protejan la vida, no el lucro

# Enseñanza de la pandemia

por Mauricio Torres-Tovar\*

"No volveremos a la normalidad, la normalidad era el problema".

La pandemia desatada por el denominado covid-19, inédita en el mundo por llevar al confinamiento simultáneo a más del 70 por ciento de la población mundial y a una parálisis global de los procesos productivos y de la economía, ha revelado con enorme aspereza asuntos de los que sabemos hace mucho tiempo pero que se han pretendido naturalizar o se han ocultado, uno de ellos relacionado con la situación de los sistemas de salud.

Sabemos, que contener un fenómeno epidémico requiere una actuación muy ágil por parte de las autoridades sanitarias, para identificar rápidamente las personas que están contagiadas y establecer su aislamiento; de no ocurrir esto se expande y se torna difícil su control. Esto revela la enorme importancia de que las naciones cuenten con estructuras de salud pública sólidas, con capacidad de intervención territorial y poblacional en la totalidad del país.

### Lo que revela la pandemia en términos de los sistemas de salud

En situaciones de crisis de salud, como lo es una epidemia, se evidencia con enorme claridad la importancia de contar con un sistema de salud, como institución social que proteja y atienda al conjunto de la



Oscar Pinto Pineda, *Atoine de Saint-Exupéry*, ilustraciones del libro "El Principito" (Cortesía del autor)

población; evidencia, con la misma claridad, la labor clave que cumplen las personas que lo operan: los y las trabajadoras.

Precisamente la pandemia ha revelado con enorme nitidez la destrucción de los sistemas públicos de salud, algo en proceso desde la década de los ochentas del siglo pasado, producto de la implantación de políticas neoliberales; asunto acompañado de una enorme precarización de las condiciones laborales de las y los trabajadores del sector.

Las situaciones más dramáticas de esta pandemia de covid-19 están presentes en Francia, Italia, España, y Estados Unidos, cuatro países que concentran el 60 por ciento de las muertes globales, que al 28 de abril suman 202.773 (Estados Unidos 49.170; Italia 26.977; Francia: 23.261; España: 23.190 (1)); asunto que se ha relacionado con el hecho o bien que sus sistemas públicos de salud y de protección social fueron destruidos en el pasado reciente o que cuentan con sistemas de salud de base privada, articulados a seguros privados de salud individuales.

En contraste, países que han preservado o fortalecido lo público del sistema de salud y que han desplegado la estrategia de atención primaria (APS), como Vietnam, Camboya, Singapur, Cuba y Tailandia, informan de un impacto llamativamente menor del virus. A la fecha Camboya y Vietnam tienen cero víctimas, Singapur 14, Cuba 56 y Tailandia 54 cada uno (2).

Por otro lado, en los sistemas de salud privatizados, es donde las condiciones laborales de quienes

allí trabajan son más precarias, producto de la inestabilidad laboral, los pésimos salarios y las escasas o nulas condiciones de bioseguridad. Esto ha conducido al sacrificio de cientos de trabajadores del sector por infección con el covid-19.

### La situación en Colombia

A la fecha Colombia aún no se encuentra en una fase crítica de la pandemia, aunque se requiere aclarar que no tenemos cifras reales dadas el bajo número de pruebas realizadas y la demora en sus resultados. Por cifras oficiales al 28 de abril hay confirmados 5.949 infectados y 269 muertes (3).

Lo cierto es que la gran preocupación que se tiene, dada las características y desarrollo del sistema de salud desde 1993, estructurado con la Ley 100 (4), es que la capacidad de respuesta que tenga el país en esta materia frente a la pandemia sea supremamente débil, lo que llevaría a la pérdida de un gran número de vidas.

Uno de los asuntos revelados con más fuerza en Colombia producto de la pandemia, son las indignas condiciones laborales que padecen los trabajadores del sector de la salud: cientos de denuncias por falta de pago de salarios durante meses, contratación absolutamente temporal a pesar de ser labores misionales, salarios míseros y falta de protocolos de bioseguridad y de dotación con los adecuados elementos de protección personal (EPP).

Esto ha gestado una protesta nacional amplia de las y los trabajadores, la configuración de nuevos procesos organizativos y la confluencia organizativa, para demandarle al gobierno que garantice condiciones dignas de trabajo, que paguen las deudas contraídas con los trabajadores y que efectivamente tengan las condiciones de bioprotección para no ser contaminados en la atención a la pandemia.

Múltiples voces sociales, gremiales, académicas y políticas se han unido a esta denuncia y demandan que el Estado retome en sus manos la conducción del sistema de salud, que haga a un lado a las aseguradoras, tanto a las EPS como a las ARL (5); que establezca directamente con la red pública y privada de servicios las actuaciones que deben realizar, girando directamente a estas instituciones los dineros necesarios, obviando la intermediación innecesaria con las EPS; que organice equipos de salud básicos para establecer una intervención poblacional directamente en los territorios donde viven; que garantice una contratación estable al personal de salud y que establezca los protocolos de bioseguridad pertinentes, junto a la dotación con los EPP que corresponden a cada una de las diversas tareas que se deben hacer en el marco de la atención a la pandemia, con los recursos provenientes de la cotización de riesgos laborales.

### El valor de lo público y lo común en la salud

Esta situación deja claro, tanto en Colombia como en el escenario mundial, que a la “hora de los hornos” lo fundamental es lo público, los bienes comunes en el campo de la salud. La evidencia es que quien ha tenido que colocarse al frente de la pandemia ha sido el Estado, ese que han pretendido acabar durante décadas, y que las empresas privadas lucradas con la salud de millones durante años en este momento de emergencia han demostrado, de un lado su inoperancia y de otro el sostenimiento de su ambición económica por encima de la protección de la vida de amplios grupos sociales.

La salud pública, referida al bienestar de las colectividades, de los grupos poblacionales, en su esencia es una respuesta estatal de base territorial a los problemas colectivos que se tienen con este derecho humano, asunto que se contrapone a la lógica del aseguramiento privado en salud, que desterritorializa la intervención, en tanto lo que vislumbra es un afiliado que paga una póliza y no un individuo que está referido a un territorio en donde se configura su dinámica de salud-enfermedad en la interacción que allí se da con los procesos de determinación social de la salud.

### Hacia un sistema de salud que proteja la vida, no el negocio

La pandemia que vivimos no se puede considerar exclusivamente como una crisis de salud pública,

es una crisis del conjunto de la dinámica de la sociedad, una crisis civilizatoria como algunos la han denominado, que demanda un replanteamiento de las formas de vivir de la especie humana en el planeta, que pasa necesariamente por reconstruir la relación sociedad-naturaleza, superando las formas de producción y consumo centradas en el despojo, la sobre-explotación y la depredación, instaladas por el capitalismo y ahondadas en el periodo neoliberal, sostenidas ideológicamente con el discurso del desarrollo y de la eficiencia del mercado.

Uno de los asuntos que debe ser transformado en este camino, es la configuración de las respuestas sociales a las diferentes necesidades de la salud de las comunidades, que las saque del campo del mercado, del lucro, lo que demanda diversos cambios, entre los cuales destacan (6):

**Tomar la salud en las propias manos:** esta es una idea potente y muy importante, relacionada con la necesaria desmedicalización de la vida, para recobrar el sentido de la autodeterminación de los cuerpos y recuperar la salud bajo control del conjunto social, que impida que delegue los asuntos de la vida-salud-enfermedad al complejo médico-farmacéutico-tecnológico, creyendo que entre más acceso a atención hospitalaria, más medicamentos y más alta tecnología médica, se tendrá mejor salud, tesis errónea que se vislumbra claramente en esta pandemia que lo que requería eran acciones pertinentes y a tiempo de promoción y prevención, sobre la base de experiencias previas recientes de epidemias parecidas como las del SARS y el H1N1. Hoy la gran tecnología y el desarrollo de medicamentos resulta absolutamente insuficiente y no ha logrado evitar la muerte de más de 200 mil personas.

Tomar la salud en las propias manos significa descolonizar el pensamiento en este campo, para recuperar una visión propia de lo que es y significa la misma para los pueblos; es desarrollar procesos individuales y colectivos para fortalecer la propia salud, que pasa por recuperar los conocimientos y prácticas tradicionales para el cuidado de la vida y la salud, es producir salud desde la configuración de procesos de seguridad y soberanía alimentaria, de recuperación de la herbolaria médica, de la expansión de múltiples terapéuticas alternativas no invasivas, entre muchos otros saberes, que de dominarlos no nos subordinarían al saber médico occidental hegemónico, que considera que es la única verdad en este campo y niega y anula otros saberes.

**Crear un sistema de salud soberano y público:** se trata de configurar un sistema de salud propio, de base pública, universal, gratuito, que reconozca la diversidad existente en el país y que por lo tanto no homogenice el conjunto de respuestas a la población, sin subordinarse a los intereses de las corporaciones farmacéuticas, de aseguramiento y de tecnología, para controlar a estos actores que convierten la salud en un negocio. En nuestro caso, sería un sistema que en definitiva desaparecería a las EPS y que controlaría la acción tanto de la red pública como privada de atención en salud. Un sistema conducido por el Estado a través de instancias territoriales, junto a las comunidades. Financiado con fuentes diversas que llegarían a un fondo de manejo público, que descentralizaría los recursos para configurar las respuestas de acuerdo a los diversos contextos sanitarios territoriales y poblacionales que tiene el país.

**Intervención de base territorial y poblacional:** se conoce desde hace muchos años que los mejores sistemas de salud son aquellos que desarrollan estrategias de base territorial y poblacional, logrados principalmente a través del desarrollo de la llamada APS; de un lado, porque de manera efectiva el sistema de salud está cerca a la gente, no espera a que se enferme para que acuda al hospital, dado que desarrolla importantes acciones directamente donde viven y trabajan, de promoción de la salud y de prevención de la enfermedad y a su vez, de atención, con una enorme oportunidad, continuidad, integralidad y efectividad, en tanto tiene la capacidad de atender el 80 por ciento de problemas de salud de la población, derivando solo un 20 por ciento a niveles de atención hospitalario, con lo cual además disminuye los recursos financieros que se deben invertir en la atención a la enfermedad. Esta estrategia de APS

demanda, además, sólidos procesos organizativos para que efectivamente haya participación comunitaria en salud, con capacidad para incidir en el curso de las decisiones que se van tomando en el sistema.

**Condiciones dignas de trabajo:** se requiere comprender el valor social que cumplen las y los trabajadores de este sector, entendidos como el conjunto amplio de personas que labora en los diversos procesos que la hacen posible, que incluye al cuerpo médico y más allá del mismo. Con la pandemia se ha revelado la importancia que tiene este grupo laboral para enfrentar una crisis de salud pública, y que por lo tanto los países requieren invertir en su formación y reconocerle su valor social gestando formas de empleo dignas, estables, seguras, por lo cual es necesario superar esta “normalidad” del trabajo temporal e inestable, con salarios paupérrimos, para pasar a una nueva etapa en donde además de que cuenten con formas laborales dignas, estas también sean sanas y seguras e impidan, como es posible, que se deteriore la salud de aquellos que dedican su vida laboral a cuidar la salud de otros.

**Reorientar la formación del campo de la salud:** este nuevo sistema de salud requiere de técnicos y profesionales que atiendan las características heterogéneas de la población del país y que tengan las bases para trabajar directamente con las comunidades en los territorios urbanos y rurales donde viven y trabajan; lo que demanda descentrar la formación en lo clínico-hospitalario, siendo consecuentes con la visión de la desmedicalización de la vida, para pasar a una formación centrada en los procesos de producción de la salud desde un enfoque de determinación social, promocional de la salud y preventiva de la enfermedad, con capacidad resolutoria de los problemas generales de enfermedad de la población.

**Construcción de conocimiento propio:** el país requiere desarrollar sus propios procesos de investigación y producción de conocimiento en salud, que permitan estudiar y enfrentar los problemas autóctonos que tenemos en este aspecto de la vida y que integre los saberes y prácticas que las propias comunidades tienen y desarrollan. Se trata de configurar una ciencia y tecnología soberana, que logre recuperar conocimientos propios e innovar y producir en servicios y bienes que se requieren.

Con estos retos ante el conjunto social, entendemos esta situación inédita como una expresión culmen de la crisis civilizatoria que estamos atravesando, la misma que requerimos abordar como una oportunidad para gestar cambios de fondo que nos permitan replantear la forma de existencia social, para configurar sociedades que protejan y defiendan la salud y la vida, no solo de la especie humana sino del conjunto de especies vivas del planeta, como único camino para sobrevivir.

Un reto inmenso, que nos demanda entre otros asuntos que los individuos recuperen su autonomía y los pueblos su autodeterminación sobre los asuntos del bienestar, la salud, el cuidado y las terapéuticas, lo que exige avanzar en un proceso para concretar unos retos que podríamos sintetizar como los 5D: descolonización del pensamiento, desmedicalización de la vida, desmercantilización de la salud, desindustrializar del desarrollo y dignificación de la vida. ■

1. Organización Mundial de la Salud <https://covid19.who.int>

2. *Ídem.*

3. Ministerio de Salud <https://d26365d13a1tu8.cloudfront.net/>

4. La cual ha llevado a una privatización de los servicios de atención, con un enorme protagonismo en la intermediación financiera de las aseguradoras privadas (EPS), con una destrucción del Instituto de Seguros Sociales y de la red pública hospitalaria, una enorme desestructuración de las respuestas estatales en salud pública, una violación sistemática de este derecho y una precarización de las condiciones laborales de los trabajadores del sector.

5. Administradoras de riesgos laborales.

6. Algunas de las ideas que expreso acá no son propias, son producto de múltiples discusiones colectivas dadas por años en reuniones, talleres, foros, asambleas, congresos, tanto locales, como nacionales e internacionales, en donde organizaciones populares, indígenas, campesinas, barriales, sindicales, estudiantiles, gremiales, académicas, identificadas en comprender la salud como un derecho humano, han propuesto diversas alternativas en el campo de la salud.

Las tecnologías digitales se han convertido en un soporte fundamental para enfrentar la pandemia del covid-19 y dar continuidad a las actividades de los ciudadanos, empresas, organizaciones y gobiernos. Lo que no parará ahí. Todo parece indicar que pasada la crisis tendremos una sociedad y una economía más digitalizadas y eficientes, como resultado del aprendizaje, adaptación y reinvención por el que el mundo ha tenido que pasar para poder sortear el confinamiento y el distanciamiento. Está en curso una de las transformaciones más rápidas de la historia. Es la gran paradoja.

Hasta el próximo fin del mundo...

# La gran paradoja

por Mauricio Trujillo Uribe\*



Óscar Pinto Pineda, *Boa abierta*, ilustraciones del libro "El Principito" (Cortesía del autor)

**E**n un mundo globalizado como el nuestro, en el que millones de personas se desplazan todos los días de una región a otra, de un país a otro, la propagación del coronavirus, o más precisamente del covid-19, se convirtió rápidamente, en apenas cuatro meses desde su origen en diciembre pasado en China, en una pandemia. Para finales de abril ésta ha infectado cerca de tres millones de mujeres y hombres de todas las edades y condiciones, ha causado la muerte a más de 200.000 y hoy tiene a la humanidad "detenida en el tiempo" con gran parte de sus 7.500 millones de habitantes resguardados en sus casas o alberges.

Nunca imaginamos que como humanidad nos tocara presenciar lo que estamos viviendo: calles desiertas, comercios cerrados, aulas vacías, carre-

teras intransitadas, aeropuertos parados, en fin, la vida como hasta ahora la conocimos suspendida o fuertemente alterada. Dada la naturaleza altamente transmisible del virus, el aislamiento y el "distanciamiento social" aparecen como la única estrategia de prevención o mitigación de su propagación y de manejo del número de personas infectadas para evitar el colapso de los servicios sanitarios. Entre tanto médicos, biólogos, químicos, matemáticos, científicos y especialistas buscan afanosamente crear la vacuna que permita ganarle la batalla a la enfermedad.

Pero en medio de esta crisis sanitaria, que ha acelerado una crisis económica y social de escala mundial dado el riesgo para la vida humana de entrar en contacto físico o próximo con personas portadoras del "enemigo invisible", las tecnologías digitales, en particular las de la información y la comunicación

(TIC), se han convertido en un soporte fundamental para frenar o ralentizar la pandemia en curso y dar continuidad a las actividades de los ciudadanos, las empresas, las organizaciones y los gobiernos.

Mientras que las actividades presenciales se han parado y sólo se mantienen aquellas indispensables para el funcionamiento básico de las instituciones, de ciertos servicios esenciales y de las cadenas prioritarias de producción y distribución, el mundo digital ha conocido un extraordinario dinamismo e incremento, permitiendo por medios virtuales realizar a distancia numerosas actividades, reemplazando la presencia física. Dichas tecnologías, utilizadas principalmente en ciertos ámbitos, hoy son el eje sobre el cual el mundo sigue andando: desde clases, conversatorios, conferencias, asistencia, reuniones laborales, gestiones administrativas, compra de alimentos

y entregas a domicilio, hasta los eventos políticos, culturales y religiosos, entre otras actividades, se realizan ahora a través de plataformas digitales, permitiendo que la vida siga su curso.

Esta nueva dinámica conlleva el desarrollo y fortalecimiento de habilidades comunicativas, de autonomía, responsabilidad, manejo del tiempo, autogestión, resolución de dificultades y otras. Pasada la crisis del coronavirus tendremos una sociedad y una economía más digitalizadas y posiblemente más eficientes a corto o mediano plazo, como resultado del aprendizaje, adaptación y reinención por el que el mundo ha tenido que pasar para poder sortear el confinamiento y el distanciamiento. El cambio que está generando la apropiación social de las tecnologías digitales en estos tiempos, será profundo y perdurable. Está en curso una de las transformaciones más rápidas de la historia. Es la gran paradoja.

### El rebusque diario

Sin embargo, así como la cuarentena resalta, de manera particular, el drama que viven millones de familias sumidas en la pobreza o pobreza extrema, cuya posibilidad de comer todos los días depende, ante la ausencia de un trabajo estable e ingresos seguros, del rebusque del día a día, también ha visibilizado la brecha digital existente entre los diversos sectores sociales, empresas y países.

La apropiación social de las tecnologías digitales, o sea, tener acceso a ellas, usarlas y contar con conocimientos para sacarles el mayor provecho, es muy distinta según el nivel económico y cultural de las familias. La Unctad advierte que la mitad de la población mundial no está conectada a la web y sólo una de cada cinco personas usa Internet en los países en desarrollo, mientras que en el mundo desarrollado nueve de cada diez.

En América Latina la principal dificultad que hoy tienen las alcaldías de las grandes ciudades para hacer llegar los precarios subsidios o ayudas a las familias menos favorecidas, no consiste tanto en disponer de los recursos públicos o de las campañas de solidaridad, sino en el hecho de que muchas de estas familias no tienen cuenta bancaria, tampoco están registradas en las bases de datos del Estado, ni manejan un correo electrónico, para poder contactarlas. Así mismo, millones de familias no disponen de un computador en su casa o de acceso a Internet para que sus hijos puedan asistir a las clases en línea, algunos indicadores señalan el 40% de la población.

En el mundo empresarial también asistimos a una transformación disruptiva en materia de dirección, organización y procesos, gracias al uso de las TIC. Pero la pandemia también ha puesto de presente la brecha digital entre las empresas tradicionales que están seriamente amenazadas por el confinamiento social, a punto de cerrar o en el rebusque diario, y las que por el contrario siguen operando e incluso han encontrado una oportunidad de crecer, favorecidas por el uso de plataformas digitales y recursos colaborativos en línea.

En nuestra región el cierre de la brecha digital es un factor determinante para la inclusión social y económica de las poblaciones menos favorecidas, al igual que para el desarrollo empresarial. Pasada la crisis, es responsabilidad de los gobiernos aprovechar el impulso ganado en el uso de las tecnologías digitales para redoblar esfuerzos en la inclusión digital de los sectores populares, mediante programas efectivos de apropiación social de las TIC en barrios y centros educativos. Merecen especial atención los jóvenes y adultos mayores. Y para respaldar con políticas públicas y créditos blandos la transformación digital de las empresas nacionales, sobre todo las pequeñas y medianas.

En estas condiciones, ojalá el próximo voto ciudadano, de Argentina a México, tenga en cuenta las propuestas de los candidatos en este campo. El acceso a Internet debe ser considerado un derecho público esencial y debería garantizarse un consumo básico para las poblaciones de pocos recursos, extendiendo para ello WiFi gratuito por todas las ciudades.

### Nuevo paradigma laboral

Numerosos son los sectores de la economía en los que el teletrabajo se puede introducir. De hecho, esta modalidad de trabajo hace parte de la reglamentación laboral de los países andinos y de la mayoría de América Latina, y ya algunas empresas lo han puesto en práctica, principalmente de manera parcial y para cierto tipo de servicios.

Con la pandemia del covid-19, se ha multiplicado exponencialmente el número de personas teletrabajando desde sus casas, pudiendo apreciar las ventajas de bienestar que traería esta práctica en tiempos normales. No tendrían que madrugar a sus sitios de trabajo o regresar en las noches a sus hogares en los atiborrados medios de transporte masivo, ni gastar dos o tres horas diarias de lo más preciado que tiene el ser humano, su tiempo. Podrían organizar sus jornadas entre los horarios productivos, comer en casa y compartir con sus familias. El teletrabajo ofrece igualmente una oportunidad laboral a las personas en condición de discapacidad, y a las madres y padres que deben ocuparse de sus hijos. Sin embargo, la confusión entre vida laboral y familiar, tiempo de trabajo y de ocio, surge como una limitante del teletrabajo, así como la extensión de la jornada de trabajo por órdenes que llegan desde el centro de operaciones y no reparan en el límite de la jornada laboral.

En la economía de mercado las empresas están obligadas a transformarse e innovar. Las plataformas colaborativas de teletrabajo 4.0 permiten ahorrar costos, flexibilizar horarios laborales, ganar en productividad y eficiencia, y mejorar el clima laboral. La reducción de la jornada de trabajo, de 8 a 6 o menos horas diarias, deja de ser una utopía. De otro lado, el teletrabajo no debe ser una forma de precarizar el empleo y en ello los trabajadores y sus organizaciones deben estar vigilantes. Este paso laboral exige entonces un cambio de mentalidad. Avanzamos así, hacia un nuevo paradigma laboral.

### Tsunami en la Educación

Salvo en centros educativos con programas específicos a distancia, la educación virtual como complemento de la educación presencial sigue siendo una meta a alcanzar en el sistema educativo de los países latinoamericanos, sin desconocer que el uso de recursos digitales ha ganado espacio en colegios y universidades, principalmente del sector privado. El debate no resuelto sobre la educación como proceso de socialización que va más allá del aula e implica la interrelación diaria en espacios públicos entre los actores del proceso educativo y de éstos con la sociedad en general, un aprendizaje que implica mucho más que leer o revisar escritos, gana nueva pertinencia.

En América Latina hay todavía un amplio trecho por recorrer: mejorar la infraestructura de conectividad de los centros educativos; garantizar que todos los estudiantes tengan acceso a los monitores de sus instituciones y cuenten con computadores en sus casas; mayor capacitación de los educadores en las herramientas digitales; plataformas con contenidos interactivos ajustados a los pensus académicos; y actualizar las políticas y programas de educación virtual. También es fundamental mejorar el nivel de inglés de docentes y estudiantes, sin lo cual están en desventaja para integrar los beneficios de la revolución 4.0.

No obstante, con ocasión del cierre forzoso de escuelas, colegios, institutos y universidades, y la continuación de las clases por medios digitales decretado por las autoridades, se está produciendo un verdadero "tsunami educativo". En Colombia, por ejemplo, la mayoría de los docentes ha tenido que preparar sus clases virtuales a marchas forzadas, adecuando su material pedagógico y sus espacios de trabajo en casa y algo similar ha pasado con los estudiantes. Así, unos y otros han ido adaptándose y tomando el ritmo.

El impacto que tendrá esta experiencia cuando alumnos y educadores regresen a las aulas permiti-

rá que la educación virtual ocupe finalmente su espacio, rompiendo paradigmas. El debate sobre los programas de formación y el futuro de los establecimientos educativos estará servido. Y algo es seguro: La educación presencial no volverá a ser la misma.

### Lucha contra el coronavirus

Medios de comunicación, ciudadanos, gobiernos, autoridades sanitarias, servicios de salud, laboratorios, comunidad científica y organizaciones internacionales están utilizando de una u otra forma las tecnologías digitales en la prevención y lucha contra el covid-19. A los medios de comunicación, que a diario informan sobre el avance y consecuencias del virus y las medidas sanitarias que la gente debe acatar, se suman las redes sociales en Internet, las cuales,

aunque sirven de cloacas de noticias falsas, están facilitado el intercambio de conocimientos en salud, medidas preventivas y autoevaluación.

Las tecnologías digitales también permiten elaborar modelos epidemiológicos predictivos que están ayudando a los gobiernos y autoridades sanitarias a tomar decisiones sobre la gestión de la cuarentena y la reactivación de sectores productivos, para encontrar un equilibrio entre "aplanar la curva" de

contagiados y paliar la recesión económica. En China, Corea del Sur y otros países han implementado aplicaciones en teléfonos móviles para monitorear las personas contagiadas. En Colombia, recientemente la Ministra TIC presentó la aplicación CoronApp. Sin embargo, en democracia política, es urgente que el gobierno aclare cuáles son las medidas de privacidad y seguridad de los datos que se colectan.

Otros ejemplos son las cámaras de alta resolución y termómetros infrarrojos que miden la fiebre de posibles infectados; drones y robots para esterilizar hospitales, sitios públicos y medios de transporte; computación de alto rendimiento con sistemas de Big Data e Inteligencia Artificial para comprender el coronavirus y obtener lo antes posible una vacuna; tele-asistencia sanitaria y plataformas en la nube con el historial clínico de recuperados.

En conclusión, el sector TIC se erige como gran aliado contra el coronavirus y futuras epidemias, poniendo de presente la importancia de las formaciones universitarias y tecnológicas asociadas a las tecnologías de la cuarta revolución industrial o industria 4.0.

### Reinventar nuestra forma de vivir

Esta crisis mundial, como otras sucedidas en el pasado, y como la que ya empezamos a vivir debido al cambio climático, también provocada principalmente por los humanos, nos debe llevar a cuestionarnos como habitantes del planeta, nuestro único y espectacular hogar.

La pausa global nos debe conducir a reflexionar sobre nuestra condición de "especie dominante" y el futuro de la Tierra: es necesario modificar nuestro comportamiento personal y colectivo en aras del bienestar general y el uso responsable de los recursos comunes. Nos esperan nuevos desafíos como civilización, es imprescindible un cambio de mentalidad y una transformación de nuestros modelos de existencia. ■

\* Ex-Alto Consejero Distrital de TIC de Bogotá, ex-Ingeniero de Investigación del Centro Nacional de Investigación Científica de Francia. Consultor en temas de Ciudad Inteligente. Blog: <https://agoradeldomingo.com>  
Bogotá, 28 de abril de 2020

Óscar Pinto Pineda, *Boa cerrada*, ilustraciones del libro "El Principito" (Cortesía del autor)

La pandemia ha demostrado que los dogmas neoliberales no son sagrados: los Estados asumen hoy un rol central en la economía política. Otras lógicas son posibles. Pero requieren recuperar y respetar los equilibrios ambientales.

Una verdadera alternativa económica

# La planificación ecológica

por Cédric Durand y Razmig Keucheyan\*

**D**escifrar los secretos del capitalismo fue uno de los grandes méritos de Martin Luther King. Se trata, decía él, del socialismo para los ricos y la libre empresa para los pobres. Esto puede verificarse en períodos normales: durante el transcurso de las últimas décadas, el Estado, por ejemplo, construyó un mercado de deudas públicas, regalando así, deliberadamente, a los operadores privados el control que ejercía sobre el crédito después de la Segunda Guerra Mundial (1). Pero es aun más cierto en períodos de crisis. Los planes de apoyo a la economía implementados tras el crack de 2008 se elevaban al 1,7 por ciento del Producto Interno Bruto (PIB) mundial. Por el coronavirus, Francia ya había desembolsado a principios de abril el equivalente al 2,6 por ciento de la riqueza producida cada año, cifra ampliamente superada por países como Estados Unidos (10%) o el Reino Unido (8%). Estos porcentajes sólo registran los primeros esfuerzos realizados por los Estados, mas nadie duda que van a seguir aumentando durante los próximos meses.

A estas medidas presupuestarias deben sumarse las sumas titánicas desembolsadas por los bancos centrales. Contrariamente a sus homólogos japoneses o británicos, el Banco Central Europeo (BCE) se

sigue negando a financiar directamente a los Estados, aunque se comprometió a comprar 1,12 billones de euros en títulos de mercado, de obligaciones públicas, pero también de deudas de multinacionales como BMW, Shell, Total, Lvmh o Telefónica. Estas medidas complementan una serie de disposiciones que facilitan el acceso de los bancos a la liquidez. Rendirle honor al tótem de la estabilidad financiera significa que, en el punto más crítico de la crisis por el coronavirus, los fondos de inversión, los bancos y las grandes empresas, incluso las más contaminantes, serán los primeros beneficiarios de la ayuda de los poderes públicos. El "socialismo para los ricos" nunca fue tan protector.

## Bifurcaciones

Sin embargo, la gravedad de la crisis y el hecho de que impacta más en la economía "productiva" que en las finanzas, conmueven un poco la definición de Martin Luther King. En Estados Unidos, el Tesoro envía directamente cheques, bastante modestos, a los ciudadanos: es el principio de la moneda "helicóptero" (desde el cual se arrojarían los billetes), por el cual los bancos centrales subvencionan a los hogares y las empresas sin la mediación de los bancos y sin compensación. En Francia, a principios de abril, uno de cada cinco trabajadores se encontraba parcialmente desemplea-

do y a cargo del Estado, una cifra que seguramente va a aumentar. El Observatorio Francés de las Coyunturas Económicas (Ofce) evalúa en más de 21.000 millones de euros el costo mensual de las disposiciones que les permiten a los trabajadores conservar una parte de su remuneración (2).

La pandemia dio lugar, una vez más, a la suspensión de la noche a la mañana de dogmas neoliberales que hasta ayer se presentaban como sagrados, entre los cuales se encuentran los criterios de convergencia de la zona euro. La idea de que los bancos centrales puedan "monetizar" las deudas públicas, es decir, hacerse cargo directamente de los gastos del Estado, es hoy un tema corriente de debate en el seno de las elites políticas y financieras. La batalla se anuncia dura, pero el "estado de excepción" ideológico actual ofrece una ocasión histórica de cortar el cordón entre el financiamiento de la economía y la propiedad privada del capital. En efecto, si (re)descubrimos que los bancos centrales pueden, dentro de los límites de las capacidades de producción de una economía dada, financiar los adelantos necesarios para la actividad, entonces los mercados perderían su estatus de extorsionistas: ya no habría motivos para cortejar la confianza de los inversores ni legitimidad para las políticas de austeridad.

A no engañarse, el neoliberalismo lejos está de desaparecer. En Francia, por ejemplo, la timidez de las medidas en favor de los hogares más pobres indica que el gobierno mantiene un ejército de reserva a bajo costo para imponer un ajuste de los salarios con el objetivo de amortizar la crisis (3). No obstante, vemos surgir algunos brotes de una lógica económica diferente. Como suele ocurrir en las coyunturas de crisis como los conflictos armados. Durante la Primera Guerra Mundial, París sufrió una penuria de carbón (4). El Estado se hizo cargo, entonces, de su producción y distribución. La subvención a los hogares se realizó según dos criterios: el tamaño de las viviendas y la cantidad de personas que vivían en ellas, a partir de los cuales se evaluaba la cantidad de carbón necesaria para la calefacción. El combustible dejó de ser distribuido sobre la base de la sustentabilidad de los hogares para hacerlo en función de sus necesidades reales. Se pasó de un cálculo monetario a un cálculo material.

Ciertamente, la crisis del coronavirus es menos trágica que la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, la lógica que está imperando es similar. Las máscaras de protección y los respiradores escasean

cruelmente. Hoy nadie osa mencionar su costo. Sólo importa una cosa: ¿cuántos se pueden producir y a qué velocidad? Las cantidades han reemplazado a los precios. La subordinación del mercado a las necesidades reales toma también la forma de requisas. Irlanda, modelo de neoliberalismo, no dudó en nacionalizar sus hospitales privados el tiempo que dure la crisis. Para acelerar la fabricación de respiradores artificiales, el propio Donald Trump invocó la Defense Production Act, una ley que se remonta a la Guerra de Corea (1950-1953), que autoriza al Presidente de Estados Unidos a obligar a las empresas a producir de manera prioritaria bienes que respondan al interés general. La emergencia revela las necesidades por sobre los mecanismos del mercado.

Las crisis conducen las sociedades a bifurcaciones. A menudo, las rutinas anteriores vuelven a imponerse en cuanto pasa la tormenta; más o menos así ocurrió tras la caída financiera de 2008. Pero la crisis ofrece a veces la ocasión de comprometerse con otra lógica. Y, en estado potencial, existe esta lógica en la situación actual: privilegiar la satisfacción de las necesidades reales, en contra del mercado.

### Acuerdos de inversión

Sin embargo, la pandemia ligada al nuevo coronavirus puso en evidencia otra exigencia. El covid-19 encuentra su origen en una interpenetración creciente de los mundos humanos y animales favorable a la circulación de los virus (5). Esta transformación es resultado a la vez de la destrucción de los ecosistemas, que conduce a animales portadores de enfermedades transmisibles a instalarse en las proximidades de las zonas de habitación humanas. Entonces, además de satisfacer las necesidades reales, una lógica económica alternativa tendrá que restablecer y respetar los equilibrios ambientales. ¿Su nombre? La planificación ecológica.

Que reposa sobre cinco pilares.

Ante todo, el primero: el control público del crédito y de la inversión. Se trata de imponer por medios legales el cese del financiamiento y luego el cierre de las industrias contaminantes. Este movimiento debe estar acompañado por inversiones masivas destinadas a la transición ecológica, las energías renovables y las infraestructuras limpias, principalmente, por medio del aislamiento en la construcción. Hay evaluaciones de cifras, por ejemplo, de la Asociación Négawatt (6). Pero también se trata de refundar y de ampliar los servicios públicos, esencialmente en los ámbitos de la educación, la salud, el transporte, el agua, el tratamiento de desechos, la energía y la comunicación, arruinados o destruidos por la lógica de mercado.

En febrero de 2019, Bernie Sanders y Alexandria Ocasio-Cortez presentaron su proyecto sobre el “Nuevo Acuerdo Ecológico” (Green New Deal). Tomando como ejemplo el control político sobre la economía que impuso la administración de Franklin Delano Roosevelt en tiempos de la Gran Depresión de los años 1930, el proyecto propone “descarbonizar” la economía en diez años (Descamps-Lebel, pág. 16). Ya no hay tiempo para medidas tibias, la situación en el frente ambiental se agrava. Este programa tendrá que liberarse de las reglas de austeridad por las cuales los Estados se volvieron impotentes en materia ambiental. De todos modos, la crisis del coronavirus las hizo estallar en pedazos.

En el seno del capitalismo neoliberal son los mercados, respaldados por los bancos y el sector financiero no regulado (*shadow-banking*), quienes hacen de cuartel general donde se decide la asignación de los recursos. La elección de invertir en un sector o actividad se funda en criterios de rentabilidad y solvencia, a excepción de la capa de maquillaje verde destinada a alimentar la sección “nuestros valores” de los sitios de Internet de las grandes compañías. Larry Fink, el patrón del fondo de inversión BlackRock, publicó en enero de 2020 una enérgica carta dirigida a los jefes de empresas (7). Allí, declaraba su voluntad de hacer de la “inversión

sustentable” la línea directriz de su gestión de activos. La estrategia de “ecolavado” (*greenwashing*) por parte de un fondo que detenta participaciones masivas en el sector de los hidrocarburos (8) no se le escapó a nadie. Incluso suponiendo que la intención era seria, la inversión sólo sería “sustentable” si se sustrajera a la lógica de la competencia, cortoplacista por naturaleza.

Es necesario desarmar este poder centralizado de las finanzas privadas. La inversión en la transición tendrá que ajustarse a un control democrático en todas las instancias de toma de decisiones. François Mauroy, consejero del gobierno de Pierre Mauroy en la época de las nacionalizaciones de 1981-1982 y miembro del consejo general del Banco de Francia, propone: “Los poderes elegidos deben ocupar el lugar central en la decisión del crédito y, por esta vía, en la emisión de nueva moneda. En cada nivel, las Asambleas elegidas deben definir los criterios de atribución de los préstamos, la naturaleza de los beneficiarios y los montos otorgados [...] por grandes categorías de actividad” (9).

Estas deliberaciones sobre la inversión tendrán que adaptarse a objetivos generales establecidos a nivel nacional –incluso a nivel continental o mundial, principalmente en materia ecológica–, pero su autonomía garantiza la preservación de una forma de diversidad institucional. Lejos de la homogeneización mercantil, la articulación entre centralización de los objetivos primordiales y dinámica local para su realización favorece la inventiva de las formas de vida y las capacidades de adaptación de las sociedades humanas en su conjunto. Es también un imperativo para darle a la planificación un fuerte anclaje democrático. Como la transición supone una reasignación de los recursos a gran escala en un corto plazo, en caso de discordancia entre niveles, será el nivel nacional quien resuelva en última instancia. Para esto, es necesario que tenga legitimidad: mejorar la calidad de los procesos de deliberación es un desafío ecológico por excelencia.

### Otra jerarquía de los oficios

La atribución del crédito también tendrá que tener en cuenta las exigencias ecosistémicas. Las experiencias de planificación del siglo XX, en la Unión Soviética, Francia y otras partes del mundo, se centraron en su mayoría en planificar el crecimiento de los equipamientos y de las industrias, por ejemplo, tras una guerra. Hasta ahora, la planificación fue productivista. La planificación ecológica, por su parte, debe organizar el decrecimiento de la utilización de los recursos naturales. Para lograrlo, habrá que empezar por dotarse de un aparato estadístico a la altura de las circunstancias. Planificar supone conocer el presente y formular escenarios plausibles sobre el futuro (10). Ahora bien, el conocimiento del impacto ambiental de las diversas actividades económicas sigue estando lleno de lagunas. Faltan indicadores ricos y precisos para orientar la deliberación y la decisión. Los institutos públicos de estadística serían capaces de producirlos si hubiera un mandato claro y mayores recursos para hacerlo.

De nada sirve mirar para otro lado: el desempleo afectará a muchos trabajadores de los sectores contaminantes cerrados. Sin embargo, ya durante las últimas décadas, la ecología acarrea el imaginario de una desindustrialización que, cuando se produjo bajo el efecto de las deslocalizaciones –y sin la más mínima preocupación ambiental–, provocó dramas sociales. La planificación ecológica, por su parte, se apoya en primer lugar en las clases populares. Entonces, debe invertir la tendencia y asociar la producción propia con la conquista de nuevos derechos sociales para los trabajadores.

Y ése es el segundo pilar de la planificación ecológica: el Estado debe garantizarles un empleo. El nuevo acuerdo ecológico de Sanders y Ocasio-Cortez comprende esta medida, simple pero crucial (11). El Estado se compromete a proponer o a

financiar un empleo a toda persona que desee trabajar, con un salario de base del sector público o superior. Así como los bancos centrales son presamistas “en última instancia” en los momentos de crisis financiera, con la garantía de empleo, el Estado se convierte en financiador del empleo “en última instancia”.

Este dispositivo permitiría crear puestos en sectores que el capitalismo considera no rentables, pero que suelen aportar un fuerte valor agregado social y ecológico: mantenimiento de los recursos naturales, atención de adultos mayores o de la primera infancia, reparaciones, etc. A pesar de sus límites, la experiencia de los “territorios con desempleo

## Los fondos de inversión, los bancos y las grandes empresas serán los primeros beneficiarios de la ayuda de los poderes públicos.

cero por tiempo prolongado”, en curso desde el año 2016 y hasta 2021 en una decena de localidades francesas, ofrece un panorama de la garantía del empleo (12). Esta experimentación descansa sobre tres ideas: todos pueden tener un empleo (todo el mundo tiene competencias y tiene derecho a que sean reconocidas socialmente), el dinero no falta y el trabajo, tampoco –

lo que escasea es el empleo tal y como lo define el mercado, es decir, el trabajo que valoriza el capital–.

Se trata entonces de superar el principio de protección contra los imponderables del mercado del trabajo ofreciendo una garantía de empleo que, además, contribuirá a satisfacer necesidades no cubiertas por el mercado. Podemos imaginar que se necesitará un espacio de diálogo entre, por un lado, las personas disponibles y, por el otro, las colectividades locales y las asociaciones, para identificar los empleos útiles a nivel de un territorio determinado. Una virtud suplementaria de este programa sería la constitución de una base mínima de normas sociales, en términos de condiciones de trabajo y de remuneración, cuyos efectos protectores se difundirían al conjunto de los trabajadores. Con el empleo garantizado, el trabajo deja de ser una mercancía, porque su existencia y su utilidad ya no están determinadas por el mercado.

La crisis del coronavirus reveló otra jerarquía de los oficios (13). De repente, la supervivencia de las poblaciones depende del trabajo del personal sanitario, de los cajeros y las cajeras de supermercado y del personal de limpieza, todos oficios que, en tiempos normales, son poco valorados simbólicamente y financieramente. Son aplaudidos todas las noches desde los balcones. Algunos en Francia llegan incluso a proponer que desfilen en lugar de los militares el 14 de Julio. Los oficios de la transición ecológica deben ser objeto de la misma revalorización. Siguiendo el ejemplo del minero de carbón, estandarte de “la batalla de la producción”, erigido como símbolo de la centralidad del mundo obrero tras la Segunda Guerra Mundial, la transición necesita sus propios “héroes”, o heroínas, en este caso. En primer lugar implica la compresión drástica de la escala de las remuneraciones y el aumento de los ingresos correspondientes a los numerosos oficios social y ecológicamente útiles pero que, hasta ahora, no eran considerados. Esta batalla será también cultural: no se cambia el imaginario colectivo de un siglo sin películas, novelas, canciones, que contribuyan a elevar al personal sanitario, recicladores y campesinos al rango que ocupan en el universo de la ficción los policías, empresarios, abogados e informáticos.

### Solidez, democracia, justicia

En tercer lugar, la planificación ecológica debe conducir a una relocalización de la economía. →

→ La Unión Europea también dispone de su “Pacto Verde Europeo”, que se hizo público a través de la presidenta de la Comisión, Úrsula van der Leyen, en enero de 2020. En el preciso momento en el que presentaba sus principales líneas, la UE firmaba un tratado de libre comercio con Vietnam... Entonces, cada vez más cantidad de mercancías irán y vendrán a través del planeta, con una gran cantidad de emisiones de gases de efecto invernadero. Además de acrecentar las desigualdades, el libre comercio engendra una aberración ecológica.

Esta relocalización debe descansar sobre tres principios. El primero es la “desespecialización de los territorios”. Esto les permitirá liberarse de las fluctuaciones de los mercados mundiales y recuperar, de este modo, la soberanía sobre lo que producen. La globalización capitalista, la ampliación de las cadenas de valor, les quitaron este control a las poblaciones. El segundo principio es el “proteccionismo solidario”: la implementación de las barreras aduaneras sociales y ambientales debe estar acompañada por el desmantelamiento del monopolio de las grandes firmas en materia de conocimiento. Liberalizar la propiedad intelectual permitirá que una gran cantidad de personas puedan beneficiarse con las innovaciones. Y el intercambio de saberes y de tecnologías favorecerá la elevación de los derechos sociales y ambientales. Lejos de replegarse en sí mismo, el proteccionismo solidario renovará el internacionalismo con bases ecológicas y de mutualización del saber.

Pero la relocalización no puede dar en el blanco, si, finalmente y, en tercer lugar, no tiene efectos sobre lo que se produce y sobre la manera en la que se produce. Al capitalismo le sirve acortar cuanto sea posible la vida útil de los objetos para obligar al consumidor a comprar siempre algo más nuevo. Para esto, lanza al mercado bienes de mala calidad. Es necesario imponer a los fabricantes normas de solidez acompañadas por una garantía de vida útil más extensa (14). Los productos más sólidos, que deben ser reemplazados con menor frecuencia, y suelen ser reparados, alivian la presión sobre los ecosistemas. Los movimientos a favor de una mayor “sobriedad” van viento en popa. Suelen verse acompañados por una moral individualista (15). La sobriedad sólo puede ser colectiva, entonces hay que instaurar regulaciones que la alienten. Tenemos que pasar de una visión productivista de la actividad industrial a una concepción orientada hacia la extensión del ciclo de vida de los objetos: el mantenimiento, la reparación y el mejoramiento de los objetos a lo largo del tiempo deben tomar la delantera sobre la lógica de lo descartable. Es una cuestión de inversiones, de empleos, de competencias, pero también de garantías sociales.

La estricta limitación de la publicidad debe figurar entre estas regulaciones. Que una empresa quiera informar a sus clientes sobre los méritos de sus mercancías es una obviedad. Pero la publicidad engulle nuestras vidas cotidianas y nuestros espacios para vender ilusiones más que productos. Durante el transcurso del siglo XX, los gastos en publicidad de las empresas –las multinacionales, particularmente– aumentaron de manera vertiginosa (16). En la era del capitalismo “monopolista” es uno de los principales mecanismos para captar sectores del mercado. En estas condiciones, no hay lugar para la emergencia de formas de consumo sustentables.

El cuarto pilar de la planificación ecológica es la democracia. Las experiencias de planificación pasadas eran no sólo productivistas, sino también tecnocráticas, verticales, y hasta autoritarias (17). En la URSS, por ejemplo, una burocracia de planificadores decidía sobre las cantidades y cualidades de los bienes a producir. Este autoritarismo suponía el problema de la debilidad de la legitimidad política de estos regímenes, pero también el del conocimiento económico: separados de la sociedad civil, los intelectuales planificadores sabían poco sobre las necesidades y los deseos de los ciudadanos. Esto daba lugar a un desajuste a veces notable de la oferta y la demanda, que desembocaba en penurias o derroche.

Esta correlación entre planificación y autoritarismo no es necesariamente una fatalidad. Desarmarla supone cierto grado de inventiva institucional. Durante el transcurso de los últimos treinta años, las experimentaciones en materia de democracia participativa no faltaron (18). Con frecuencia no son más que engaños políticos, ya que las decisiones importantes se toman en el seno de los poderes ejecutivos y de los consejos de administración. Los dispositivos como las conferencias de consenso, los jurados de ciudadanos, los presupuestos participativos o la “asamblea del futuro” (19) podrían, sin embargo, contribuir a la deliberación sobre las necesidades. La condición para la eficacia de estos dispositivos, que hasta hoy nunca se realizó, es que influyan verdaderamente sobre las elecciones productivas. En otras palabras, que den lugar a un retroceso de los mecanismos mercantiles en beneficio de una politización de la economía.

La coordinación de la oferta y de la demanda también podría apoyarse en herramientas digitales, como ya ocurre en el capitalismo de hoy. En septiembre de 2017, el diario *Financial Times* afirmaba que “La revolución de los big data puede resucitar a la economía planificada” (20). A ojos de uno de sus editorialistas, las posibilidades actuales de recolección de datos y de cálculo podrían, en un futuro cercano, superar ciertas deficiencias de la planificación centralizada del siglo XX. Las informaciones que produce con un flujo continuo el conjunto de los actores económicos permiten conocer las preferencias de una gran cantidad de consumidores de manera casi instantánea, sin pasar por el sistema de los precios. Pero estos datos pertenecen, de hecho, a las industrias privadas de Silicon Valley, al igual que la infraestructura que los genera y los trata. Si fueran socializados, ubicados bajo el control democrático y reorientados hacia la utilidad social, contribuirían a la emergencia de alternativas al mercado.

Finalmente, el quinto y último pilar de la planificación ecológica es la justicia ambiental. El covid-19 generó numerosas víctimas en los territorios más pobres, por ejemplo, en Francia, en Seine-Saint-Denis. Las clases populares padecen una salud más frágil; a falta de viviendas decentes y de recursos, contraen más patologías y van menos al médico, sobre todo porque sus territorios parecen desiertos médicos. Sin embargo, las profesiones situadas en la primera línea de la lucha contra el coronavirus suelen provenir de estos territorios y, entonces, están más expuestas al virus. Las pandemias agravan la desigualdad de clases.

Sucede lo mismo con la crisis climática. Las clases populares sufren más que los ricos la contaminación o las catástrofes naturales (21). No obstante, los gobiernos suelen hacer pesar sobre ellas el costo de la transición, como lo demostró el calamitoso episodio del impuesto sobre el combustible, que desató el movimiento de los Chalecos Amarillos. Semejante conducta no sólo es moralmente dudosa, sino que está políticamente destinada al fracaso: sin el consentimiento de las clases populares, la transición no será posible. Suscitar este consentimiento supone ubicar a la justicia en el centro de la transición y, para esto, imponer un control democrático sobre las elecciones de producción y de consumo. En Francia, el 10 por ciento más rico de la población emite más gases de efecto invernadero que el 10 por ciento más pobre (veinticuatro veces más en Estados Unidos y cuarenta y seis veces más en Brasil) (22). A ellos les corresponde asumir el costo de los destrozos ambientales suscitados por sus modos de vida.

Actualmente, la ecología figura entre las principales preocupaciones de los europeos. ¿Pero qué ecología? El primer ministro conservador de Austria, Sebastian Kurz, tiene su propia idea. El pasado mes de enero, al momento de formar su coalición con los Verdes –una novedad a escala de un país–, declaró que la humanidad se veía confrontada a dos desafíos mayores: la inmigración y el cambio climático. De allí el sentido de una alianza de los conservadores con los ecologistas. La crisis del coronavirus podría acelerar la emergencia de una ecología conser-

vadora. La demanda de un Estado “fuerte” suscitada por el miedo, el acostumbramiento al cierre de las fronteras y al “seguimiento” de la población, junto con la creciente conciencia de que el productivismo engendra catástrofes cada vez más importantes, podrían hacer de Austria el primer país, entre otros, que se incline por una gestión autoritaria de la crisis

ambiental. Sería un error creer que esta alianza es antinatural. En la historia de la ecología, siempre existió una sensibilidad conservadora.

A esta ecología conservadora, hay que oponerle otra. La que activa todos los mecanismos del Estado para realizar la transición, pero encuentra al hacerlo la oportunidad de democratizar al Estado y de someter la democra-

cia participativa a la presión de la democracia directa. La transición ecológica requiere, en este sentido, una transformación simultánea de nuestros sistemas económicos y políticos. Su ecología o la nuestra (23): la gran batalla del siglo XXI ha comenzado. ■

## El trabajo no falta; lo que escasea, es el empleo tal y como lo define el mercado, es decir, el trabajo que valoriza el capital.

1. Benjamin Lemoine, *L'Ordre de la dette. Enquête sur les infortunes de l'État et la prospérité du marché*, La Découverte, París, 2016.
2. “Évaluation au 30 mars 2020 de l'impact économique de la pandémie de Covid-19 et des mesures de confinement”, Policy brief N° 65, OFCE, París, 30-3-20.
3. Michaël Zemmour, “Coronavirus : Le gouvernement ne se rend pas compte de l'exposition des ménages modestes à la crise”, *Le Monde*, París, 27-3-20.
4. Thierry Bonzon, “Consumption and total warfare in Paris (1914-1918)”, en Frank Trentmann y Flemming Just (dir.), *Food and Conflict in Europe in the Age of the Two World Wars*, Palgrave Macmillan, Londres, 2006.
5. Véase Sonia Shah, “Regalos envenenados”, *Le Monde diplomatique*, edición Colombia, marzo de 2020.
6. Association négaWatt, *Manifeste négaWatt. En route pour la transition énergétique!*, Actes Sud, Arles, 2015.
7. Larry Fink, “A fundamental reshaping of finance”, sitio Internet de BlackRock, enero de 2020, [www.blackrock.com](http://www.blackrock.com)
8. Amélie Canonne y Maxime Combes, “BlackRock se paie une opération de greenwashing grâce à Paris et Berlin”, *Basta!*, 24-1-20, [www.bastamag.net](http://www.bastamag.net)
9. François Morin, *Quand la gauche essayait encore. Le récit des nationalisations de 1981 et quelques leçons que l'on peut en tirer*, Lux, Montréal, 2020.
10. Alain Desrosières, “La commission et l'équation : une comparaison des Plans français et néerlandais entre 1945 et 1980”, *Genèses. Sciences sociales et histoire*, N° 34, París, 1999.
11. Pavlina Tcherneva, *The Case for a job guarantee*, Polity Press, Londres, 2020.
12. Florence Jany-Catrice y Anne Fretel (coord.), “Une analyse de la mise en œuvre du programme expérimental visant à la résorption du chômage de longue durée dans le territoire urbain de la Métropole de Lille”, informe intermediario, 11-6-19, disponible en <https://chaires.org>
13. Dominique Méda, “Nous savons aujourd'hui quels sont les métiers vraiment essentiels”, *Politix*, París, 25-3-20.
14. Véase “Por una ‘economía de la funcionalidad’”, *Le Monde diplomatique*, edición Colombia, septiembre de 2019.
15. Véase Jean-Baptiste Malet, “Le système Rabhi”, *Le Monde diplomatique*, París, agosto de 2018.
16. John Bellamy Foster et al., “The sales effort and monopoly capitalism”, en *Monthly Review*, Vol. 60 (N° 11), Nueva York, abril de 2009.
17. Bernard Chavance, “La planification centrale et ses alternatives dans l'expérience des économies socialistes”, *Actuel Marx*, París, Vol. 65 (N° 1), 2019.
18. Yannick Barthe, Michel Callon y Pierre Lascoumes, *Agir dans un monde incertain. Essai sur la démocratie technique*, Seuil, París, 2001.
19. Dominique Bourg et al., *Inventer la démocratie du XXIe siècle. L'Assemblée citoyenne du futur*, Les Liens qui libèrent, París, 2017.
20. *Financial Times*, Londres, 4-9-17.
21. Catherine Larrère (dir.), *Les Inégalités environnementales*, PUF, París, 2017.
22. Lucas Chancel, *Insoutenables inégalités. Pour une justice sociale et environnementale*, Les petits matins, París, 2017.
23. André Gorz, “Leur écologie et la nôtre”, *Le Monde diplomatique*, abril de 2010.

\*Respectivamente, profesor de Economía en la Universidad París 13 y profesor titular de Sociología en la Universidad de Bordeaux.

Traducción: María Julia Zaparant



Óscar Pinto Pineda, *Boa comiendo*, ilustraciones del libro "El Principito" (Cortesía del autor)

Al no poder tratar el covid-19, las autoridades públicas de muchos países llegan a considerar a los posibles portadores del virus –es decir, a todos– como una amenaza. Se abre la era del control digital de la población. Una bendición para la industria de la vigilancia y el complejo tecnosecuritario.

De la crisis sanitaria a la panacea securitaria

# La sofisticación totalitaria

por Félix Tréguer\*

**E**n Australia Occidental, el gobernador cuenta ahora con la autoridad para imponer brazaletes electrónicos a las personas potencialmente infectadas con coronavirus y puestas en aislamiento. En China, la temperatura corporal de los repartidores de comida aparece al mismo tiempo que su geolocalización en los smartphones de los destinatarios, a los que también se rastrea para evaluar su riesgo de contagio y así establecer un código de colores que condiciona el acceso a los lugares de trabajo, al transporte o a las zonas residenciales. Los policías chinos también están equipados con anteojos de realidad aumentada. Conectados a cámaras térmicas ubicadas en sus cascos, les permiten detectar a las personas con fiebre en medio de la multitud. Mediante una aplicación instalada en sus teléfonos móviles, los residentes polacos puestos en cuarentena deben autenticarse ante la policía enviando regularmente un autorretrato digital (selfie) tomado dentro de su casa. En Nueva Zelanda, la policía ha lanzado una plataforma digital de delación, en la que se invita a los ciudadanos a denunciar las infracciones a las medidas de confinamiento de las que fueran testigos.

A primera vista, hay aquí una paradoja: la principal respuesta de los Estados a una crisis sanitaria es securitaria. Incapaces por el momento de aplicar un

tratamiento contra el virus, mal equipados en unidades de terapia intensiva, pruebas de detección y máscaras protectoras, los gobiernos erigen a sus propios pueblos como amenaza –para protegerlos de sí mismos–. Pero la paradoja es sólo aparente. Porque a lo largo de los siglos, las epidemias han constituido episodios privilegiados para la transformación y amplificación del poder del Estado y la generalización de nuevas prácticas policiales, como el fichaje de la población.

## "Por su propio bien"

Sin embargo, en nuestros imaginarios la gestión securitaria de la salud pública suena arcaica. En efecto, el desarrollo de la medicina permitía augurar un continuo retroceso de las grandes epidemias y las perturbaciones políticas asociadas a las mismas. Pero esto implicaba obviar el rol que desempeña el capitalismo –mediante la destrucción de los hábitats, la agricultura industrial o la aceleración cada vez mayor de los flujos internacionales– en la propagación de los patógenos (1). Para contrarrestar el resurgimiento del riesgo epidémico observado desde los años 1990, actores como la Organización Mundial de la Salud y la fundación del multimillonario William Gates apostaron a los algoritmos y el *big data* (2). El análisis masivo de datos prometía una detección más precoz de las en-

fermedades que habría permitido a las autoridades anticipar su respuesta y prevenir las crisis (3).

Lamentablemente, estas tecnologías no ayudaron en absoluto a prevenir el desastre pandémico del covid-19. Así, abrumados por la crisis, los Estados se limitaron a imponer restricciones draconianas a las libertades, con medidas propias de siglos atrás, a imagen del confinamiento y otras cuarentenas que el historiador y demógrafo Patrice Bourdelais nos recuerda que fueron "sinónimo de regímenes totalitarios en el siglo XIX. La Inglaterra liberal propuso entonces un nuevo sistema de protección, basado en el examen médico a la llegada de los barcos, la internación de los enfermos en hospitales especiales y el seguimiento durante algunas semanas de los pasajeros que parecían gozar de buena salud. En esa época se apeló a la responsabilidad individual del enfermo que frecuentaba lugares o transportes públicos, conducta que podía llevarlo a pagar una multa o pasar unos días en prisión" (4).

La alianza entre salud pública y razón de Estado no es nueva. Pero en la era de la globalización, las restricciones a la libertad de movimiento ya no se aplican sólo a escala de ciudades, regiones o a lo largo de las rutas comerciales, sino a todo el planeta. Tomados por sorpresa, los líderes se lanzan a una puja tecnológica y securitaria, haciendo suyas las estrategias que las autoridades chinas han estado experimentando desde febrero. Ya sea modelando la propagación de la epidemia y los desplazamientos de la población, localizando a los individuos o rastreando sus interacciones sociales para detectar nuevos contagios, los Estados y sus socios privados legitiman dispositivos que hasta hoy estaban reservados al control social y a la identificación de los disidentes. Como resume Chen Weiyu, una joven de Shanghai: "Antes del coronavirus la vigilancia ya estaba en todas partes; la epidemia sólo la ha hecho aun más intensa" (5).

Si alguna vez se levanta este estado de excepción, los historiadores del período actual tal vez se sorprendan de que los gobiernos hayan pensado en obligar, o alentar en el caso de Francia, a toda la población a llevar el equivalente a un brazalete electrónico, a través de celulares y una aplicación de rastreo (*backtracking*) que lleve la cuenta de los contactos físicos de cada individuo. La sofisticación totalitaria de tal procedimiento habría hecho palidecer de envidia a los regímenes más paranoicos del siglo XX; de hecho, ninguno se había atrevido a imponerlo. El argumento de los gobernantes actuales proclama la eterna justificación de los déspotas: "Es por su propio bien". Sin embargo, esas medidas que apuntan a evitar que los usuarios se infecten y a rastrear las cadenas de contaminación no son en absoluto seguras, particularmente si sólo son opcionales. A la luz de los estudios sobre estos proyectos, algunos gobiernos se verán tentados a hacerlos obligatorios y a identificar a las personas en riesgo para ponerlas en cuarentena (6). Además, como lo señalara Susan Erikson, profesora de Ciencias de la Salud en Vancouver, "existe el riesgo de que el enfoque tecnológico lleve a apartarse de estrategias más fundamentales y esenciales en la gestión de las crisis sanitarias" (7). Según ella, este "solucionismo tecnológico" (Morozov, pág. 20) hizo perder un tiempo precioso durante la epidemia del virus del Ébola que en 2014 azotó África Occidental.

## Crisis es oportunidad... de negocios

Por otro lado, esta frenética carrera por los datos es un regalo del cielo para las grandes multinacionales digitales. En Estados Unidos, a finales de marzo el gobierno de Donald Trump inició conversaciones con Google, Facebook y varios de sus competidores para movilizar sus vastas reservas de datos en la lucha contra el virus. Expuestos durante varios años a una andanada de críticas, las puntas de lanza del capitalismo de vigilancia encuentran en la crisis una ocasión para legitimar sus modelos económicos tóxicos, al tiempo que se reposicionan como los socios naturales de los Estados en la gestión de la salud pública. Por ejemplo, Google y Apple, que gestionan los sistemas operativos de casi todos los smartphones en circulación, han

anunciado que trabajarían con las autoridades para desarrollar las aplicaciones de rastreo.

Este episodio también les brinda la oportunidad de sellar nuevas asociaciones con instituciones sanitarias a fin de desarrollar herramientas para el procesamiento masivo de datos y pilotear mejor la asignación de los recursos hospitalarios, reducidos como piel de zapa a fuerza de recortes presupuestarios. El fenómeno ya ha sido ampliamente documentado: mediante la evasión fiscal, el *big data* contribuye a debilitar los servicios públicos y se nutre de austeridad. El 28 de marzo, el National Health Service (NHS) británico anunciaba el lanzamiento de un consorcio que reúne a Google, Amazon y Microsoft. El consorcio estará encabezado por Palantir, una empresa californiana especializada en el análisis de datos y conocida por sus vínculos con la Agencia Central de Inteligencia (CIA, en inglés), así como por su colaboración con los servicios de inmigración estadounidenses en la represión de indocumentados. A pesar de la repentina vuelta a escena del Estado y de las promesas de financiación de los sistemas de salud, la epidemia podría profundizar las lógicas de gestión y tercerizar actividades clave en las industrias digitales.

Los principales operadores de telecomunicaciones también obtienen su parte de la torta. Además de los paquetes vendidos a precio de oro a clientes de las zonas mal atendidas, la emergencia sanitaria ofrece un gran show publicitario a las herramientas de análisis de datos de geolocalización de los teléfonos móviles –herramientas de dudosa legalidad que hace años intentan vender a las colectividades locales en el marco de proyectos de “ciudad inteligente”–. Desde el comienzo de la epidemia los operadores publicaban medidas que permitían representar el desplazamiento de la población, en particular de los parisinos hacia sus casas de fin de semana. En Francia, las autoridades y los medios de comunicación utilizaron esas estadísticas para denunciar el incumplimiento del confinamiento en el domicilio principal y señalar con el dedo a las ovejas negras que no respetaban su reclusión domiciliaria. Acompañadas de imágenes de estaciones abarrotadas, también contribuyeron a legitimar un inédito despliegue de fuerzas policiales, con cientos de miles de multas, numerosos casos de violencia y un supuesto recurso a las nuevas tecnologías de control. Así el uso de drones –en boga desde hace varios años en la vigilancia de las manifestaciones, pero hasta ahora de uso relativamente limitado– se generaliza en esta crisis aprovechando un vacío jurídico total. Piloteados a distancia y equipados con altavoces y cámaras, a menudo alquilados a un costo elevado a empresas privadas, estos aparatos zumbadores emiten mensajes preventivos o vigilan calles y espacios naturales, permitiendo que las patrullas terrestres aprehendan a los infractores. El Ministerio del Interior francés aprovechó la situación y en abril lanzó una licitación para 650 aparatos (8).

La policía también puede contar con una miríada de compañías especializadas en el floreciente mercado del control securitario de las “ciudades inteligentes” (9). En Francia, la startup Two-I ofrece a las fuerzas del orden la oportunidad de probar gratuitamente sus algoritmos dedicados al análisis en tiempo real de enormes flujos de datos procedentes de sistemas de videovigilancia. Se trata de detectar infracciones a las reglas de distanciamiento social: “Nuestra tecnología es capaz de detectar las aglomeraciones, lo que luego permite a las fuerzas del orden tomar medidas de prevención”, explica su cofundador Guillaume Cazenave, quien deja en manos de la policía el paso que va de la prevención a la represión (10).

El panorama de este ataque informático a las libertades civiles estaría incompleto sin una tecnología que, hasta hace unos meses, simbolizaba la sociedad de vigilancia china: el reconocimiento facial. Al principio de la epidemia, el secretario de Estado de Tecnología Digital de Francia, Cédric O, gran promotor de este instrumento, creía que podía “aportar ciertos beneficios, tanto en términos de orden públi-

co como de gestión de enfermedades” (11). En Moscú, donde 100.000 cámaras de videovigilancia escudriñan constantemente el espacio público, se utiliza para detectar a las personas que violan su obligación de cuarentena. En cuanto a la policía de fronteras neoyorquina, considera que un contexto epidémico justifica plenamente el recurso a esta solución “sin contacto” y, por lo tanto, más “higiénica” que los pasaportes tradicionales, para identificar a los viajeros. El caso ha sido escuchado: ahora la proliferación de la vigilancia biométrica se alimentará con consideraciones sanitarias.

Y puesto que “estamos en guerra”, como dijo el presidente francés Emmanuel Macron en su discurso televisado del 16 de marzo, ¿no tiene sentido movilizar los recursos antiterroristas contra el coronavirus? Ya el 14 de marzo, el primer ministro israelí Benjamin Netanyahu autorizaba a los servicios de inteligencia internos a utilizar un dispositivo hasta ahora clandestino para combatir los atentados suicidas, con el fin de contrarrestar la epidemia. “Hasta ahora –se justificó– he evitado usar estas medidas contra la población civil, pero ya no tenemos opción” (12). La empresa NSO Group, especializada en ciberespionaje e implicada en varios escándalos de espionaje de militantes de derechos humanos y periodistas (13), proporciona herramientas para analizar los metadatos y la correspondencia capturada en las redes de telecomunicaciones. Al cruzar toda esta información, la NSO asigna a cada persona una “puntuación de contagio” que va del 1 al 10. Una docena de otros países también estarían probando el sistema. Es fácil imaginar cómo, a medida que la crisis sanitaria desaparezca, esa infraestructura se reconvertiría con fines menos confesados en vigilan-

cia política. Crisis tras crisis, a la sombra de la razón de Estado y de las asociaciones público-privadas, la sociedad securitaria prospera y establece nuevos obstáculos a los intentos de transformación social. ■

1. Véase Sonia Sah, “Regalos envenenados”, *Le Monde diplomatique*, edición Colombia, marzo de 2020.
2. Effy Vayena *et al.*, “Policy implications of big data in the health sector”, *Bulletin of the World Health Organization*, Vol. 96, N° 1, Ginebra, enero de 2018.
3. Tim Eckmanns, Henning Füller y Stephen Roberts, “Digital epidemiology and global health security: An interdisciplinary conversation”, *Life Sciences, Society and Policy*, Vol. 15, N° 1, Londres, marzo de 2019.
4. Patrice Bourdelais, “Le retour des dispositifs de protection anciens dans la gestion politique des épidémies”, *Extrême-Orient Extrême-Occident*, N° 37, París, septiembre de 2014.
5. Citado por *The Guardian*, Londres, 9-3-20.
6. Luca Ferretti *et al.*, “Quantifying SARS-CoV-2 transmission suggests epidemic control with digital contact tracing”, *Science*, Washington, D.C., marzo de 2020.
7. Susan L. Erikson, “Cell phones ≠ self and other problems with big data detection and containment during epidemics”, *Medical Anthropology Quarterly*, Vol. 32, N° 3, septiembre de 2018.
8. Avis N° 20-51423, *Bulletin officiel des annonces des marchés publics*, París, 15-4-20.
9. Véase Félix Tréguer, “Hacia la ‘safe city’”, *Le Monde diplomatique*, edición Colombia, junio de 2019.
10. *Le Journal des entreprises*, Nantes, 25-3-20.
11. Citado por *Libération*.fr, 13-3-20.
12. *Times of Israel* (versión francesa), Jerusalén, 15-3-20, [www.fr.timesofisrael.com](http://www.fr.timesofisrael.com)
13. “WhatsApp attaque en justice une entreprise israélienne pour espionnage”, *Capital*.fr, 30-10-19.

\*Investigador, miembro de La Quadrature du Net, autor de *L'Utopie déçue. Une contre-histoire d'Internet, XV-XXI siècle*, Fayard, París, 2019.

Traducción: Teresa Garufi

La pandemia de covid-19 podría poner fin a la era del libre comercio frenético, ese régimen económico hecho a medida para el sector privado que, desde hace años, engendra costos considerables para las poblaciones y el planeta. Pero poderosos intereses se opondrán y abogarán por la emergencia de un “capitalismo de crisis” para que todo vuelva a la normalidad.

¿El fin del libre comercio?

# Desastre en cadena

por Lori M. Wallach\*

Aunque algunos dirigentes políticos resulten desprovistos del coraje o la imaginación necesarios para operar una transformación que permita poner fin a la era del libre comercio, cuando no se ponen directamente al servicio de la patronal, se pueden identificar cuatro razones por las cuales la crisis del covid-19 podría ofrecer una ocasión inédita. Después de todo, tal vez ha llegado el momento para una versión positiva de la “estrategia de choque”, ese mecanismo descrito por Naomi Klein, que a menudo permitió que los Estados dominantes aprovecharan las crisis para reorganizar el mundo a su gusto.

## Fuentes de esperanza

Primera fuente de esperanza: la pandemia obligó a la mayoría de los habitantes de los países desarrollados a experimentar en carne propia el dolor y la angustia que engendra la globalización liberal. En un mundo modelado para servir a las multinacionales, ni siquiera los países más ricos están en condiciones de producir u obtener los respiradores, las

máscaras y los recursos médicos necesarios para tratar a los enfermos. El detenimiento de la producción en un país provocó una reacción en cadena que puso a los sistemas médicos y económicos del mundo entero de rodillas, lo que incluso agravó los destrozos engendrados por el coronavirus.

Numerosos bienes esenciales son hoy producidos en un país, a veces en dos. Una proporción considerable proviene de China y resulta extremadamente difícil aumentar la producción en otra parte. Con la organización de cadenas de producción globalizadas y extremadamente extendidas, las empresas que quisieran producir lo que falta no logran aprovisionarse de materia prima, componentes e insumos. Un ejemplo: la mayoría de las cien piezas que entran en la fabricación de un respirador artificial no son producidas en los países donde se montan los aparatos. El 90% de las sustancias activas de los productos farmacéuticos se producen solamente en dos países.

La devoción al “dios de la eficacia” que impera en la cumbre del Olimpo librecambista condujo a salir en busca de las capacidades inutilizadas. En tales condiciones, toda la cade-

na se interrumpe si uno de sus centenares de eslabones –una sociedad, en alguna parte del planeta– no está en condiciones de funcionar. En un país, cuando algunos trabajadores se enferman, cuando se establecen medidas de distanciamiento social para limitar el contagio de un virus, cuando los gobiernos privilegian las necesidades de su población a sus exportaciones, se produce la escasez de bienes esenciales. Esto significa que numerosas personas descubren ahora el desastre que ya conocían millones de obreros, pequeños campesinos, comunidades abandonadas en la cuneta de la autopista de la globalización.

La rana sumergida en una cacerola no se da cuenta de que la temperatura del agua aumenta. Solo una catástrofe repentina está en condiciones de despertar a todos aquellos que, hasta ahora, podían considerar la amenaza como lejana. Incluso aquellos que se habían especializado en disertar sobre los beneficios de la globalización para defender los tratados de libre comercio, ahora admiten que las cosas probablemente llegaron demasiado lejos y que un modelo de producción más local ofrecería muchas ventajas. Son incontables los artículos que dieron tal giro en las columnas de *The Economist* o de *Financial Times*, los misales de los evangelistas del mercado.

Segunda fuente de esperanza: Ya ningún gobierno se ocupa de explicar: “Lo lamento, pero no podemos tomar las medidas que se imponen porque son contrarias a las reglas de las grandes organizaciones del comercio internacional”. Las respuestas que exige la amenaza del covid-19 conducen a los gobiernos a pasar por la trituradora los grandes principios que estaban detrás de la globalización liberal. Es inimaginable un retorno rápido a la situación de partida, así no fuera sino por el nuevo rol que la pandemia obliga a que adopten los gobiernos.

Numerosos Estados están pagando los costos de lo que hasta ahora había constituido el corazón de su política; o sea, la falta a su deber de protección de las poblaciones. En vez de permitir que el sector privado les dicte su hoja de ruta, algunos finalmente se resuelven a hacer lo que sus electores esperan de ellos: privilegiar las necesidades de la población al resto e intervenir allí donde se los necesita.

Hace unos pocos meses habría costado trabajo imaginar tal epifanía formulada por Sabine Weyand, directora general de comercio de la Comisión Europea. Eso ocurrió durante un seminario organizado por el Washington International Trade Association (WITA), el 9 de abril de 2020: “Debemos reconocer que en el corazón de la tormenta no se puede dejar que el mercado administre solo la asignación de recursos escasos. Hay que aceptar la idea de que debemos estimularlos hacia el sector de la salud más que dejar que los especuladores acaparen todo lo que pueden”.

Pero Sabine Weyand aboga por un retorno al “*business as usual*” lo antes posible. El comisario de comercio Phil Hogan se muestra más audaz: propone lanzar negociaciones que apunten a eliminar todas las restricciones al comercio de equipamientos médicos “de manera de estar seguros de que las cadenas de producción global pueden funcionar libremente” (discurso del 16 de abril de 2020). Hogan y los partidarios de la globalización se oponen a todo esfuerzo de relocalización de la producción, que caricaturizan como una búsqueda inútil de “autarquía”. Pero la cuestión no es elegir entre globalización y autarquía. Se trata de comprobar que mucha gente ahora comprendió que en un régimen de libre comercio su país no está en condiciones de protegerlos. Y no lo olvidarán.

De la misma manera, los discursos beatíficos que alaban los méritos del “justo a tiempo” y de la “máxima eficacia” puesto que “todo el mundo la aprovecha” ahora suenan en el vacío: cada uno se da cuenta de que ese sistema apunta sobre todo a maximizar los beneficios en detrimento de la salud, de la equidad y hasta de la seguridad nacional.

Signo de que algo ha cambiado, los ministros de comercio de los países del G20 publicaron el 30 de



Óscar Pinto Pineda, *Mi secreto*, ilustraciones del libro “El Principito” (Cortesía del autor)

marzo de 2020 una declaración explicando que las medidas necesarias para la lucha contra la pandemia podían ser consideradas como excepciones legítimas a las reglas de la Organización Mundial del Comercio (OMC). Que tantas disposiciones violen el chaleco de fuerza de la institución finalmente subraya la manera en que esta última impide que los poderes públicos respondan a las necesidades de sus poblaciones.

Tercera fuente de esperanza: la crisis presionó las líneas de fracturas políticas sobre la cuestión del libre comercio, en particular en Estados Unidos. Más que una división izquierda/derecha, la pandemia revela otra escisión: populistas contra lobistas del sector privado. Bernie Sanders y Elizabeth Warren son populistas de izquierda. Ellos abogan por el fin de esta globalización calibrada según las preferencias de la patronal.

Pero esa visión del mundo ahora encuentra un eco entre los populistas de derecha: “Esta pandemia puso de manifiesto una quiebra del tamaño del Gran Cañón en nuestras cadenas de aprovisionamiento. Nosotros ya no fabricamos algunos productos esenciales en el territorio estadounidense. Esto representa una amenaza para nuestra salud, para nuestra seguridad nacional y para nuestra economía. Los estadounidenses no se dan cuenta de este problema, pero Washington sí. Wall Street, por su parte, esperaba que no lo agarraran con la mano en la bolsa.” Estas palabras no fueron pronunciadas por Sanders o Warren, sino por el senador republicano Josh Hawley, el 3 de abril de 2020.

Cuarta fuente de esperanza: la aceleración de una revaluación generalizada –por los gobiernos, pero también por la población– de los mitos que rodean la organización económica del mundo y del papel asignado a China como taller del planeta. Ilustración de este vuelco: Tokio acaba de anunciar un programa de 2.000 millones de dólares que apunta a ayudar a sus multinacionales a dejar China (1). Antes de

la pandemia, numerosos países buscaban un medio de impulsar su capacidad de investigación y de producción de manera de hacer frente a la agenda China 2025, el plan puesto a punto por Pekín para dominar las industrias del futuro (inteligencia artificial, vehículos verdes, aeroespacial, tecnologías médicas, etc.). La preocupación creciente que atañe a los esfuerzos de Pekín para promover una forma de autoritarismo *high-tech*, su práctica de lo que algunos comentaristas llamaron un “mercantilismo de la innovación” (2) y el desarrollo de sus capacidades militares financiado por un enorme excedente comercial, todo esto incidió en las posiciones de la élite política y de los responsables de la seguridad nacional de cuantiosos países en materia de política exterior.

Estas cuatro razones sugieren que la crisis del covid-19 podría realinear las dinámicas que estructuran los debates alrededor de la organización de la economía mundial. Y esto en un momento en que interesarse en quién produce qué, dónde y cómo se convierte en una cuestión de vida o muerte.

### ¿Falta de determinación política?

Si logramos que la crisis conduzca a cambios positivos, podríamos reconstruir economías locales, nacionales y regionales más fuertes, concebidas para operar con actores variados capaces de producir los bienes y servicios necesarios a precios asequibles, creando empleos decentes, apoyando la agricultura en pequeña escala y protegiendo el medio ambiente. Sin sorpresas, la crisis climática exige las mismas evoluciones.

Recuérdese que hasta mediados de los años 90 las reglas del comercio internacional consideraban que el alimento no era una mercancía como las otras. ¿Por qué? Porque todo el mundo necesita alimentos para sobrevivir. Por lo tanto, los Estados exigían disponer de un margen de maniobra que les permita determinar cómo asegurar el aprovisionamiento de sus poblaciones, incluso constituyendo un stock o subvencionando ciertas producciones. La lógica sigue valiendo y debería ser extendida a otros sectores clave, como los medicamentos y los equipamientos médicos, donde las lagunas en términos de producción nacional y regional exponen a ciertos países a una extrema vulnerabilidad.

Es bien conocido el contenido de la caja de herramientas de las políticas industriales nacionales, que parece tener mala prensa en todas partes salvo en China, donde demostró su éxito. Allí podemos encontrar lo siguiente: medidas fiscales que recom-

**Que se pongan en marcha o no estas políticas no dependerá de una falta de ideas, sino de una determinación política.**

pensan la producción nacional y las industrias verdes, no las deslocalizaciones; medidas de reglamentación financiera que favorecen las inversiones productivas, no la especulación; una protección de los contenidos nacionales y regionales en diversos sectores; licitaciones que alientan el desarrollo de cadenas de producción locales; reglamentos de propiedad intelectual que permiten un acceso a medicamentos y tecnologías baratas al tiempo que estimulan la innovación; promoción de la investigación, de la formación de los trabajadores, de los aprendices... Que se pongan en marcha o no estas políticas no dependerá de una falta de ideas, sino de una determinación política. ■

1. Kenneth Rapoza, “Japan ditches China in multi-billion dollar coronavirus shakeout”, *Forbes*, Nueva York, 9-4-20, [www.forbes.com](http://www.forbes.com)

2. Robert D. Atkinson, “The case for a national industrial strategy to counter China’s technological rise”, 13-4-20, [www.itif.org](http://www.itif.org)

\*Directora de Public Citizen’s Global Trade Watch, Washington, DC.

Traducción: Víctor Goldstein

El abismo al que el coronavirus precipitó a muchos países ilustra el costo humano de la negligencia frente a un peligro perfectamente identificado. Las demoras en la lucha por atenuar el calentamiento climático podrían conducir a fenómenos mucho más dramáticos.

## Ensayo general para la crisis climática

# Mejor prevenir que curar

por Philippe Descamps y Thierry Lebel\*

**E**n marzo de 2020, la crisis sanitaria relegó la agenda climática de los titulares de diarios. Sin embargo, abril marcó un hito como el décimo seguido con una temperatura media superior a las normales. “Semejante serie de diez meses ‘calientes’ consecutivos en la escala del país es inédita”, destaca Météo France, cuyos datos permiten remontarse hasta 1900. El invierno que acaba de pasar en Francia batió todos los récords, con temperaturas superiores a las normales de 2 °C en diciembre y enero, y 3 °C en febrero. Para tranquilizarnos, preferimos destacar la mejora espectacular de la transparencia atmosférica. Luces de esperanza: el Himalaya volvió a hacerse visible en el horizonte de las ciudades del norte de India y el Mont Blanc desde las llanuras de Lyon.

Sin duda, que se haya detenido una buena parte de la producción significará este año una baja desigual de las emisiones de gas de efecto invernadero (1). ¿Pero podemos creer que se va a iniciar un descenso histórico? Al revelar la vulnerabilidad de nuestra civilización, las fragilidades asociadas al modelo de crecimiento económico globalizado, la hiperespecialización y los flujos incesantes de personas, de mercancías y de capitales, ¿el covid-19 provocará un electroshock de salud? La crisis económica y financiera de 2008 también generó una baja sensible de las emisiones, pero luego volvieron a ascender rápidamente, batiendo nuevos récords...

### Una crisis anunciada

Signo precursor de posibles derrumbes más graves, el naufragio sanitario actual se puede ver al mismo tiempo como un modelo a escala y una experiencia acelerada del caos climático que viene. Antes de volverse un asunto de salud, la multiplicación de virus patógenos nos redirecciona a una cuestión ecológica: la influencia de las actividades humanas en la naturaleza (2). La explotación sin fin de nuevas tierras altera el equilibrio del mundo salvaje mientras que la concentración animal en los criaderos estimula las epidemias.

El virus alcanzó en primer lugar a los países más desarrollados, pues su velocidad de propagación está estrechamente ligada con las redes de intercambios marítimos y sobre todo aéreos, cuyo desarrollo constituye también uno de los vectores crecientes de emisiones de gas de efecto invernadero (GEI). La lógica de corto plazo, del justo a tiempo, de la eliminación de precauciones muestra, en estos dos campos, la capacidad autodestructiva para los seres humanos de la primacía otorgada a la ganancia individual, a la ventaja comparativa, a la competencia. Aunque ciertas poblaciones o regiones se muestran más vulnerables que otras, la pandemia afecta progresivamente a todo el planeta, de la misma manera que el calentamiento no se limita a los países más emisores de CO<sub>2</sub>.

La cooperación internacional se vuelve entonces esencial: frenar el virus o las emisiones de GEI de manera local será en vano si el vecino no hace lo mismo.

Resulta difícil fingir ignorancia ante la acumulación de diagnósticos. La vivacidad de la investigación y del debate científico presentó lo fundamental de las informaciones accesibles y su precisión no deja de afinarse. En el caso del covid-19, muchos especialistas lo alertaban desde hace años, como el profesor Philippe Sansonetti, profesor del Collège de France, que presenta la emergencia infecciosa como un desafío mayor del siglo XXI. No faltaron alarmas tangibles: virus gripales como el H5N1 en 1997 o el H1N1 en 2009, coronavirus como el COV-1 en 2003 y después el Mers en 2012. De la misma manera, el informe Charney presentado al Senado estadounidense hace cuarenta años alertaba ya acerca de las consecuencias climáticas potenciales del aumento de la cantidad de gas de efecto invernadero en la atmósfera. Las estructuras multilaterales para compartir el conocimiento y la acción en conjunto existen desde hace unos treinta años, con el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (Ipcc), y luego la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (Cmnucc). Además, los científicos no escatiman sus esfuerzos para informar a los dirigentes y a las sociedades ante la amenaza de un calentamiento que se acelera.

Los escenarios de crisis también son conocidos. Muy rápidamente después de la aparición del covid-19, muchos investigadores y autoridades sanitarias informaron acerca del peligro de una pandemia (3). Lo irónico de la situación es que a mediados de abril de 2020 los países menos afectados sean los vecinos inmediatos de China: Taiwán, seis muertos; Singapur, diez muertos; Hong Kong, cuatro muertos; Macao, cero (4). Escarmentados por el episodio de Sars en 2003 y conscientes del riesgo epidémico, pusieron en marcha de inmediato las medidas necesarias para reducirlo: controles sanitarios en los ingresos, diagnósticos en grandes cantidades, aislamiento de los enfermos y cuarentena para los contaminados potenciales, uso generalizado de barbijo, etcétera.

### La deuda climática

En Europa, los gobiernos siguieron gestionando lo que consideraban como sus prioridades: reforma de las jubilaciones en Francia, Brexit del otro lado de la Mancha, crisis política casi perpetua en Italia... Después, prometieron para las semanas siguientes las acciones o los medios que deberían haber puesto en marcha meses antes. Esa desidia los condujo a tomar medidas mucho más drásticas que las que podrían haber alcanzado a su debido tiempo, no sin consecuencias mayores en el plano económico, social o en el de las libertades públicas. Posponiendo siempre para el día después el respeto de sus compromisos tomados en 2015 en el marco del Acuerdo de París

sobre el Clima –o negando la firma de su país, como el presidente estadounidense– los mismos Estados piensan ganar tiempo. ¡Lo pierden!

La aceleración repentina que exhibió la difusión del virus en Europa antes del confinamiento debería dejar su marca. Los sistemas naturales solo raramente evolucionan de manera lineal como respuesta a perturbaciones significativas. En este tipo de situación, hay que saber detectar y tomar en cuenta las primeras señales de desequilibrio antes de quedar enfrentado a situaciones incontrolables que pueden llevar a puntos de no retorno. Cuando el personal sanitario o el de los Ehpad (residencias de mayores) que quedaron sin protección y sin diagnóstico se vuelven ellos mismos portadores del virus, se crean focos de contaminación en medios altamente sensibles que pueden conducir a un colapso de los sistemas de salud, y eso impone un confinamiento generalizado. De manera semejante, en materia climática efectos retardados y retroacciones positivas –efectos de retorno que amplifican la causa de partida– profundizan nuestra deuda medioambiental, a la manera de un prestatario sin dinero cuyos nuevos préstamos para reembolsar una vieja deuda serían contraídos siempre a una tasa más elevada. La baja de la cobertura nival y el deshielo de los glaciares se traducen así en la desaparición de las superficies que reflejan de forma natural la radiación solar, y crean las condiciones de un aceleramiento del alza de las temperaturas en las regiones implicadas, de donde se desprende un deshielo más persistente aun que alimenta por sí mismo el calentamiento. Así, el deshielo del permafrost ártico –que cubre una superficie dos veces más grande que la de Europa– podría acarrear emisiones masivas de gas metano, un

poderoso gas de efecto invernadero que multiplicaría el calentamiento global.

Una parte creciente de la población siente la urgencia de intervenir, realiza sus propias máscaras, organiza la ayuda a las personas mayores. ¿Pero de qué sirve andar en bicicleta, hacer compost con los residuos propios o reducir el

consumo de energía eléctrica cuando la utilización de energías fósiles sigue estando ampliamente subvencionada, cuando su extracción alimenta el aparato de producción y las cifras del “crecimiento”? ¿Cómo salir del fenómeno reiterativo de las crisis amplificado por el discurso político-mediático: negligencia, conmoción, miedo, después olvido?

### Amenaza de colapso total

Existen dos diferencias fundamentales entre el covid-19 y el desajuste climático. Uno se atiene a las posibilidades de regulación del shock sufrido y el otro a nuestras capacidades de adaptarnos. La autorregulación de las epidemias por adquisición de una inmunidad colectiva no hace del covid-19 una amenaza existencial para la humanidad, que ya superó la peste, el cólera o la gripe española, en condiciones sanitarias muy difíciles. Con una tasa de letalidad probablemente ubicada alrededor del 1 por ciento –muy inferior a otras infecciones– la población del planeta no está amenazada de desaparición. Además, e incluso aunque desatendieron las premisas, los gobiernos disponen de conocimientos y de herramientas apropiados para ayudar a esta autorregulación natural y reducir el impacto.

Relativamente circunscripta, a la crisis del covid-19 se la puede comparar en su dinámica con los incendios que abasaron el bosque australiano en 2019. Tiene un principio y un fin, aunque este último por el momento sea muy difícil de identificar y aunque no se excluya un regreso estacional de la epidemia. Las medidas tomadas para adaptarse son relativamente bien aceptadas por la población, en tanto que son percibidas como temporarias.

La lógica de corto  
plazo muestra  
la capacidad  
autodestructiva de  
la primacía de la  
ganancia individual.

A la inversa, la inacción en materia climática nos hará salir de los mecanismos de regulación sistémicos, llevando a daños mayores e irreversibles. Podemos esperar una sucesión de crisis variadas, cada vez más fuertes y cada vez más frecuentes: canículas, sequías, inundaciones, ciclones, enfermedades emergentes. La gestión de cada una de esas crisis se vinculará con la de una crisis sanitaria del tipo covid-19, pero su repetición nos hará entrar en un universo en el que las pausas no serán suficientes para recuperarse. Vastas regiones en las que se concentra gran parte de la población mundial se volverán inhabitables, o simplemente dejarán de existir, porque serán invadidas por el ascenso de las aguas. Es todo el edificio de nuestras sociedades el que se encuentra amenazado de colapsar. La acumulación de gas de efecto invernadero en nuestra atmósfera es especialmente tóxica porque el CO<sub>2</sub>, el más expandido de entre esos gases, solo desaparecerá muy lentamente, dado que el 40 por ciento sigue presente en la atmósfera después de cien años y el 20 por ciento después de mil años. Cada día perdido en la reducción de nuestra dependencia de las energías fósiles vuelve así más costosa la acción a llevar a cabo el día después. Cada decisión rechazada como “difícil” hoy llevará a tomar decisiones todavía más “difíciles” mañana, sin esperanza de “curación”, y sin otra elección que adaptarse como sea a un medioambiente nuevo, del cual nos costará controlar el funcionamiento.

### Invertir los dogmas

¿Hay que hundirse entonces en la desesperación a la espera del Apocalipsis? La crisis del covid-19 enseña al contrario la imperiosa utilidad de la acción pública, pero también la ruptura necesaria con el rumbo precedente. Después de una aceleración tecnológica y financiera depredadora, este tiempo suspendido se vuelve un momento de toma de conciencia colectiva, de puesta en duda de nuestro modo de vida y de nuestros sistemas de pensamiento. El virus Sars-COV-2 y la molécula de CO<sub>2</sub> son objetos nanométricos, invisibles e inodoros para el común de los mortales. Sin embargo, su existencia y su efecto (patógeno en un caso; creador de efecto invernadero en el otro) están ampliamente admitidos, tanto por los dirigentes como por los ciudadanos. A pesar de la incoherencia de las recomendaciones gubernamentales, la mayor parte de la población comprendió rápidamente los desafíos y la necesidad de ciertas medidas de precaución. La ciencia representa en estos tiempos una guía preciosa para la decisión, con la condición de que no se vuelva una religión que escape a las necesidades de la demostración y de la contrastación. Y la racionalidad debe más que nunca llevar a apartar los intereses particulares.

Todos los países cuentan con reservas estratégicas de petróleo, pero no de barbijos... La crisis sanitaria pone en primer plano la prioridad que se les debe conceder a los medios de subsistencia: alimentación, salud, vivienda, medioambiente, cultura. Recuerda también la capacidad de la mayoría de comprender lo que está sucediendo a veces más rápido que los líderes. Aparecieron así los primeros barbijos hechos en casa, cuando la vocera del gobierno francés, Sibeth Ndiaye, todavía consideraba inútil su uso... Por otro lado, parecemos mejor equipados para reaccionar a amenazas concretas inmediatas que para construir estrategias que permitan prepararse para riesgos más lejanos, con efectos todavía poco perceptibles (5). De donde se desprende la importancia de una organización colectiva motivada solo por el interés general y de una planificación que articule las necesidades.

Mucho más todavía que el covid-19, el desafío climático lleva a cuestionar nuestro sistema socioeconómico. ¿Cómo volver aceptable una evolución tan drástica, un cambio a la vez social e individual? En principio no confundiendo la recesión actual –y tóxica– con la disminución benéfica de nuestras producciones insustentables: menos productos exóticos, puentes térmicos, camiones, autos; más trenes, bicicletas, campesinos, enfermeros, investigadores, etcétera. Las consecuencias concretas solo serán aceptables para la mayoría volviendo a colocar la justicia social en el lu-

gar de las prioridades y favoreciendo la autonomía de los colectivos en todos los niveles.

Una evaluación muy concreta y rápida de la capacidad de los gobiernos para invertir los dogmas de ayer residirá en su actitud frente al Tratado de la Carta de la Energía. En vigencia desde 1998, y en renegociación desde noviembre de 2017, este acuerdo crea entre 53 países un mercado internacional de energía “libre”. Apuntando a tranquilizar a los inversores privados, les otorga la posibilidad de demandar ante tribunales arbitrales de poderes exorbitantes a cualquier Estado que pudiera tomar decisiones contrarias a la protección de sus intereses, decidiendo por ejemplo la suspensión de la actividad nuclear (Alemania), un aplazamiento de las perforaciones marinas (Italia) o el cierre de centrales de carbón (Holanda). Y no se privan de ello: a fines de marzo pasado al menos 129 causas de este tipo fueron objeto de una “solución de controversias” (6), un récord en materia de tratados de libre comercio que generó condenas para los Estados por un total de más de 51.000 millones de dólares (46.000 millones de euros) (7). En diciembre pasado, 280 sindicatos y asociaciones le pidieron a la Unión Europea que saliera de ese tratado que consideran incompatible con la implementación del Acuerdo de París sobre el Clima (8).

Al finalizar la crisis sanitaria, lo que necesitarán los países industrializados no es un plan de relanzamiento de la economía de ayer, sino un plan de transforma-

ción hacia una sociedad en la cual cada cual pueda vivir dignamente, sin poner en peligro los ecosistemas. La amplitud del apoyo indispensable de dinero público –que sobrepasará todo lo que hayamos podido conocer– ofrece una ocasión única para condicionar los apoyos y las inversiones a su compatibilidad con la atenuación del cambio climático y la adaptación a ese cambio. ■

1. Christian de Pethuis, “Comment le Covid-19 modifie les perspectives de l'action climatique”, *Idées et Débats*, N° 63, Paris-Dauphine-PSL, abril de 2020.
2. Véase Sonia Shah, “Regalos envenenados”, *Le Monde diplomatique*, edición Colombia, marzo de 2020.
3. Pascal Marichalar, “Savoir et prévoir, première chronologie de l'émergence du Covid-19”, *La vie des idées*, 25-3-20.
4. Sitio de la Universidad Johns Hopkins, el 17-4-20, [www.arcgis.com](http://www.arcgis.com)
5. Daniel Gilbert, “If only gay sex caused global warming”, *Los Angeles Times*, 2-7-06.
6. Sitio del Tratado de la Carta de la Energía, [www.energychartertreaty.org](http://www.energychartertreaty.org)
7. “One treaty to rule them all”, Corporate Europe Observatory y Transnational Institute, Bruselas-Amsterdam, junio de 2018.
8. Carta abierta sobre el Tratado de la Carta de la Energía, 9-12-19, [www.collectifstopafta.org](http://www.collectifstopafta.org)

\*Respectivamente, redactor de *Le Monde diplomatique*, París; e hidroclimatólogo, director de investigación en el Instituto de Investigación para el Desarrollo (IRD) y en el Instituto de Geociencias del Medioambiente (IGE, Grenoble), colaborador en los trabajos del Grupo Inter-gubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (GIEC). Traducción: Aldo Giacometti

## La oportunidad del conocimiento

por Osvaldo Iazzetta\*

Acostumbrados a las realidades virtuales, la pandemia nos recuerda que existe una realidad “dura” que no podemos manipular y cuestiona el dominio del hombre sobre la naturaleza.

La realidad actual, sustraída de nuestro control, reclama un conocimiento objetivo que pone en valor el paciente trabajo de la ciencia, y el de quienes viven consagrados a acumular evidencias y validar pruebas que ofrezcan respuestas a nuestros padecimientos.

En tiempos de fake news y posverdad, que nos condenan a vivir bajo el imperio de la opinión, la pandemia nos obliga a volver nuestra mirada esperanzada hacia quienes trabajan silenciosamente en los laboratorios reuniendo datos duros y evidencias que permitan hallar una pronta solución. De manera inesperada, asistimos a una revalorización del conocimiento y de quienes lo producen en forma rigurosa y sistemática.

Vivimos en una “sociedad del conocimiento”, pero paradójicamente, con la expansión de las redes disponemos de una masa de información que no tiene el propósito de contribuir a un debate informado ni siempre viene acompañada del respaldo fáctico que sería deseable. Vivimos expuestos a una sobreinformación que, pese a sus debilidades, resulta funcional para quienes la consumen buscando en ella, una confirmación de sus creencias, preferencias y prejuicios.

Las redes no sólo han servido para acercarnos y conectarnos sin requerir co-presencia –algo que apreciamos especialmente en tiempos de cuarentenas–, también funcionan como “cámaras de eco” que nos devuelven aquello que deseamos escuchar, y que, gracias a la selección que hoy nos ofrecen los algoritmos, ni siquiera exigen nuestra intervención para recortar aquello que preferimos dentro del universo de opciones (éticas, políticas y estéticas) disponibles. Nos eximen de esa búsqueda, pero la comodidad de hallar una opinión hecha a nuestra medida, nos encierra peligrosamente en nuestro micromundo, reforzando nuestras certezas y dejando menos espacio para las dudas, que es precisamente la materia de la que se nutre la ciencia para el avance del conocimiento.

Esto se ve muy claramente en el escenario político contemporáneo en el que las posiciones se vuelven irreductibles y se confunden con verdades religiosas que no son negociables. Más allá de los elementos idiosincráticos que este rasgo asume en cada país, la polarización política tiende a ser una característica cada vez más extendida en las democracias actuales.

La ilusión de una esfera pública en la que los interlocutores intercambian argumentos en un marco de deliberación racional se ve cada

vez más desafiada por un debate que interpela las emociones primarias, que premia la economía de lenguaje –ajustado a los pocos caracteres que admiten los mensajes en las redes–, y que simplifica las respuestas a los problemas públicos con el único propósito de calmar las ansiedades de los ciudadanos, aunque pronto se revelen inadecuadas.

Este primado de las emociones no ha sido captado por nuestros análisis, en parte porque los conceptos y herramientas metodológicas empleados tienden a subvalorar su influencia en el mundo actual. Sin embargo, es imperioso reconocer su incidencia en nuestras formas de sociabilidad e intercambio y también en la manera en que está moldeando a las democracias contemporáneas –la “emocracia”, mezcla de emoción y democracia de la que hablan algunos autores–, volviendo más lejano el ideal de una deliberación pública racional alentado por teóricos tan respetables como Habermas.

Sin este componente se vuelve incomprensible la irrupción de líderes como Trump, diestros en captar y explotar las emociones y ansiedades sociales, y con suficiente desparpajo para desafiar la validez del saber experto –cuando niega verosimilitud a las predicciones científicas sobre el deterioro ambiental o subestima la amenaza del coronavirus–, o postular una antojadiza defensa de “hechos alternativos”, cuando las evidencias puedan contrariar sus opiniones.

Nos habíamos resignado a movernos dentro de este mundo, pero el pánico e incertidumbre desatado por la actual pandemia, inesperadamente nos ha empujado a valorar el trabajo de quienes producen conocimiento riguroso y verificable.

En circunstancias críticas como las actuales, recobran sentido las dudas sobre las que trabaja la ciencia para hallar nuevas respuestas. Eso no sólo coloca bajo sospecha ese mundo de certezas cuasireligiosas creado bajo el reinado de la opinión, sino también abre una nueva oportunidad para valorar la producción de un conocimiento más atento a la episteme, y a los ámbitos comprometidos con esa labor. La opinión siempre tendrá un lugar asegurado, eso podemos descontarlo, pero ¿sabremos aprovechar el miedo instalado como una ocasión para devolverle al conocimiento sistemático el lugar que le veníamos retaceando? El tiempo nos dirá si iniciamos un giro en esta dirección o si sólo se trata de un momento pasajero que dure lo que dure el pánico frente a esta pandemia. ■

\*Facultad de Ciencia Política y RR.II, Universidad Nacional de Rosario.  
© *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur



Óscar Pinto Pineda, Cordero, ilustraciones del libro "El Principito" (Cortesía del autor)

Las crisis se asemejan. Cuando la tormenta estalla el capitán apela a la solidaridad. Cuando pasa, la unión se desvanece: la mayoría sufre en la bodega; los menos bailan en el puente. ¿Seguiremos igual o la pandemia modificará el rumbo?

## Los estragos económicos de la pandemia

# ¿Quién va a pagar?

por Laurent Cordonnier\*

La crisis que estamos viviendo no es de índole sanitaria, sino económica. El aleteo de mariposa que sin duda se produjo en el mercado de Wuhan avanzó siguiendo las líneas de fragilidad del capitalismo globalizado y liberalizado, que desde hace cuarenta años ha desplegado sus "cadenas de valor" en función de los Eldorados de pacotilla que le prometían cómodas ganancias: la captación financiera, la competencia "libre y no falseada" por los costos salariales, el justo a tiempo, el *lean management* (1), el saqueo de los recursos naturales, la obsolescencia programada, la reducción del número de barbijos y camas en los hospitales, la austeridad.

Recién estamos en los inicios, pero ya los economistas se preguntan: "¿quién va a pagar y cómo?". Una profesión que no podría ganar su pan sin esa levadura que se activa con la simple mención de los "costos" jamás podría perder tan bella ocasión de formular la pregunta. Y esta vez, no podremos contradecirla. En efecto, es una de las preguntas más importantes que acompañará la perspectiva de un "retorno a la normalidad": ¿qué es lo "normal", qué es un "retorno" y existirán nuevas "perspectivas" que no obstruyan otra vez el horizonte?

### El verdadero costo

Siendo económica, esta crisis sin embargo no se parece a nada realmente conocido en la historia del capitalismo. No es clásica, ni keynesiana, no es el resultado de un problema de oferta, debido a trabas institucionales, tecnológicas o provenientes de la disponibilidad insuficiente de los medios de producción

(el capital, el trabajo y los recursos naturales), ni de una caída repentina de la demanda, aunque el sistema de formación de la demanda sea estructuralmente deficiente desde hace cuarenta años. Esta crisis deriva esencialmente de decisiones soberanas (y en parte, de medidas de protección tomadas individualmente), que condujeron a la brutal detención de sectores enteros del aparato productivo. La Organización Internacional del Trabajo (OIT) estima que a nivel mundial "1.250 millones de trabajadores que representan cerca del 38% de la mano de obra mundial están empleados en sectores que actualmente deben enfrentar una severa reducción de la producción y un elevado riesgo de desplazamiento de los efectivos. Entre los sectores clave figuran el comercio minorista, la hotelería y la gastronomía, así como el sector manufacturero" (2). Los resultados de ese riesgo ya son estimables. La reducción de las horas trabajadas en el mundo será, según la OIT, de un 6,7 por ciento en el segundo trimestre de 2020: una pérdida equivalente a 195 millones de empleos de tiempo completo. Según un estudio publicado por las Naciones Unidas (3), esta crisis precipitará a 500 millones de personas a la pobreza, a consecuencia de la reducción de la actividad y las pérdidas de empleos.

Parte de la respuesta a la pregunta "¿quién pagará?" ya está ante nuestros ojos y no precisa conjugarse en futuro: los primeros costos de la crisis están en las pérdidas inmediatas de producción de bienes y servicios (útiles o fútiles, tóxicos o no) que sin duda no se recuperarán. Soportan esas pérdidas las categorías de trabajadores cuyos ingresos se redujeron o volatizaron, como contrapartida de la producción no realizada y no vendida. Esa es la parte fundamen-

tal de lo que nos cuesta y nos costará luchar de esta forma contra la propagación del virus.

Pero en general, no es desde ese punto de vista que se plantea la pregunta sobre el costo y quién se hará cargo de él. Pasando muy rápido de los platos rotos a los esfuerzos que se hacen o se harán para tratar de repararlos, nos encontramos inmediatamente transportados al pie de la montaña de las deudas públicas que los Estados y los sistemas de seguridad social habrán contraído, al recibir a su vez el impacto y tratar de amortiguar los daños y padecimientos provocados por la caída de la producción. Y eso, ¿quién va a pagarlo?

Por cierto, no es ésta una pregunta menos interesante que la primera, pero si todavía no recibimos la primera factura, la segunda (las deudas que contraen los Estados) puede llegar a emerger como el verdadero costo de la crisis. Este no es más que la suma de la parte de esas restricciones de producción que soportan directamente los Estados, por un lado, y las reasignaciones de ese primer costo entre las categorías de agentes institucionales que las padecen, por el otro. El Estado, como las empresas y los hogares, efectivamente sufre de modo directo las restricciones de producción y se hace cargo de esas pérdidas, bajo la forma de una caída de recaudación fiscal (impuesto a las empresas y a las ganancias, impuesto al valor agregado y a los productos petroleros, etc.). En todas partes del mundo, se está otorgando a las empresas aplazamientos de los aportes fiscales y sociales, se les brinda facilidades o garantías para préstamos, en tanto se mantienen o refuerzan medidas de apoyo a los hogares, a través del otorgamiento de ingresos sustitutivos, bajo la forma de subsidios por desempleo (total o parcial). Mañana, sin duda, habrá que efectuar recompras de deudas, recapitalizaciones, nacionalizaciones, para salvar a las empresas en problemas (mientras el aparato productivo siga más o menos en marcha), a causa del previsible aumento de su endeudamiento. Este último, que ya había alcanzado niveles inquietantes antes de la crisis del coronavirus, podría preparar a las nubes, lo cual permite presagiar quiebras estrepitosas. En un estudio premonitorio de octubre de 2019, que simulaba una recesión mundial del orden de 4 puntos del producto interno bruto (PIB) anual (es decir, de un nivel de violencia media menor que el de la crisis financiera de 2008), el Fondo Monetario Internacional (FMI) conjeturaba que el monto global de las deudas empresariales calificadas como riesgosas iba a aumentar bruscamente 19 billones de dólares, hasta llegar al 40 por ciento del monto de los créditos de empresas privadas, en 2021 (4). Esos cálculos deben recalcularse, porque las pérdidas de producción estimadas para la actual crisis ya duplican las de ese escenario catastrófico. O sea que los Estados saldrán de esta crisis bastante más endeudados que hace unos meses.

Antes de ver quién se hará cargo de esa cuenta, aclaremos dos puntos. En primer lugar, el costo de la deuda soportado por un Estado no corresponde a una futura devolución a sus acreedores (en cinco, diez, o treinta años). En general, el Estado logra hacer "rodar su deuda" y los acreedores intercambian papel viejo por nuevo. De manera que siempre paga a los acreedores, pero no su deuda. En segundo lugar, conviene tranquilizar a los que están inquietos por el tema de la disponibilidad de los fondos necesarios para acompañar el ascenso a la cima de la necesidad de endeudamiento de los Estados. Como elegantemente expresa el economista Bruno Tinel: "Si pensamos que hay demasiadas deudas, hay que ser coherente, y decir también que hay demasiado ahorro" (5).

El costo real del endeudamiento para el Estado no es pues la amortización del capital tomado sino el monto de los intereses que debe pagar anualmente a sus acreedores. La pregunta, entonces, pasa a ser: ¿será soportable ese costo, a largo plazo, para la sociedad y en caso de que no lo sea, podemos liberarnos de él (y cómo)?

Por ahora, las tasas de interés sobre las deudas públicas de los principales países de la Organización pa-

ra la Cooperación y el Desarrollo Económicos (Ocde) no se fueron a las nubes. España, Portugal, Grecia e Italia siguen pudiendo pedir préstamos a diez años, a tasas nominales que van del 1 al 2 por ciento. En el caso de Estados Unidos, Alemania, Francia, Japón, Reino Unido, siguen siendo inferiores al 1 por ciento: teniendo en cuenta la inflación, todos esos Estados pueden pedir préstamos a tasas de interés reales cercanas a cero, o incluso negativas. El costo de las deudas públicas podría entonces mantenerse muy soportable –y nadie tendría que pagarlo realmente– si los actores financieros no empezaran a entrar en pánico frente al aumento de las deudas públicas, y no se pusieran a reclamar a los Estados ese salario del miedo (el miedo: la principal fuerza de esa gente que a veces nos complacemos en retratar como “riesgofilos”).

¿Qué pasaría y qué podrían hacer los Estados y las autoridades monetarias si el pánico se apoderara de los actores financieros (los fondos de pensiones, los fondos de seguros de vida, los fondos de ahorro mutuo y los bancos) que administran el ahorro de los hogares y las empresas? Si el pánico fuese ineludible, sería sin duda selectivo, y obligaría a reabrir el abanico de las tasas de interés que se reclama a los distintos Estados de la zona euro. El Sur sin duda estaría más amenazado que el Norte. En tal caso, podríamos pensar que el “paraguas” que abrió el Banco Central Europeo (BCE) en 2012 –cuando Mario Draghi, entonces presidente de la institución, anunció que “el BCE hará todo lo que sea necesario para salvar la zona euro”– permanecería abierto, como lo estuvo a lo largo de la política denominada de flexibilización cuantitativa. Que el BCE diga que está dispuesto a comprar en los mercados de ocasión todas las deudas soberanas que fuesen objeto de ventas excesivas (que ejercen una presión al alza sobre las tasas de interés de esas deudas), y que esas promesas se verifiquen con acciones probatorias, quizá también podría bastar. Pero hoy por hoy, nadie puede decir cuál será la acumulación de las deudas públicas, ni a partir de qué monto (¿120%, 150%, 200% del PIB?) suscitarán una desconfianza tal que ni siquiera la perspectiva de un comprador, como último recurso, otorgará tranquilidad. Ese punto de oscilación podría ubicarse bastante arriba, dado que ya no subsisten muchas opciones competitivas y atractivas que den tranquilidad al ahorrador. Eso no quita que no puede descartarse el escenario de un nuevo desplome de los bonos de deuda. En ese caso, habría que pensar la forma de deshacerse de parte de esas deudas públicas o de neutralizar su peso. Preguntarse, en suma... “¿Quién va a pagar?”

### Soluciones de salida

En este nivel de gravedad de la crisis, faltan algunas llaves en la caja de herramientas ortodoxa. Intentando responder a la pregunta en un artículo publicado en *Les Échos* (6), Jean Tirole –uno de los máximos exponentes de la teoría neoclásica (la corriente económica dominante desde hace cincuenta años) y que recibió en 2014 el Premio en Ciencias Económicas del Banco de Suecia en memoria de Alfred Nobel (erróneamente conocido como Premio Nobel)–, se ve obligado a cruzar los límites de su doctrina y pedir prestadas algunas herramientas a sus vecinos.

El economista pasa revista a cuatro soluciones para responder a la explosión de la deuda pública. La primera consiste en el repudio de parte de esa deuda pública, opción a la que Tirole parece aludir solo para barrerla mejor: considera “delicada” esa operación, porque mancharía duraderamente la reputación de los Estados que resuelvan aplicarla. No podrían volver a tomar préstamos por mucho tiempo y se verían pues obligados a equilibrar de inmediato su presupuesto, lo cual no haría más que agregar un shock de demanda negativo en el momento en que la economía realmente no lo necesita. O sea que, según Tirole, es un callejón sin salida. Ese *modus operandi*, que pide su contribución a las clases privilegiadas y al patrimonio, no siempre tuvo los inconvenientes que se cree. En ocasiones, permitió el rápido restablecimiento de los Estados que lo implementaron (7).

La segunda solución implica aumentar impuestos y reducir gastos, para retrasar la necesidad de nuevo endeudamiento: “Los Estados aplican tasas excepcionales a los más ricos, por ejemplo sobre el patrimonio, y para hacer frente a las grandes necesidades de las finanzas públicas, sobre las clases medias”, explica Tirole. Es una especie de retorno a la austeridad de antes, pero mejor distribuida, de la que el autor no dice realmente qué piensa. La opción de una mejor distribución todavía no es, evidentemente, la del ministro de Economía y Finanzas francés, Bruno Le Maire, quien se conforma con una austeridad “a largo plazo”: “A largo plazo, es necesario contar con finanzas públicas sanas y reducir la deuda” (8), sin especificar a quién se recurrirá para hacerlo.

¿Tercera solución? La mutualización de parte de las deudas públicas dentro de la zona euro: los famosos “coronabonos”, rechazados por los países del Norte días después de la publicación del artículo de Tirole. Sin embargo, la idea no era mala en el caso de que el aumento de las tasas de interés involucrara a un número limitado de Estados, que habrían podido sacar partido del mayor grado de confianza con que cuenta el promedio de las deudas soberanas. Pero obviamente no ayudaría en nada si la desconfianza hacia las deudas públicas se generalizara.

Queda la cuarta solución, que Tirole sugiere que es la que él prefiere: la monetización de las deudas (y no solo de las de los Estados), es decir, su compra por los bancos centrales. Tirole subraya que la cuestión del pago quedaría sin efecto: “No hay vencimiento formal para el reembolso por parte de los Estados; una compra supuestamente temporaria puede volverse en los hechos permanente”. En el momento de pagar su deuda al BCE, un Estado podría emitir paralelamente una nueva deuda con los actores financieros (para conseguir el efectivo necesario), deuda que el BCE compraría inmediatamente en los mercados secundarios. Una deuda que se vuelve permanente con el BCE, como una línea de crédito renovada *in aeternum*, por supuesto que sería una preocupación menos para los Estados. ¿Pero qué hay del pago de los intereses? Jean Tirole no dice nada. Pero quizá haya que innovar en ese aspecto, o de lo contrario, el peso real de la deuda pública subsistiría enteramente.

Seguramente, lo más simple sería hacer pasar por pérdidas y ganancias las deudas que compra el banco central; sería una forma concertada de repudiar las deudas públicas. Una solución así tendría el mérito de no estafar a ningún agente privado (que habría consentido la compra de sus títulos por el BCE, siempre y cuando este les haya puesto precio) y de no incentivar la inflación, teniendo en cuenta que la liquidez provista a los actores privados, para comprar sus créditos a los Estados, no aumenta su fortuna ni crea ingresos ficticios (no se trata de “moneda helicóptero”, según la imagen utilizada por Milton Friedman para describir el dinero que un Estado distribuiría a la población con la esperanza de que al gastarlo, reactive la economía). Semejante operación de repudio concertado de las deudas públicas, llevada a cabo a gran escala, tendría obviamente el efecto de infligir pérdidas de activos gigantescas al BCE, cuyos fondos propios se volverían negativos, en una medida igualmente vertiginosa. Quizá llegue el día en que todos nos preguntemos: ¿será que eso representa realmente un problema? Si los Estados se vieran obligados a sacar a flote al BCE, evidentemente sería un camino sin salida. Pero ese no es el caso, al menos desde un punto de vista institucional. El obstáculo que cierra ese camino demuestra ser menos económico, técnico o institucional que político: los actuales líderes deberían consentir lo que siempre sostuvieron que era imposible. ¿No es acaso la hora de las rupturas?

Con todo, queda una última solución que Tirole no plantea. Consistiría en crear (o regenerar) a nivel europeo un régimen de “inflación suave”, coordinando nuestras políticas salariales, de manera de imprimir un nuevo dinamismo a los aumentos de salarios nominales (es decir, sin tomar en cuenta la inflación). Si nos coordináramos (gobernantes, sin-

dicatos, BCE), al menos a nivel de la zona euro, ese sistema de inflación de origen salarial podría mantenerse bajo control. Esa podría ser una oportunidad para calibrar los ritmos de aumento de los salarios nominales, de manera diferenciada en cada uno de los países miembros (para reequilibrar las diferencias de tipos de cambio reales acumuladas desde que dejaron de ser posibles las devaluaciones). Y es-

to, con el fin de restaurar las “competitividads relativas y reabsorber los desequilibrios comerciales que son su consecuencia (9).

Este sistema de inflación suave aligeraría el peso de las deudas públicas, en detrimento de los prestadores más ricos. Siempre se hace así a la salida de una guerra (¿acaso no estamos en guerra?). Los gobiernos

financian en un primer momento los gastos de armamento, pidiendo adelantos de dinero a los rentistas y les devuelven ese dinero años o décadas más tarde... en una moneda cuyo poder adquisitivo se ha erosionado. No temamos hundir en ese mismo movimiento a los pobres: ellos no tienen dinero. La generación de una suave inflación de origen salarial, coordinada y diferenciada en la zona euro podría ser una solución para aliviar el peso de las deudas acumuladas, con la contribución de los rentistas, de un modo no violento pero prolongado (a un ritmo de 2% a 3% de erosión de la moneda por año).

Monetizar parte de las deudas públicas para destruirlas o crear un régimen de suave inflación salarial, sin duda son ideas en apariencia iconoclastas. Pero como decía en sus tiempos el economista británico John Maynard Keynes en relación a su país, si la crisis que atravesamos debiera perdurar o agravarse, podría llevar a “los estadistas y administradores a limitar las consecuencias más graves de los errores del sistema educativo en el que se formaron, haciendo cosas prácticamente exentas de consecuencias en relación a sus propios principios, ni ortodoxas ni heréticas en la práctica, como ya demuestran algunas señales” (10). Entre esas señales, incluiremos ciertos giros inesperados como el de Alain Minc que desde hace un tiempo defiende la idea de una “deuda perpetua”, que el Estado no reembolsará jamás (11). O el desvío que tomó Jean Tirole, quien sin decirlo reclama muchos otros a las instituciones europeas, a sus dirigentes... y al “sistema educativo en el que se formaron”. ■

1. N. de la R.: *Lean Management o Lean Manufacturing* es un modelo de gestión que se enfoca en minimizar las pérdidas de los sistemas de manufactura al mismo tiempo que maximiza la creación de valor para el cliente final. Para ello utiliza la mínima cantidad de recursos, es decir, los estrictamente necesarios para el crecimiento.

2. “Observatoire de l’OIT: le Covid-19 et le monde du travail”, 2ª edición, Organización Internacional del Trabajo, Ginebra, 7-4-20.

3. Andy Sumner, Chris Hoy y Eduardo Ortiz-Juarez, “Estimates of the impact of covid-19 on global poverty”, United Nations University, Helsinki, 8-4-20.

4. *Global Financial Stability Report*, Fondo Monetario Internacional, Washington, octubre de 2019.

5. Bruno Tinel, *Dette publique: sortir du catastrophisme*, Raisons d’agir, París, 2016.

6. “Jean Tirole: quatre scénarios pour payer la facture de la crise”, *Les Échos*, París, 4-4-20.

7. Véase Renaud Lambert, “Syriza y la deuda alemana”, *Le Monde diplomatique*, edición Colombia, marzo de 2015.

8. Gérald Darmanian y Bruno Le Maire, “Le plan d’urgence révisé à 100 milliards d’euros”, *Les Échos*, 9-4-20.

9. Para una comprensión más específica de estos mecanismos económicos, véase “Commpétitivité-coût, taux de change réel et déséquilibres commerciaux”, [www.monde-diplomatique.fr/61736](http://www.monde-diplomatique.fr/61736)

10. John Maynard Keynes, *La pauvreté dans l’abondance*, Gallimard, París, 2002.

11. “Alain Minc: pour une dette publique à perpétuité!”, *Les Échos*, 16-4-20.

\*Economista, profesor de la Universidad de Lille.

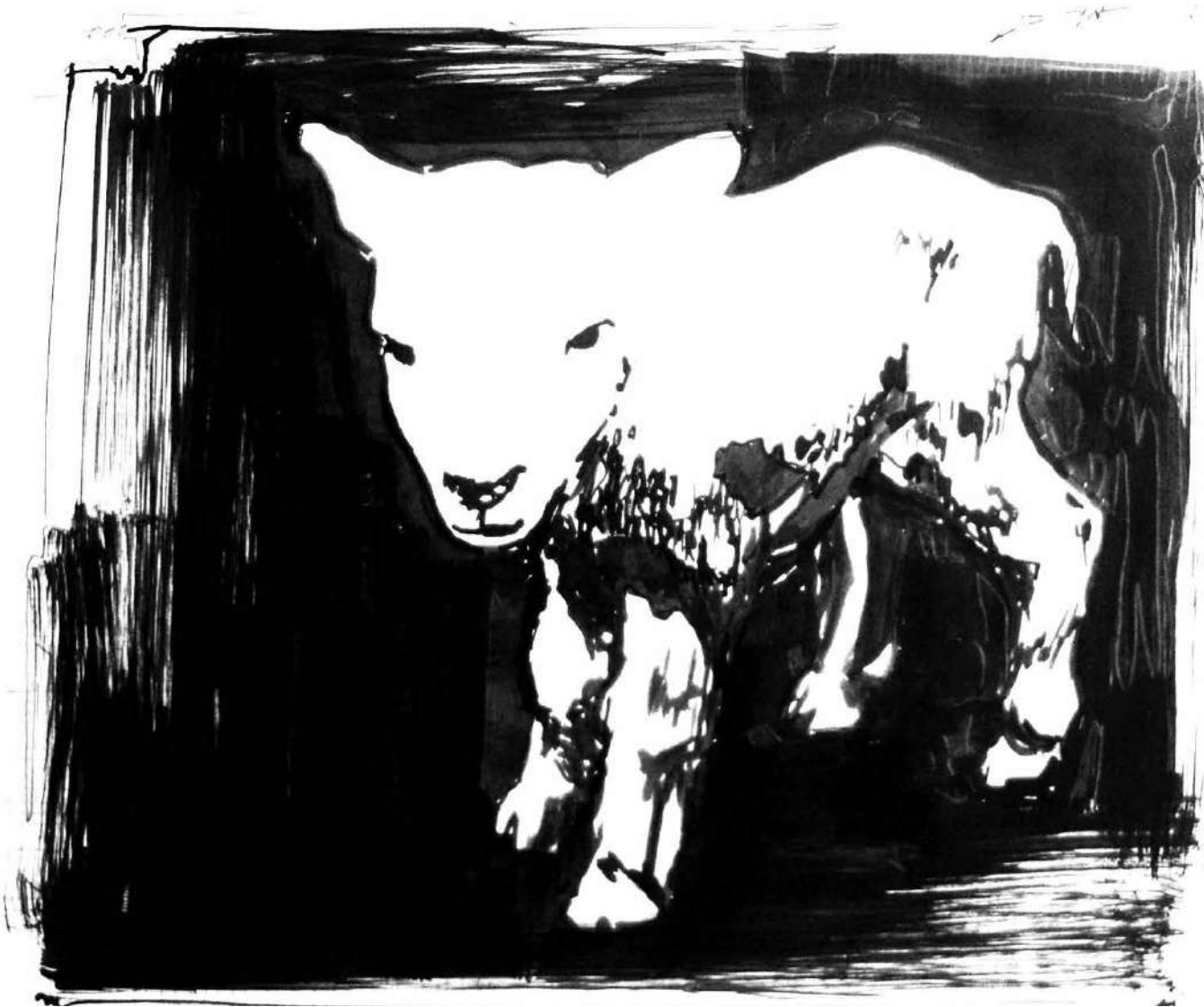
Traducción: Patricia Minarieta

El covid-19 es al Estado solucionista lo que el 11 de Septiembre fue para el Estado de vigilancia: la oportunidad perfecta para desplegar su ideología en busca de sostener el capitalismo globalizado. En este momento de crisis total, ¿es posible pensar en una tecnología que permita formas de coordinación solidarias?

## Tecnología, neoliberalismo y pandemia

# El solucionismo no es la solución

por Evgeny Morozov\*



Óscar Pinto Pineda, *Cordero enfermo*, ilustraciones del libro "El Principito" (Cortesía del autor)

La epidemia de covid-19 surge en un contexto histórico particular. Por un lado, luego de haber creído durante treinta años que no había alternativa al alineamiento del capitalismo globalizado y de la democracia liberal, la humanidad despierta poco a poco de un coma que se había impuesto. La idea de que la situación podría mejorar, pero también degradarse de repente, no sorprende a nadie.

Por otro lado, estos últimos cuatro años, marcados por el Brexit, la elección de Donald Trump, el ascenso y luego la caída de Jeremy Corbyn, a la que se suma ahora la de Bernie Sanders, demostraron la resiliencia del capitalismo mundial. Un simple cambio de ideología, del globalis-

mo al nativismo o del neoliberalismo a la socialdemocracia, no fue suficiente para transformar las relaciones sociales y económicas. Frente a la perspectiva de una reforma total del capitalismo, las ideologías que antes parecían tan radicales resultaron impotentes y banales.

¿Qué pensar entonces de la emergencia sanitaria actual? Los que depositan sus esperanzas en el potencial transformador y emancipador de la crisis de covid-19 corren el riesgo de desilusionarse pronto. No es que nuestras expectativas sean excesivas; algunas medidas propuestas como el ingreso básico universal y el Green New Deal son razonables y absolutamente necesarias. Sin embargo, se subestima la resiliencia del sistema actual, al tiempo que se

sobreestima la capacidad de las ideas para cambiar el mundo sin infraestructuras sólidas y resistentes en el plano tecnológico y político que permitan su implementación.

### El "Estado solucionista"

Aunque a menudo se considera al dogma del "neoliberalismo" como la fuente de todos los males, éste no lo explica todo. Desde hace casi una década vengo señalando a otro culpable, con el que de todos modos está relacionado intelectualmente: el "solucionismo".

Esta supuesta ideología pos-ideológica recomienda un conjunto de medidas *ad hoc*, llamadas "pragmáticas", para mantener en funcionamiento el capitalismo globalizado, resolviendo al mis-

mo tiempo los innumerables problemas y contradicciones que genera. Además, sorprendentemente, ofrece suculentos beneficios.

Los efectos más nocivos del solucionismo no residen en nuestras *start-ups*, sino en nuestros gobiernos. El "Estado solucionista" -una versión humanizada, pero también más sofisticada del Estado de vigilancia que lo precedió- tiene un doble mandato. Debe garantizar que los agentes de la innovación (programadores, hackers y empresarios), por difíciles que sean de dominar, no utilicen sus competencias y los recursos existentes para experimentar con otras formas de organización social. No es coincidencia que para obtener el pleno beneficio de la inteligencia artificial y de la nube haya que crear una *start-up* dotada de los recursos convenientes. Por el contrario, es el resultado de esfuerzos políticos deliberados.

La consecuencia es que los proyectos más subversivos, que podrían alumbrar instituciones de coordinación social no comercial, mueren. Incluso antes de nacer. Esto explica que en más de veinte años no se hayan visto otras entidades al estilo Wikipedia. En tiempos en que el mundo está totalmente digitalizado por multinacionales ávidas de datos, el Estado espera obtener su parte del botín. Además de la vigilancia generalizada, la digitalización llevada a cabo por las empresas permitió a los gobiernos efectuar numerosas intervenciones solucionistas favorables a los mercados.

Las técnicas de *nudge* (1) constituyen un ejemplo perfecto de puesta en práctica del solucionismo: gracias a ellas se pueden dejar intactas las causas de un problema, centrándose en la tarea más viable de "ajustar" el comportamiento individual a la inalterable realidad, por más cruel que esta sea.

¡Todos solucionistas! El covid-19 es para el Estado solucionista lo que los atentados del 11 de Septiembre fueron para el Estado de vigilancia. Sin embargo, la amenaza que el solucionismo representa para la cultura política democrática es mucho más sutil, por no decir insidiosa.

Se habló mucho de la estrategia autoritaria de China, Corea del Sur y Singapur para hacer frente a la crisis del covid-19. En estos tres países, las máximas autoridades decidieron desplegar aplicaciones, drones y sensores para prescribir lo que sus ciudadanos pueden y no pueden hacer. Como era de esperar, los defensores del capitalismo democrático en Occidente no tardaron en criticarlos.

La alternativa, expresada en las columnas del *Financial Times* por Yuval Noah Harari, el bardo más elocuente de la doxa de las elites, parecía salir directamente de un manual de propaganda de Silicon Valley: ¡autonomícemos a los ciudadanos a través del conocimiento!

Los solucionistas humanitarios quieren que los ciudadanos se laven las manos porque saben que es por su propio bien, y el de la sociedad, en lugar de obligarlos a hacerlo por la fuerza, como hizo el gobierno chino con la amenaza de cortarles la calefacción y la electricidad. Esos discursos solo pueden conducir a la aplicación de la política, aunque las aplicaciones creadas de esta manera puedan ser recompensadas por su interés humanitario.

En resumen, el llamado de Harari a autonomizar a los ciudadanos a través de intervenciones cognitivas y conductistas no difiere mucho de las medidas que promue-

ven Cass Sunstein y Richard Thaler, entre otros partidarios del *nudge*. Así, la gestión política de la mayor emergencia sanitaria de los últimos cien años se reduce a los debates “pragmáticos” sobre la forma del dispenser de jabón y del lavamanos, en línea con las reflexiones de Sunstein y Thaler sobre la forma de los mingitorios en los baños de los aeropuertos.

En el imaginario solucionista no hay mucho más que hacer ya que todos los cuerpos e instituciones intermedias, junto con la historia, casi desaparecieron del paisaje político. Para la gente como Harari y Sunstein, el mundo está hecho principalmente de ciudadanos-consumidores, empresas y gobiernos. Se olvidan de los sindicatos, las asociaciones, los movimientos sociales y toda institución colectiva que se vincula a través de sentimientos de solidaridad.

El mantra de “la autonomización a través del conocimiento”, que es el fundamento del liberalismo clásico, solo puede significar hoy una cosa: más solucionismo. Por lo tanto, es de esperar que los gobiernos inviertan miles de millones en lo que el año pasado llamé “tecnología de supervivencia” (en inglés, “survival tech”), un conjunto de tecnologías digitales que permitirán que el espectáculo capitalista continúe, mientras alivia algunos de sus problemas más grandes. El Estado solucionista reforzará así su legitimidad al reivindicar su rechazo a “la manera china”.

### Por una política pos-solucionista

Lo que necesitamos para salir de esta crisis no es solo una política pos-neoliberal, sino sobre todo una política pos-solucionista. En primera instancia, podríamos terminar de una vez con la oposición binaria artificial entre la *start-up* y la econo-

mía planificada centralizada que define nuestra manera de percibir la innovación y la cooperación social en la actualidad.

La cuestión central del nuevo debate político no debería ser “¿qué fuerza, de la socialdemocracia o del neoliberalismo, es la más adecuada para dominar las fuerzas de la competencia de mercado?”, sino más bien: “¿qué fuerza sabrá aprovechar las inmensas oportunidades que ofrecen las tecnologías digitales, en términos de nuevas formas de coordinación y solidaridad social?”.

En gran medida, el “solucionismo” no es más que la aplicación del famoso eslogan de Margaret Thatcher: “There is no alternative” (“No hay alternativa”). En los últimos 40 años, los intelectuales de izquierda revelaron la crueldad e impracticabilidad de esta lógica. Pero la incoherencia no impide la adquisición del poder político. De este modo, el mundo tecnológico que habitamos fue concebido de forma tal que no haya ninguna alternativa al orden mundial dominado por los mercados que pueda institucionalizarse. Los propios límites de nuestro debate excluyen esta posibilidad.

Las dificultades que encontramos hoy respecto de la respuesta tecnológica al covid-19 demuestran claramente hasta qué punto necesitamos una orientación política pos-solucionista. En un país como Italia –donde estoy viviendo mi confinamiento–, las soluciones propuestas carecen lastimosamente de ambición. El debate gira en torno a los compromisos entre vida privada y salud pública, y la necesidad de promover la innovación por parte de las *start-ups* de la “tecnología de supervivencia” que, según la orientación propuesta por Harari, empoderarían a los ciudadanos.

Tenemos derecho a preguntarnos qué pasó con las otras alternativas. ¿Por qué

sacrificar la vida privada en nombre de la salud pública? ¿Será porque las empresas de tecnología y los operadores de telecomunicaciones construyen las infraestructuras digitales actuales para satisfacer su propio modelo comercial?

Estas infraestructuras están diseñadas para identificarnos y enfocarnos como consumidores individuales; no se hicieron muchos esfuerzos por crear infraestructuras que proporcionen información anónima, a escala macroscópica, sobre los comportamientos colectivos. ¿Por qué no? Porque ningún proyecto político previó la necesidad de este tipo de análisis: la planificación, entre otras formas de coordinación social no comercial, no figuraba entre los mecanismos neoliberales. Ni siquiera los socialdemócratas las reclamaron.

## El “solucionismo” no es más que la aplicación del famoso eslogan de Margaret Thatcher: “There is no alternative”.

Lamentablemente, las infraestructuras existentes son las del consumo individual, y no las de la asistencia mutua y la solidaridad. Al igual que toda plataforma digital, pueden utilizarse para diversos fines, como la militancia, la movilización y la colaboración. Pero a menudo esos usos tienen un costo muy alto, aunque no se vea.

Esto indica que existe una base endeble para un orden social que no sea neoliberal ni solucionista, y que deberá ser ha-

bitado necesariamente por otros actores que no sean los consumidores, las *start-ups* y los empresarios. Por muy tentador que sea construir este nuevo orden sobre las bases digitales propuestas por Amazon, Facebook, o su prestador nacional de telecomunicaciones, nada bueno saldrá de ello: en el mejor de los casos, un nuevo campo de juego para solucionistas; en el peor, una sociedad totalitaria invasiva basada en la vigilancia y la represión.

Desde la izquierda, muchas voces instan a las democracias a demostrar que pueden resolver esta crisis mejor que las autocracias. Un llamado que puede sonar a hueco, porque las democracias actuales dependen tanto del ejercicio no democrático del poder privado que, de democracia, solo les queda el nombre. Al celebrar “la democracia”, se celebra sin querer el contingente invisible de *start-ups* al borde de la quiebra y de tecnócratas no tan inofensivos que constituyen el Estado solucionista.

Si esta democracia tibia sobrevive al covid-19, debería en primer lugar tomar una vía pos-solucionista para emanciparse totalmente del poder de las empresas privadas. De lo contrario, corremos el riesgo de reproducir la vía autoritaria, pero con una elite aun más hipócrita en materia de “valores democráticos”, de “mecanismos reguladores” y de “derechos humanos”. ■

\* En español “pequeño empujón”. Aplicado a la economía, significa una pequeña intervención en nuestro medio ambiente que modifica los mecanismos de elección. Véase Laura Raim, “La nueva ciencia económica, peor que la anterior”, *Le Monde diplomatique*, edición Colombia, julio de 2013.

\* Escritor e investigador especializado en los efectos políticos y sociales de la tecnología. Autor del *La locura del solucionismo tecnológico*, Katz - Capital intelectual, Buenos Aires, 2016. Traducción: Magalí del Hoyo

## CAMPAÑA



VIDEO AQUÍ

En todos los ámbitos, los líderes del mundo siempre han planteado que dentro de sus objetivos y la razón de ser de su gestión está el bienestar del ser humano, premisa que debiera ser indiscutible. El presidente de tu país, el de mi país, nos han convocado con ese fin y nos han pedido que depositemos nuestra confianza en ellos. Pero cuando las sociedades demandan la realización de lo prometido, la respuesta es “No se puede”, “La economía no lo permite”.

Es hora de exigir el cumplimiento de la promesa de bienestar: cuidados colectivos, responsabilidad ambiental, justicia social y ecológica para cada ser humano y para la vida en su totalidad. Esta campaña busca aportar colectivamente en beneficio de un inaplazable propósito, en medio de la crisis sistémica acelerada por el Covid-19.

¡Que en el centro de toda política social y económica esté el ser humano en su equilibrio ecológico!

Quédate en casa, pero únete y reclama

#PrimeroElSerHumano

[TEXTO COMPLETO AQUÍ](#)

Aparece una nueva sensibilidad, activada por los estragos ecológicos y los atolladeros del "sistema": el rechazo a la dominación humana sobre la naturaleza. ¿Puede inscribirse esta iniciativa de refundación antropológica en un proceso político de emancipación colectiva?

## Hacia un futuro en común

# Reinventar la humanidad...

por Evelyne Pieiller\*



Óscar Pinto Pineda, *El Principito*, ilustraciones del libro "El Principito" (Cortesía del autor)

En su último espectáculo, *G5*, la coreógrafa Rocio Berenguer propone la "primera legislación mundial interespecie" a fin de asegurar el futuro de la vida. Convencida de que "cierta arrogancia que existe a la hora de concebir al ser humano está quebrándose a la fuerza", pretende así contribuir a la apertura de "un nuevo campo de posibilidades" (1). En la misma línea, desde la Scène Nationale de Besançon programaron un ciclo de obras de teatro, películas y conferencias, en cuya presentación plantea la pregunta: "¿Y si el combate entre los que son conscientes de pertenecer a

la Tierra y los que se imaginan que el planeta les pertenece hubiese durado más de la cuenta? ¿Y si el arte pudiese retejer esos lazos rotos y nos permitiera reapropiarnos de un futuro en común?". El escritor de ciencia ficción Alain Damasio insiste también: "El desafío principal son los lazos". Acto seguido, recalca la importancia del "entretreído exterior con el mundo animal, vegetal y la naturaleza" (2).

Estos anhelos, estos cuestionamientos acerca de la alteridad, de la igualdad y de la ruptura entre lo humano y el resto del mundo, así como las maneras de responder ante ellos, surgen con tanta fuerza

al constatar que estamos en el Antropoceno. Es una noción reciente, de hace unos veinte años; sin embargo, su significado se ha popularizado ampliamente: señala el comienzo de una nueva era geológica, la nuestra, en la que los humanos y sus quehaceres se han convertido en el principal motor de los cambios que afectan a los ecosistemas del planeta. Este análisis, a la vez que aumenta la preocupación por el clima y el medio ambiente, ha hecho que aparezca una nueva sensibilidad con respecto al lugar que ocupa el ser humano, antaño celebrado "como amo y señor de la Naturaleza" y hoy a menudo reducido a su capaci-

dad de destrucción, y ha suscitado la necesidad de inventar otra manera de habitar el mundo y de llevar un "buen vivir".

### Futuro en común

De esta manera, son muchos los movimientos que aúnan, con distintos enfoques, el rechazo a un sistema antropocéntrico, a menudo considerado como característico de Occidente y de su manera de concebir la modernidad, asociada al capitalismo, y la búsqueda de una moral activa que frene unas opresiones tan enquistadas bajo el peso de una ideología secular que han acabado por parecer naturales. Estos planteamientos, que a menudo se entrecruzan, van de los zadistas (3) a los defensores de los cuidados, de los antiespecistas que rehúsan la primacía de la especie humana sobre las demás a las ecofeministas que ligan la destrucción de la naturaleza con la opresión de las mujeres, etc. Ponen de manifiesto la importancia de los lazos entre los seres vivos y cuestionan las condiciones de posibilidad de un futuro en común. Lo que pasaría por restablecer esos lazos, suscitando así una relación totalmente distinta con *lo que es*: liberadora, equitativa, fraternal. Esta tensión hacia un mundo por fin movido por la benevolencia –un término muy de moda–, la apertura al otro, la solidaridad, no la encontramos solo en los grupos de activistas, sino que está operando de manera evidente sobre una sociedad preocupada, expuesta a desigualdades y concienciada frente a las amenazas tanto medioambientales como sociales.

### En oposición al darwinismo social

Actualmente, son numerosos los intelectuales, antropólogos, filósofos y científicos –desde la feminista estadounidense Donna Haraway, historiadora de las ciencias, hasta el colapsólogo Pablo Servigne, ingeniero agrónomo, y desde el antropólogo Philippe Descola hasta el sociólogo Alain Caillé o el filósofo Bruno Latour– que dan voz a una concepción de lo humano que respalda esta necesidad difusa.

No se trata, en esta iniciativa de refundación ideológica, de contentarse con fustigar al *homo oeconomicus*, sino de reconsiderar cuáles son las capacidades de la especie para instaurar una nueva constelación de valores. A partir de esta aseveración de "la interdependencia" se afirma una nueva ontología. La biología establece que los fundamentos de la vida son "las interrelaciones, la diversidad, la cooperación, la homeostasis y la simbiosis", según el filósofo australiano Glenn Albrecht (4), y desde las bacterias hasta las plantas, es el conjunto de los seres vivos el que hace posible la vida humana. Es decir, "la vida es una empresa cooperativa". Esta interdependencia, esta "interconexión", reconocida por fin, invita a "reparar e idear alianzas", en "una suerte de compromiso con las demás criaturas y organismos (las plantas, los animales, los microbios)" para "reforzar mutuamente las posibilidades de futuro de unos y otros" (5).

Pero, ¿cómo podría el hombre "prometeico", encerrado en su ego, orgulloso de su singularidad, de su superioridad en el reino de los vivos, acostumbrado a ver el mundo como un rueda en el que gana el que cuenta con más ventajas, transformarse tan radicalmente? Aquí es donde se pone de relieve una antigua noción, que contradice el tópico "el hombre es un lobo para el hombre": la capacidad para la ayuda mutua y la cooperación, predisposición subestimada, ignorada incluso por

la ideología capitalista, no sería solo característica de los “otros terrestres”, sino también de la especie humana.

Opuesta al “darwinismo social” –esa doctrina que traspone la teoría de la selección natural a la sociedad humana y que supuestamente justifica la ley del más fuerte–, la visión del humano que no infravalora su gusto por competir pero sí reevalúa su capacidad de cooperación, se apoya a menudo en observaciones científicas: hallazgos de las ciencias cognitivas y de la biología en el caso de Pablo Servigne y Gauthier Chapelle (6), para quienes, estos demuestran que por arraigo biológico se da “una solidaridad humana espontánea”; Alain Caillé se vale de la teoría del antropólogo Marcel Mauss para postular que todas las sociedades se rigen no por el mercado o el contrato, sino por una triple obligación: dar, recibir y devolver (7). Alineándose con fuerza en contra del “gen egoísta” tan apreciado por algunos biólogos como Richard Dawkins, se va configurando una concepción de la “naturaleza humana” que ya no se define como buena o mala, sino como un conjunto de potencialidades, incluso genéticas, que hacen que los marcos y las ideologías de las sociedades se activen.

Estas ideas no son del todo inéditas. Ya en el siglo XIX, la interdependencia y la solidaridad conocieron un éxito indudable, también entonces siguiendo los pasos de las ciencias naturales (8). Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1750-1825), investigador de la corriente reformista a la que da nombre, propuso aplicar a la sociedad, ese “cuerpo organizado” en el que ningún órgano puede sobrevivir sin los demás, las leyes de la orgánica: asociación y cooperación. Para el socialista Pierre Leroux (1797-1871), “el hombre se relaciona con los demás hombres y con el mundo. Los demás hombres y el mundo, he aquí lo que, al unirse a él, lo determina y lo revela, o le hace revelarse” (9). De ello concluye que todos somos responsables, los unos de los otros. Más directamente en el campo de la política, Léon Bourgeois (1851-1925), miembro eminente del Partido Radical, diputado y varias veces ministro, impondrá la “doctrina solidarista” (10) según la cual cada uno de nosotros nacería en deuda con la asociación humana, y esta deuda implicaría derechos y deberes, un lazo fraternal que crea obligaciones para todos los individuos hacia los demás. Se trata de la solidaridad. Para permitir que se ejerzan estos derechos, para establecer una relación de equivalencia y no solo de igualdad, Bourgeois sienta los principios de la protección social a través del Estado y llama a la creación de una organización para las pensiones obreras.

### “Evita la competencia”

Pero es sin duda Piotr Kropotkin (1842-1921), activista y teórico anarquista, pensador importante de la autogestión, quien se acerca más a las preocupaciones y los valores de hoy. Considera que, en el seno de cada especie, “la ayuda mutua es la regla general” y el “hecho dominante de la naturaleza” y sostiene que “un instinto de simpatía mutua” “explica los sentimientos de benevolencia y de identificación parcial de uno mismo con su grupo”, lo que después se desarrolla en un sentimiento de justicia, equidad y abnegación (11). Remitiendo a la observación de la naturaleza, prescribe: “Evita la competencia. [...] Tal es la consigna que llega hasta nosotros desde los matorrales, bosques, ríos y océanos. ¡Uníos! ¡Practicad la ayuda mu-

tua! Es el medio más justo para garantizar la mayor seguridad tanto para cada uno en particular como para todos en general; es la mejor garantía para la existencia y el progreso físico, intelectual y moral” (12). Muy crítico con la civilización moderna, atento a las riquezas de las sociedades tribales, dará como ejemplo de realización la época medieval, cuando, con los gremios, según él reinaba la fraternidad.

Todos estos son temas que se recuperan ahora bajo formas diversas, conectados por lo que se plantea como la necesidad de extender estas nociones al conjunto de los seres vivos y marcados por el sello del antioccidentalismo, su “razón” utilitarista y su universalismo erróneo y tóxico. Pero, más allá de la ayuda mutua y de la cooperación, son las interrelaciones las que se consideran primordiales. He aquí un proyecto de tipo espiritual y moral que busca reconfigurar las normas que fundan las jerarquías, pensadas como exclusiones alimentadas por la soberbia. Es necesario pues desprenderse de las viejas oposiciones: yo/el otro, racional/irracional, individuo/grupo, sociedad moderna/tribu arcaica, etc., para tener en cuenta el tipo de conexiones que operan en el caso de los ninguneados por la Ilustración, a semejanza, por ejemplo, del colectivo animista (13), o de la misma Tierra, de su suelo, del cual es importante, según Bruno Latour, detectar las “potencias de actuación” (14).

### Pensamiento materialista

A veces es difícil valorar en qué difiere radicalmente este renovado interés por los vínculos entre todo *lo que es* respecto a un enfoque poético y vitalista, cercano al movimiento *hippie*. Sin embargo, en él se articula de forma enérgica un rechazo al mun-

do “globalizado” neoliberal. ¿Cómo transformar estas constataciones y estos descubrimientos en una fuerza política colectiva? ¿Cuáles son las propuestas para una emancipación feliz? Parece que para aquellos que desean una ruptura con el capitalismo habría que subordinar “las actividades productivas a la preservación de formas de vida libremente determinadas” en “espacios liberados”, donde *lo que es* abre paso a un “yo” que se reconoce “entretejido por una multitud de hilos que van más allá de uno mismo” (15). Por supuesto, en un primer momento, es en lo local, en comunidades pequeñas, donde puede elaborarse “baluceando” otra modalidad de “convivencia”: en la convergencia entre la capacidad de cooperación y el florecimiento de las singularidades.

Ciertamente, se trata no tanto de un programa político como de un nuevo imaginario, espiritualista, casi panteísta a veces bajo la guisa de un cierto cientificismo y profundamente lírico. Aun así, es difícil no plantearse una pregunta inquietante: ¿En qué y de qué concretamente es el respeto a todas las formas de vida y de las interconexiones algo emancipador? “¿Y si el giro hacia lo no humano, con su optimismo hechicero, no fuera más que el síntoma de una impotencia política para transformar el estado de cosas definido por el capitalismo?” (16), se preguntan dos ensayistas preocupados, no obstante, por este giro. Efectivamente. La lucha contra la injusticia social, contra la explotación, contra la alienación, desaparece en la celebración de las interrelaciones. Y esta incitación a elevar el alma y al rechazo a la “axiomática del interés”, por citar a Alain Caillé, puede hacer felices a retrógrados que condenan el progreso, a utópicos sentimentales, a fervientes defensores de la

pertenencia a la comunidad de *lo que vive*, en la que se diluiría la lucha de clases. Pero con la fuerza de su eco, con la riqueza de su deseo de compartir, también puede, puesta en perspectiva crítica a través de un pensamiento materialista al que obliga a agudizarse, contribuir en parte a una renovación de las fuerzas progresistas.

1. Catherine Mary, “Rocio Berenguer, chorégraphe de l’après-anthropocène”, *Le Monde*, París, 8 de febrero de 2020.
2. Alain Damasio, “Le transhumanisme est une impasse totale”, *Le Point*, París, 19 de abril de 2019.
3. N. de la T.: Partidarios de las comunidades ecologistas y anarquistas francesas de las ZAD (Zone À Défendre, “Zona que Defender”).
4. Glenn Albrecht, *Les émotions de la Terre*, Les Liens qui Libèrent, París, 2020.
5. Donna Haraway, “Réparer la Terre à l’ère du chthulucène”, *20 penseurs pour 2020*, Philosophie Magazine Editeur, París, 2019.
6. Pablo Servigne, Gauthier Chapelle, *L’entraide. L’autre loi de la jungle*, Les Liens qui Libèrent, París, 2019.
7. Alain Caillé, *Extensions du domaine du don*, Actes Sud, Arles, 2019.
8. Marie-Claude Blais, *La solidarité. Histoire d’une idée*, Gallimard, París, 2007.
9. Pierre Leroux, *De l’Humanité, de son principe et de son avenir*, Miguel Abensour y Patrice Vermerren, Fayard, París, 1985.
10. Léon Bourgeois, *Solidarité, Le Bord de l’eau*, Latresne, 2008.
11. Piotr Kropotkin, *Ética. Origen y evolución de la moral*, Editorial Antorcha, Madrid, 2018.
12. Piotr Kropotkin, *El apoyo mutuo. Un factor de evolución*, Pepitas de calabaza, Logroño, 2016. Cf. asimismo: Renaud García, *Pierre Kropotkine & l’économie par l’entraide, Le passager clandestin*, París, 2019.
13. Philippe Descola (bajo la dir.), *Les Natures en question*, Odile Jacob, París, 2018.
14. Emanuele Coccia, “Gaïa ou l’anti-Léviathan”, *Critique*, n.º 860-861, enero-febrero de 2019.
15. Jérôme Baschet, *Une juste colère. Interrompre la destruction du monde*, Divergences, París, 2019.
16. Léna Balaud, Antoine Chopot, “Suivre la forêt”, *20 penseurs pour 2020*, op. cit.

La acción humanitaria, esencial para la supervivencia de millones de personas de todo el mundo –refugiadas, desplazadas, hambrientas, enfermas, etc.–, amasa miles de millones de dólares cada año. Frente a los Estados, a las asociaciones y a los particulares, a menudo constituye un verdadero poder capaz de imponer sus elecciones y sus normas. Y las víctimas no siempre salen ganando.

## Las ambigüedades de la acción humanitaria

# Tomar el mundo sin cambiar el poder

por Frédéric Thomas\*

En diez años, la cantidad de dinero destinada a financiar la acción humanitaria a escala mundial se ha quintuplicado, y actualmente se sitúa en los 26.300 millones de euros anuales (1). Este crecimiento económico viene de la mano de la proliferación de estructuras, desde la asociación local impulsada por unos cuantos voluntarios hasta la organización no gubernamental internacional (Ongi), pasando por las agencias y los programas de la Or-

ganización de las Naciones Unidas (ONU) y el Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja. Aun así, la disparidad entre los fondos disponibles y las necesidades no para de acrecentarse, sobre todo debido a la intensificación de las crisis, tales como los conflictos armados, las catástrofes relacionadas con el cambio climático y la urbanización acelerada, que afectan a más individuos durante un periodo de tiempo más prolongado. Se estima que, en 2018, el número de vícti-

mas por catástrofes se situó en los 206 millones.

Pero dicha divergencia también se debe a las disfunciones propias de la ayuda internacional, que le impiden alcanzar sus objetivos. Algunos de estos desajustes son la falta de coordinación, la ignorancia de los ámbitos de intervención o las evasivas de los agentes locales. Si bien hace tiempo que estas irregularidades se conocen y fueron identificadas, se repiten de forma sistémica, operación tras opera- →

→ ción (2). Los típicos argumentos que se aportan para justificar dichas anomalías (la obligación de actuar urgentemente, la rápida renovación de la plantilla o la ausencia de una memoria institucional) esconden causas estructurales, entre las que se sitúa en primer lugar la asimetría de las relaciones entre los agentes.

### Concentración de donantes

En efecto, en 2017, los dos tercios de la financiación humanitaria mundial fueron adjudicados únicamente a doce Ongi (entre ellas, Save the Children, International Rescue Committee, Médicos Sin Fronteras, Oxfam y World Vision) e instituciones de la ONU (3), esto es, veintidós veces más que a los operadores nacionales y locales (4). Por consiguiente, algunos organismos internacionales se benefician del maná que se concentra en el Norte, en Estados Unidos, la Unión Europea, algunos países del Viejo Continente, los cuales son, de lejos, los principales donantes. No obstante, desde hace algunos años, Turquía, Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos se han convertido en colaboradores relevantes, hasta el punto de encontrarse entre los veinte primeros países proveedores. Aunque todo esto forma parte de una estrategia que estos Estados usan para reorganizar sus posiciones en la escena regional e internacional, en un contexto marcado por la guerra de Siria y Yemen.

La asistencia humanitaria se forma desde “la cima”, a partir de sus donantes y financiadores, ante los cuales hay que rendir cuentas. Además, ellos son los que deciden, en la práctica, las prioridades y los lugares de actuación. La manera en la que se desenvuelve la intervención – de carácter urgente –, el uso del inglés o la convergencia de los perfiles sociológicos y los códigos culturales del personal “sin fronteras” refuerzan esta dinámica, la cual llega a su máximo esplendor a costa de los agentes locales y, mediante estos, de las víctimas. De los 2.400 millones de dólares recaudados por la ONU a raíz del seísmo de 2010, las organizaciones no gubernamentales (ONG) y el Gobierno de Haití solo recibieron, de forma directa, una ínfima parte: el 0,4 y el 1 por ciento, respectivamente. De esta manera, los haitianos se vieron limitados a adoptar la función de meros subcontratistas de una reconstrucción mundial guiada de forma remota. Este es un caso extremo, pero no aislado, ya que los Estados del Norte financian sus proyectos principalmente a través de sus ONG. Las capacidades de las entidades locales, consideradas insuficientes en relación con los requisitos contables y burocráticos impuestos por las instituciones de los países del primer mundo, son depreciadas, si no desdeñadas: apenas perciben el 3 por ciento de la ayuda directa.

Siendo conscientes de esta asimetría, los principales financiadores y organizaciones, que se reunieron en Estambul con motivo de la Primera Cumbre Humanitaria Mundial, celebrada el 23 y 24 de mayo de 2016, se comprometieron a asignar una cuarta parte de los fondos a las organizaciones locales y nacionales, a las cuales se transferirían las subvenciones “tan directamente como fuera posible” (principio de “localización”) de cara al 2020. Esta decisión se explica en parte por los resultados que se obtuvieron en una encuesta realizada años atrás, entre mayo de 2014 y febrero de 2015, a 1.231 personas “beneficiarias” de la ayuda internacional en cinco países de Oriente Próximo y Norte de

África (5). Los entrevistados tuvieron que puntuar del 1 al 10 la consideración que se otorgaba a sus opiniones. La media de las respuestas era inferior a 3. Esta estimación fue corroborada en 2018 por otra encuesta realizada a unas 5.000 personas de siete países diferentes. Más del 80 por ciento de los encuestados en Irak y el Líbano opinaron que el apoyo recibido no les permitiría ganar autonomía, y la mayoría de ellos consideraba que su opinión se tenía en cuenta entre poco y nada (6).

### El mito de la víctima impotente

Dicho veredicto echa por tierra algo inconcebible sobre la acción humanitaria: la figura de la víctima, que es percibida, contra todo pronóstico, como impotente y pasiva, aunque es ella la que, en las primeras 24 horas, salva más vidas a su alrededor antes de que lleguen los organismos extranjeros (y los medios de comunicación). Ya en 2004, Markku Niskala, secretario general de Cruz Roja Internacional, alentaba a “desechar el mito de la víctima incompetente y de la intervención humanitaria infalible, y situar en el foco de nuestro trabajo a las personas afectadas por las catástrofes, así como sus capacidades” (7). Pasados 15 años, este mito aún persiste porque forma parte del principal retrato que el sector hace de sí mismo y del cual saca partido.

## ¿Cómo podemos hacer un llamamiento a los responsables políticos, mientras que, simultáneamente, contribuimos a la despolitización de las relaciones sociales y promovemos una eficiencia que demuestra la impotencia pública?

Las imágenes de caos, de víctimas apáticas y de países en desarrollo incompetentes, corruptos o totalitarios (o las tres cosas a la vez) abordan la necesidad, en efecto, de que los países extranjeros actúen. El desencanto político y la certeza de pertenecer a las fuerzas del bien no hacen sino confirmar su legitimidad y sirven de análisis. No es que las víctimas sean mudas, sino que muy a menudo las reduce al silencio su propio país, así como la reivindicación del sector por autorregularse y la proliferación de los informes internacionales. La historia oficial de la ayuda humanitaria se reduce a una inocencia corrompida incesantemente, pero siempre revaluada en nombre de la candidez de sus intenciones y, en primer lugar, de la salvaguardia necesaria de su independencia. Este relato encubre otras relaciones de poder que se establecen en las operaciones de rescate.

La primera acción que se emprendió sobre esta cuestión fue la valoración conjunta de la ayuda urgente proporcionada a Ruanda durante el genocidio de los tutsis en 1994, en la cual se destacó la manera en la que colaboradores extranjeros y periodistas que habían llegado al país en ese momento –y que confundían visibilidad y eficiencia– elaboraron conjunta-

mente una lectura “auxiliar” de los acontecimientos, que fue comprendida de inmediato por los espectadores del Norte. Pero al hacerlo, oscurecieron las lógicas militares, diplomáticas y políticas que actuaban detrás de las mareas de refugiados, así como la falta de anticipación y coordinación de los agentes internacionales (8). La intervención humanitaria sirvió de tapadera de la ceguera e inacción de Occidente, cuando en realidad el problema era de otra naturaleza y requería una solución política: la inmensa mayoría de las víctimas no fallecieron por falta de ayuda humanitaria, sino porque fueron abatidas.

Han pasado 25 años y aún sigue en pie la misma estructura narrativa, que recodifica las situaciones de injusticia y desigualdad, fruto de las decisiones políticas, en causas naturales –si no en maldiciones–. En enero de 2006, un estudio sobre el tratamiento de la información en unos sesenta diarios y semanarios en nueve países occidentales llegó a la conclusión de que no existe ninguna relación entre la magnitud de una catástrofe y su cobertura mediática, dado que esta última está vinculada a la consideración económica y estratégica que le otorgan los Estados del primer mundo (9). Así pues, el impacto que el tsunami de 2004 en el Índico tuvo sobre el turismo fue anunciado con mucho bombo en los medios de comunicación. Por el contrario, cuanta más cobertura mediática recibe una catástrofe, más atractiva resulta para las organizaciones, y en mayor medida estas se lanzan a la conquista para ganar visibilidad, la cual socava cualquier esfuerzo de coordinación. Acudir a un lugar implica tener visibilidad (y, por ende, credibilidad), asegurarse el financiamiento (y, por lo tanto, viabilidad) y consolidar el carácter imperativo de su acción (y, de esta manera, su legitimidad). La relevancia de la acción tiene poca importancia frente a lo que se ha convertido en un mercado.

### Actuación en vano

Los miembros de las organizaciones humanitarias, que tienen un acceso privilegiado a los subsidios, a los medios de comunicación y a los responsables de la toma de decisiones (10), ejercen una influencia que es tanto más poderosa cuanto que no es reconocida. Ahora bien, la localización de la ayuda, aprobada en la Cumbre de Estambul, no puede ser eficaz si no “atiende a las cuestiones de injusticia, desigualdad y asimetría de poder”, explica Regina Salvador-Antequisa, directora de Ecosystems Work for Essential Benefits, Inc. (Ecoweb), una ONG filipina (11).

El dinero y el tiempo invertidos en la construcción de infraestructuras, la protección civil, los servicios públicos y la anticipación de catástrofes resultan ser más eficaces que la respuesta que se da a estas, por muy rápida que sea. En 2015, la ONG estadounidense Mercy Corps envió un pequeño equipo para que evaluara las necesidades de la población tras el ciclón Pam, que azotó Vanuatu. La ONG tuvo el valor de renunciar a su intervención porque constató que el Gobierno de Vanuatu y las agencias contaban con el equipamiento y la organización suficientes. Cuando se produjo el terremoto en Nepal en 2015, los países europeos –que no tuvieron la misma lucidez que Mercy Corps– enviaron a Katmandú una quinena de equipos sin ninguna coordinación, sin tener en cuenta las realidades regionales. China, India y Pakistán, que estaban más cerca del lugar del desastre,

ya habían llegado a Nepal. En definitiva, esta decisión causó una sobrecarga para la logística y la coordinación, y saturó el aeropuerto nepalí, lo cual provocó que la llegada de los aviones franceses, belgas y neozelandeses se demorara unos días. En consecuencia, su actuación fue en vano.

### ONG y despolitización

Estas vejaciones tal vez expliquen por qué, tras el seísmo de noviembre de 2018, el Gobierno de Indonesia canalizó y limitó el despliegue de los agentes extranjeros. La autorganización de los “beneficiarios” resultó más alentadora. “Si queremos que nuestros problemas se resuelvan, debemos solucionarlos nosotros mismos. Las organizaciones internacionales solo están para echar una mano”, declaró Mohib Ullah, que organizó una huelga de las asociaciones locales en los campos de refugiados rohinyás en Bangladesh en noviembre de 2018 (12).

¿Cómo podemos hacer un llamamiento a los responsables políticos, mientras que, simultáneamente, contribuimos a la despolitización de las relaciones sociales y promovemos una eficiencia que demuestra la impotencia pública? Paralelamente, la ayuda humanitaria tiende a convertirse en el nombre oculto de todo lo relativo a la política, pues la política institucional ha optado por encubrir su identidad y ahora se sirve de este camino porque resulta más atractivo y legítimo. De esta manera, compensa su inacción (Palestina representa un caso emblemático) o, por el contrario, cataliza su acción. Parafraseando al geógrafo David Harvey, podemos hablar de privatización mediante la labor humanitaria. ¿Acaso no estamos asistiendo en los países afectados a la “oenegización” de los servicios sociales? Así pues, la ayuda internacional tiende a sustituir a los sistemas de salud pública, que siguen siendo el medio más eficiente para salvar vidas. En conclusión, lo opuesto a la política no es la ayuda humanitaria, sino otra política. ■

1. Todas las cifras provienen de “The global humanitarian assistance report 2019”, Development Initiative, 30 de septiembre de 2019.
2. “Rapport sur le bilan des actions huit mois après Mitch”, grupo Urgence Réhabilitation Développement (URD), Plaisians (France), 9 de enero de 2000; Rebecca Barber, “One size doesn’t fit all. Tailoring the international response to the national need following Vanuatu’s cyclone Pam”, Save the Children - Care - Oxfam - World Vision, Victoria (Australia), junio de 2015.
3. ACNUR, Programa Mundial de Alimentos (PMA), Unicef.
4. Cf. Ben Parker, “Six aid policy priorities to watch in 2019”, The New Humanitarian, 3 de enero de 2019.
5. “Preparatory stakeholder analysis. World Humanitarian Summit regional consultation for the Middle East and North Africa”, World Humanitarian Summit, Nueva York, 2015.
6. “Grand Bargain: field perspectives 2018”, Ground Truth Solutions, Viena, mayo de 2019.
7. “World disasters report 2004”, Federación Internacional de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja (FICR), Ginebra, 2004.
8. “The joint evaluation of emergency assistance to Rwanda, Study III. Principal findings and recommendations”, Relief and Rehabilitation Network - Overseas Development Institute, Londres, junio de 1996.
9. “Western media coverage of humanitarian disasters”, Carma International, Londres, enero de 2006.
10. Cf. Michael Barnett, *Empire of Humanity: A History of Humanitarianism*, Cornell University Press, Nueva York, 2011.
11. “Roundtable: Going local”, The New Humanitarian, 9 de abril de 2019.
12. Kaamil Ahmed, “In Bangladesh, a Rohingya strike highlights growing refugee activism”, The New Humanitarian, 27 de noviembre de 2018.

\*Político, investigador en el CETRI (Centre Tricontinental) y profesor titular en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Lieja

# Tregua política para Venezuela bajo la pandemia

por Giovanni Molano Cruz\*

En tiempos de guerra contra el Coronavirus, Venezuela confirma su dependencia externa ante apoyos y oposición a Nicolás Maduro. Pero la llegada de la peste mortífera también incrementa la fragilidad de su orden social. Con el hermano país, la región América Latina y el Caribe debe adoptar un cese de acusaciones y reclamos que contribuya a salvar vidas.

## Apoyo para enfrentar la pandemia

La explicación de los actuales bajos guarismos de contagio y fallecidos por coronavirus en Venezuela, más que originarse en un supuesto “método venezolano” (1) contra la pandemia, quizás está relacionada con que el país tiene desde 2016 un disminuido tráfico aéreo internacional originado en la salida de aerolíneas provocada por la crisis interna (2), por una parte. Por la otra, tal vez también influya el que en su frontera colombiana –la más dinámica del país– además de los cierres militarizados de los siete pasos oficiales ordenados por Caracas (agosto 2015) y Bogotá (marzo 2020), decenas de trochas y centenares de trocheros son regulados por grupos armados y delincuencia común y organizada (3).

En Venezuela el enfrentamiento de la covid-19 va de la mano con la ayuda externa para un sistema de salud que ya estaba colapsado antes de la llegada del Coronavirus (4). La pandemia se enfrenta con medicamentos, respiradores, mascarillas, insumos y dotación sanitaria que han llegado con la ampliación de la ayuda de organizaciones internacionales, y de Rusia y China particularmente. La contención del coronavirus se realiza con el apoyo de más de 22.000 médicos, enfermeros y técnicos de salud cubanos –1200 llegados recientemente– (5), que trabajan mediante la red de Misiones de Barrio Adentro, creadas por Hugo Chávez en 2003 cuando el país vivía una compleja confrontación con la oposición política y gremios empresariales; promotores, unos y otros de un golpe militar apoyado por Estados Unidos, y de un paro petrolero con fatales consecuencias para la economía.

Contra el coronavirus también ha resultado fundamental el apoyo de organizaciones no gubernamentales venezolanas que, junto con agencias multilaterales, han consolidado una presencia humanitaria nacional (6). Mientras el programa de pruebas de sangre, realizado gracias a 500.000 kits de test rápidos enviados por China (7), depende del Instituto Nacional de Higiene Rafael Rangel (Inhrr). Ubicado en Caracas, el Inhrr realiza pruebas con esputo nasal y alcanza a confirmar diariamente el diagnóstico de solo 100 pruebas por día, incluidas las muestras rápidas enviadas desde todo el país. Sin embargo, el suministro de información sobre la gestión contra el coronavirus, el contagio y los fallecidos está concentrado en el poder político.

## Vulnerabilidad ante los mercados petroleros

Para Venezuela, que cambiaba petróleo crudo por combustible importado de China, la actual crisis petrolera ha aumenta-

do las carencias económicas cotidianas y la escasez de gasolina creando un caos social regulado con despotismo (8). La pérdida de divisas por la venta de petróleo aumenta la espectacular hiperinflación (9). Además, debilita la importación subsidiada de alimentos dirigida a los más necesitados mediante dos millones de cajas de comida del Comité Local de Abastecimiento y Producción (Clap). Bajo el confinamiento la llegada de las cajas Clap ya empezó a retrasarse (10). Mientras que las protestas y saqueos por alimentos están dejando heridos (11) y aumentan la debilidad socio-económica.

La compañía rusa Rosneft –que en medio del bloqueo estadounidense era el medio de salida del crudo venezolano hacia China–, acaba de vender todos sus activos al estado ruso. Así, ciertamente, se refuerza la dependencia venezolana de la geopolítica mundial de mercados y actores petroleros. Pero el petróleo venezolano, a pesar del manido reduccionismo que tiende a colocar a Venezuela en medio de una confrontación de socialismo vs. capitalismo, está incrustado, hoy y en el futuro próximo (12), en un planeta capitalista.

## La coacción y el intervencionismo

Al igual que frente a Cuba (13), con la llegada de la pandemia ha continuado la acción imperialista de Estados Unidos contra Venezuela. El 16 de marzo, con dos casos confirmados y sin ningún fallecido por el coronavirus, Maduro estableció una cuarentena para todo el país y solicitó ayuda al Fondo Monetario Internacional (FMI) para los sistemas de detección y respuesta a la covid-19. Al día siguiente, el FMI –donde Estados Unidos siendo el mayor aportante tiene el mayor número de votos–, de manera expedita negó la solicitud (14).

Trump se opone a la ayuda médica cubana para combatir el Coronavirus (15) y con su última acusación contra Maduro ha reeditado la instrumentalización de la guerra contra las drogas en América Latina y el Caribe (16). Mientras que el plan estadounidense de “transición democrática” en Venezuela en América Latina y el Caribe solo ha sido respaldado por Iván Duque y Jair Bolsonaro.

Aunque en estos tiempos que corren, el liderazgo de Estados Unidos en el mundo es inexistente, en Venezuela continuará su beligerante intervencionismo. Empero, la injerencia estadounidense –con forma ideológica de promoción de la democracia y contenido electoral en vísperas de noviembre próximo– muy probablemente no cambiará la inestabilidad del *statu quo* político de Venezuela, pero con seguridad empeorará la vida de su población.

## Una catástrofe anunciada

Venezuela, con un PIB que ha caído en un 65 por ciento desde 2013, es el país más pobre de Suramérica. De acuerdo con Naciones Unidas (17), un tercio de la población vive en inseguridad alimentaria. Para este año, por las consecuencias planetarias del coronavirus, el PIB global caerá en un 3 por ciento y en 2021 un 8. La Cepal ha advertido que en América Latina

y el Caribe el golpe económico provocado por la covid-19 aumentará los pobres de la región en 30 millones más y llevará a una caída del 5,3 por ciento del PIB regional. En escenario, la tasa de variación del PIB en Venezuela es la más alta de toda la región: menos 18 por ciento (18).

Hasta ahora las acciones regionales hacia Venezuela han consistido en vigorosas posiciones que expresan el acuerdo de la mayoría de gobiernos de la región, para contrarrestar la deriva autoritaria del chavismo y señalar sus responsabilidades en el desbarajuste económico y social interno. No obstante, estos gobiernos no han tenido el mismo entusiasmo en responder a la inclusión social y garantía de derechos de los venezolanos que viven en sus territorios.

Venezuela, bajo la devastadora pandemia, con un frágil orden socio-económico y un inestable orden político, configura el escenario de una catástrofe para la totalidad de su población que, sin duda alguna, afectará toda la región. Por ello, es necesaria una tregua política que permita ayudarle mediante políticas bilaterales y cooperación regional.

## Cooperación y diálogo bajo la pandemia

El diálogo bilateral implica particularmente a Colombia, donde vive aproximadamente 42 por ciento del total de 4'234.786 venezolanos instalados por fuera de su país (19). Conviene que Iván Duque reformule su enfrentamiento político con su vecino, para ampliar a otras instancias de colaboración el diálogo iniciado entre los ministerios de salud. Igualmente es necesario incorporar diálogos similares, de contacto e intercambio de información sanitaria con Venezuela, en los países donde también viven cientos de miles de venezolanos: Perú, Chile, Ecuador, Brasil, Argentina, Panamá y México. Los diálogos bilaterales ayudan al intercambio de información epidemiológica, prevención de riesgos de contagio y atención de casos emergentes en flujos de movilidad humana.

Una cooperación regional, sustentada en la suma de recursos diplomáticos y científicos, involucra obtener su compromiso en la participación de una red regional de actores sanitarios para compartir experiencias y crear capacidades operativas de acción puntual. Comunicación fluida y fiable es un elemento cardinal para mitigar los demoledores impactos de la pandemia. Para ello, el espacio idóneo es la Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe (Celac).

El 30 de enero, cuando la Organización Mundial de la Salud anunciaba la situación de emergencia de salud pública internacional por la covid-19, la Celac reunió el Primer Encuentro de Especialistas para el Monitoreo del Coronavirus. Desde entonces (20), en dos ocasiones se ha reunido la red Celac de epidemiólogos y virólogos, quienes han establecido, mediante redes sociales, mecanismos de comunicación, intercambio y seguimiento del coronavirus.

Fortalecer este diálogo científico regional de la Celac con cooperación técnica, desde embajadas y cancillerías y diplomáticos acantonados en organizaciones

multilaterales regionales y universales, resulta esencial para los diálogos bilaterales de los gobiernos con Venezuela bajo la mortal pandemia. Por lo demás, también robustece la necesaria coordinación política regional para enfrentar la mayor amenaza letal de nuestra era y salvar vidas. ■

1. Ramonet I. “La Pandemia y el sistema-mundo”, *Le Monde diplomatique*, abril 2020, p.29 <https://www.eldiplo.org/wp-content/uploads/2020/04/Ramonet-pandemia-sistema-mundo.pdf>

2. Air Europa e Iberia cancelan sus vuelos a Venezuela por el riesgo para la tripulación (2020), *El Confidencial*, abril 30 de 2019 [https://www.elconfidencial.com/empresas/2019-04-30/air-iberia-cancelan-sus-vuelos-a-venezuela-por-el-riesgo-para-la-tripulacion\\_1976286/](https://www.elconfidencial.com/empresas/2019-04-30/air-iberia-cancelan-sus-vuelos-a-venezuela-por-el-riesgo-para-la-tripulacion_1976286/)

3. Ramírez Arcos H. (2020), Las masacres de las trochas, una barbarie sin control, Fundación Pares Paz & Reconciliación, marzo 31, <https://pares.com.co/2020/03/31/las-masacres-de-las-trochas-una-barbarie-sin-control/>

4. Singer F. (2020), El Colapso de Venezuela multiplica la vulnerabilidad de la población frente a la pandemia, *El País*, marzo 21, <https://elpais.com/internacional/2020-03-22/el-colapso-de-venezuela-multiplica-la-vulnerabilidad-de-la-poblacion-frente-a-la-pandemia.html>

5. Nicolás Maduro en La Pizarra (2020), Radio La Pizarra, abril 18, <https://www.youtube.com/watch?v=T7nkB4FtjAo>

6. Oficina de las Naciones Unidas para la Coordinación de Asuntos Humanitarios (2019), Venezuela 3W- Presencia Operacional Humanitaria ¿Quién hace qué, dónde? [https://reliefweb.int/sites/reliefweb.int/files/resources/20200205-ve00-info3w\\_4paper\\_es\\_v2.pdf](https://reliefweb.int/sites/reliefweb.int/files/resources/20200205-ve00-info3w_4paper_es_v2.pdf)

7. Llegó a Venezuela un equipo médico chino para afrontar el coronavirus (2020), Infobae, marzo 31 <https://www.infobae.com/america/venezuela/2020/03/31/llego-a-venezuela-un-equipo-medico-chino-para-afrontar-el-coronavirus/>

8. Bracamonte L (2020), El orden despótico de las gasolineras (2020), Aporrea, abril 18, <https://www.aporrea.org/energia/a289392.html>

9. La inflación de Venezuela en 2019 superó el 7,000% según la AN (2020), Deutsche Welle, enero 1, <https://www.dw.com/es/la-inflacion-de-venezuela-en-2019-supero-el-7000-segun-la-an/a-51991729>

10. Venezolanos cumplen estricta cuarentena por el coronavirus sin servicios, comida ni gasolina (2020), France 24, marzo 27, <https://www.france24.com/es/20200327-venezolanos-cumplen-estricta-cuarentena-sin-servicios-comida-ni-gasolina>

11. Mozo Zambrano R. (2020), Siete heridos durante protestas y saqueos en Cumanacoa, Efecto Cocuyo, abril 22 <https://efectococuyo.com/sucesos/siete-heridos-durante-protestas-y-saqueos-en-cumanacoa/>

12. Entrevista con Carlos Mendoza Pottella (2020), Observatorio de Ecología Política de Venezuela, abril 16 <http://www.ecopoliticavenezuela.org/2020/04/16/entrevista-con-carlos-mendoza-pottella-la-venezuela-petrolera-que-conocimos-en-los-ultimos-100-anos-se-acabo/>

13. Bloquean ayuda suiza de urgencia para Cuba (2020), *Swissinfo.ch*, abril 21, [https://www.swissinfo.ch/spa/politica/covid-19\\_bloquean-ayuda-suiza-de-urgencia-para-cuba/45705228#XqCun-x4zMQ.whatsapp](https://www.swissinfo.ch/spa/politica/covid-19_bloquean-ayuda-suiza-de-urgencia-para-cuba/45705228#XqCun-x4zMQ.whatsapp)

14. El FMI le negó un préstamo a Venezuela (2020), *Página 12*, marzo 19, <https://www.pagina12.com.ar/253848-el-fmi-le-nego-un-prestamo-a-venezuela>

15. Oppmann P. (2020), Países afectados por el coronavirus están pidiendo ayuda médica a Cuba ¿Por qué se opone Estados Unidos?, *CNN Mundo*, marzo 27, <https://cnnespanol.cnn.com/2020/03/27/paises-afectados-por-el-coronavirus-estan-pidiendo-ayuda-medica-a-cuba-por-que-se-opone-estados-unidos/>

16. Gómez Maseri S. (2020), Que oposición no crea que EE.UU. va a solucionar sus problemas, *El Tiempo*, abril 7, <https://www.eltiempo.com/mundo/eeuu-y-canada/entrevista-a-william-brownfield-sobre-estrategia-para-transicion-en-venezuela-481744>

17. Una de cada tres personas en Venezuela no tiene suficiente comida (2020), *Noticias ONU*, febrero 25, <https://news.un.org/es/story/2020/02/1470101>

18. Cepal (2020), *Dimensionar los efectos del covid-19 para pensar la reactivación*, Informe Especial, abril 21, [https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/45445/1/S2000286\\_es.pdf](https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/45445/1/S2000286_es.pdf)

19. R4v Refugiados y migrantes de Venezuela (2020), *Portal Operacional R4v*, <https://r4v.info/es/situations/platform>

20. Celac creó vigilancia antes del coronavirus, dice canciller de México (2020), *Prensa Latina*, enero 30, <https://www.prensa-latina.cu/index.php?o=rm&id=338646&SEO=celac-creo-vigilancia-antes-del-coronavirus-dice-canciller-de-mexico>

La reelección del secretario general de la Organización de los Estados Americanos (OEA) Luis Almagro, el pasado 20 de marzo, sugiere que el clima de guerra fría instalado en América Latina desde hace algunos años va a prolongarse. Desde su llegada a la cabeza de la organización en 2015, el ex ministro de relaciones exteriores uruguayo se ha esforzado por reconstruir la hegemonía estadounidense en la región.

## Cómo Washington controla su patio trasero

# El regreso del "Ministerio de las Colonias" americanas

por Guillaume Long\*

Creada en 1948, en pleno enfrentamiento entre los Estados Unidos y la URSS, la Organización de los Estados Americanos (OEA) constituye uno de los instrumentos de la proyección geopolítica de Washington en América Latina y los Estados del Caribe, los cuales fueron incorporándose a la organización entre los años 1960 y 1980, a medida que se independizaban. Canadá se incorporó recién en 1991 y, la mayoría de las veces, se limita a presentar una versión moderada de la línea defendida por la Casa Blanca.

La izquierda, al igual que Fidel Castro, percibe a la organización como un "Ministerio de las Colonias de Estados Unidos" (1); las élites, por su parte, le profesan una deferencia que roza lo sagrado. Un embajador latinoamericano o caribeño en la OEA es uno de los diplomáticos más importantes de su país. En cuanto al secretario general, este tiene una gran influencia en los debates políticos de los países miembro, salvo en Estados Unidos, donde tanto a la organización como su secretario general son menospreciados, incluso por las elites políticas.

Sin embargo, la sede del Consejo Permanente de la OEA es un imponente edificio de mármol –donado por Andrew Carnegie, el gran barón de la siderurgia, a la Unión Panamericana (antecesora de la OEA)–, sito a menos de un kilómetro de la Casa Blanca. A fines de los años cuarenta, Estados Unidos redefinió el sistema multilateral mundial: la Organización de las Naciones Unidas se instaló en Nueva York y la OEA en Washington. La intención de Estados Unidos era sugerir una hegemonía difusa, sin llegar al punto de dejar la sede en manos de un país periférico.

### "No seas estúpido"

En un principio, la OEA desempeñó un papel secundario, al margen de instituciones centradas en la seguridad pura y dura, como la Junta Interamericana de Defensa (JID), creada en 1942, y el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (también conocido como Pacto de Río) de 1947. Este último era un mensaje para la Unión Soviética: establecía que un ataque contra un Estado del continente sería considerado como un ataque contra todos los países signatarios.

Ahora bien, poco a poco, su prioridad se fue centrando en el desarrollo de un "mul-



Óscar Pinto Pineda, *Flor*, ilustraciones del libro "El Principito" (Cortesía del autor)

tilateralismo interamericano". Había llegado el momento de mostrarle al mundo que Washington y las élites latinoamericanas coincidían en rechazar al comunismo. En 1962, expulsaron a Cuba de la OEA mediante una resolución que precisaba que "la adhesión de cualquier miembro de la OEA al marxismo-leninismo es incompatible con el Sistema Interamericano". Sin embargo, no se apartó de la organización a ninguna de las dictaduras militares latinoamericanas, ni siquiera después de las

denuncias bien documentadas de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (Cidh) sobre las atrocidades cometidas por varios gobiernos en los años setenta.

Por otra parte, es cierto que, más de una vez, los países de América Latina y el Caribe se erigieron como mayoría opositora a las posiciones de Estados Unidos en el Consejo Permanente, como sucedió durante los conflictos marítimos que enfrentaron a Estados Unidos con Perú y Ecuador a fines de los sesenta, la Guerra de

Malvinas en 1982, o la invasión estadounidense a Panamá en 1989 y 1990. Incluso en estas instancias, Washington ignoró las resoluciones de los Estados miembro y actuó de manera unilateral.

El fin de la Guerra Fría sumergió a la OEA en una crisis existencial. La oleada democrática de los años ochenta liberó a la organización del silencio que la tutela estadounidense le había impuesto durante las dictaduras. Mientras el bloque soviético se desmoronaba, se dedicó a defender las normas y valores de la democracia liberal. La organización se reinventó y comenzó a centrarse, en particular, en la observación de los procesos electorales para asegurar su credibilidad. Esta misión, que tuvo su debut en Costa Rica en 1962, se convirtió en uno de los pilares de la nueva institución. No obstante, esa hoja de ruta no fue suficiente para ubicar a la OEA en el centro de la escena. En esa época, las preocupaciones de Washington consistían particularmente en imponer su consenso y los programas de ajuste estructural, pero el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) acapararon la atención de los latinoamericanos en esta área.

La OEA tampoco logró imponerse como árbitro de los diferendos entre los países de la región, en particular, en torno a resabios de las rivalidades fronterizas poscoloniales. La voz de la OEA no contó ni cuando se resolvió el conflicto del Canal del Beagle entre Chile y Argentina, en 1984, ni cuando se firmó la paz entre Ecuador y Perú, en 1998.

## Así, en enero de 2020, el secretario de Estado estadounidense celebró "el regreso del espíritu de la OEA de las décadas del cincuenta y sesenta."

La oleada de gobiernos de izquierda en América Latina en la década de 2000 hizo mermar en cierta medida la influencia de Estados Unidos en el sistema interamericano. En 2005, por primera vez en la historia de la organización, se eligió –y reeligió, en 2010– a un secretario general que no contaba con el apoyo de Washington. En 2009, una resolución de la Asamblea General de Ministros de Relaciones Exteriores declaró sin efecto la exclusión de Cuba. Si bien La Habana reconoció el gesto, rechazó la invitación a regresar a la organización.

Ese mismo año, la OEA sancionó el golpe de Estado contra el presidente Manuel Zelaya mediante la suspensión de Honduras en la organización –una novedad–. La reincorporación de Honduras solo se habilitó tras un acuerdo para que el ex presidente Zelaya regresara a Tegucigalpa en 2011. Los gobiernos progresistas de América Latina aprovecharon esa cohesión relativa para emanciparse de algunos aspectos del sistema intramericano. Después de México en 2001, se sucedieron las denuncias del Pacto de Río por parte de Nicaragua, Bolivia, Venezuela y Ecuador, entre 2012 y 2014.

La izquierda regional, preocupada por evitar que la OEA siguiera siendo una herramienta de Washington en la lucha contra los gobiernos de vocación antiimperialista, apostó a la articulación con el Caribe,

en particular a través del apoyo de Venezuela ese conjunto de pequeños países, proveyéndolos de petróleo a buen precio en momentos de cotización en alza. Una mayoría de los catorce votos de la Comunidad del Caribe (Caricom) en la OEA ayudó a contrarrestar los ataques de Estados Unidos en contra de Venezuela y de los gobiernos latinoamericanos de izquierda.

Sin embargo, a pesar de esos avances, el recelo de los progresistas latinoamericanos respecto de la organización se mantenía latente, ya que eran conscientes de que los cambios en el equilibrio de poder en el Consejo Permanente no modificaban de manera fundamental la estructura de la OEA y su dependencia de Washington. Lo cierto es que la mayor parte de su financiamiento proviene de Estados Unidos –hasta el 60% del presupuesto anual y el 100% del de algunos órganos–. Además, si bien la organización se compone de una burocracia mayormente latinoamericana, esta reside en Washington y demuestra una lealtad de hierro hacia la institución, que recompensa a sus empleados dotándolos de prestigio profesional.

Entonces, los gobiernos de izquierda decidieron impulsar un nuevo regionalismo. Ese contexto único favoreció la creación de la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur) en 2008. La apuesta era ambiciosa. La Unasur implicaba una integración política, económica, de defensa, etc., que iba más allá de los objetivos de otros mecanismos de integración sudamericanos y que excedía el mandato de la OEA, sobre todo –pero no únicamente– en lo que concierne los aspectos económicos y de desarrollo de la Unión. La Unasur intervino tanto en crisis políticas domésticas –Bolivia en 2008, Ecuador en 2010, Paraguay en 2012–, como en conflictos internacionales como el que tuvo lugar entre Venezuela y Colombia en 2010. La OEA quedó excluida de todas estas mediaciones e intervenciones.

Luego surgió la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac), es decir, los países del hemisferio occidental con Cuba y sin Estados Unidos ni Canadá. Este espacio se constituyó para crear un foro, menos institucionalizado que la Unasur y sin tratado constitutivo, es cierto, pero dedicado a la concertación política entre los Estados de la región y a las discusiones internacionales. También hubo varias reuniones entre Celac y la Unión Europea, Celac y China, Celac y Rusia, Celac e India, etc.

En 2015, Luis Almagro, cercano al expresidente uruguayo José “Pepe” Mujica, figura de la izquierda latinoamericana, fue elegido como secretario general de la OEA. Presentado por Mujica y con el apoyo de los gobiernos de izquierda de la región, este exministro de relaciones exteriores uruguayo prometió continuar el camino de independencia trazado por su predecesor José Miguel Insulza. Sin embargo, la oleada progresista se desinfló y Almagro se adaptó al nuevo contexto. Rápidamente se erigió como líder de una derecha en recomposición y orquestó el regreso de la OEA bajo el control de Estados Unidos... Un país que pronto estaría pilotado por un tal Donald Trump.

Almagro no tardó en interesarse por Venezuela: militó el apoyo a la oposición y se opuso a cualquier intento de negociación. Cuando el expresidente del gobierno español José Luis Rodríguez Zapatero defendió una salida política negociada para Venezuela, Almagro le respondió:

“No sea imbécil” (2). El uruguayo –al igual que Washington– decidió que la única salida posible implicaba un cambio de régimen. También aclamó todas las medidas económicas coercitivas de Estados Unidos. Cuando la administración de Trump afirmó: “todas las opciones están sobre la mesa”, sugiriendo la posibilidad de una acción militar, Almagro aprobó la amenaza y blandió el argumento de una intervención humanitaria, lo que atemorizó incluso a varios gobiernos del Grupo de Lima, una alianza constituida para aislar al gobierno de Nicolás Maduro.

Ahora bien, el entusiasmo del secretario general por la defensa de la “democracia” no se hizo extensivo a Brasil. La destitución de la presidenta Dilma Rousseff no lo conmovió más que el encarcelamiento sin pruebas del ex presidente Luis Inácio “Lula” da Silva, que lo dejó fuera de la campaña presidencial de 2018. Tampoco reaccionó ante las violaciones a los derechos humanos cometidas por el gobierno de Jovenel Moise en Haití, en el marco de las manifestaciones de 2018 y 2019. A fines de octubre de 2019, tras las mayores manifestaciones de la historia contemporánea de Ecuador y una oleada represiva inusitada, Almagro visitó el país y felicitó a Lenín Moreno por la manera en que gestionó la crisis, sin mencionar que la represión causó varias muertes. A su entender, el presidente chileno Sebastián Piñera –artífice, él también, de una violenta represión contra los movimientos sociales– “defendió con eficacia el orden público, tomando medidas especiales para garantizar los derechos humanos” (3). En cuanto a Colombia, Almagro guardó silencio

sobre las desapariciones de sindicalistas y el abandono del proceso de paz por parte del gobierno, pero le resultó alarmante la violencia de los manifestantes que rechazaban las políticas neoliberales del presidente Iván Duque.

### Regreso al año 1950

Sin embargo, su golpe maestro tuvo lugar en Bolivia, donde, en octubre de 2019, se llevaron a cabo las elecciones generales. El presidente saliente Evo Morales resultó ganador en primera vuelta con el 47,08% de los votos, frente a su principal rival Carlos Mesa, con una diferencia mayor al 10 por ciento (36,51%). Según la Constitución boliviana, cuando un candidato obtiene más del 40% de los votos en primera vuelta con una diferencia de al menos 10% con el segundo lugar, gana las elecciones. Sin embargo, la “Misión de Observación Electoral” de la OEA sembró la confusión apenas se anunciaron los primeros resultados al mencionar un “cambio de tendencia inexplicable” (comunicado de prensa del 21 de octubre de 2019) en el conteo de votos. Como lo demostraron después varios estudios estadísticos, ese “cambio de tendencia” era resultado de un conteo tardío en algunas zonas geográficas muy favorables a Evo Morales. A pesar de esto, los grandes medios clamaron fraude, la oposición se radicalizó y Morales debió exiliarse, amenazado por el ejército. Finalmente, un largo informe del Centro de Investigación en Economía y Política (Cepr, por sus siglas en inglés), con base en Washington, reveló, entre otras cosas, que la OEA nunca logró respaldar esas acusaciones de fraude (4). Al-

gunas semanas después de estos acontecimientos, el gobierno de facto de Jeanine Áñez anunció su apoyo a la reelección de Almagro, un hombre que, según la nueva ministra de relaciones exteriores Karen Longaric “desempeñó un papel fundamental en la defensa de la democracia en la región” (5).

La reelección de Almagro marca un regreso inequívoco a una Organización de los Estados Americanos favorable a Estados Unidos. Si la OEA buscaba reinventarse y ganar legitimidad como defensora de la democracia, perdió la apuesta. Bajo la dirección de Almagro, ha vuelto a ser sinónimo de “monroísmo”, en referencia a la doctrina del presidente James Monroe, de comienzos del s. XIX, según la cual América Latina constituía un “patio trasero” en el que Washington no toleraría ninguna injerencia extranjera. Así, en enero de 2020, el secretario de Estado estadounidense celebró “el regreso del espíritu de la OEA de las décadas del cincuenta y sesenta” (6). ■

1. Discurso de Fidel Castro del 4 de febrero de 1962.

2. EFE, Washington, 21 de septiembre de 2018.

3. EFE, Santiago de Chile, 9 de enero de 2020.

4. Jake Johnston y David Rosnick, “Observing the Observers: The OAS in the 2019 Bolivian Elections”, Centro de Investigación de Economía y Política, Washington, 10 de marzo de 2020.

5. Alejandra Arredondo, “Bolivia apoya reelección de Almagro en la OEA”, 23 de enero de 2020, voanoticias.com

6. Discurso en el Consejo Permanente de la OEA del 17 de enero de 2020.

\* Exministro de Relaciones Exteriores de Ecuador, senior policy analyst en el Centro de Investigación de Economía y Política (CEPR), Washington.



1. La Guyana francesa no ha firmado ningún acuerdo norteamericano.

CÉCILE MARIN

Las aguas están subiendo en Miami, como los precios de los “condominios” de lujo hechos para resistir huracanes, más altos, hacia los que se precipitan los más ricos. ¿La clásica gentrificación o la conciencia del calentamiento global? ¡No importa! En cien años, predice un promotor, “toda la ciudad estará bajo el agua!”.

## En Florida, “resiliencia” y gentrificación climática

# Los nuevos vicios de Miami

por Laura Raim\*



Óscar Pinto Pineda, *Muro*, ilustraciones del libro “El Principito” (Cortesía del autor)

En las estanterías de las tiendas de recuerdos de Miami Beach abundan unas tazas estampadas con un planisferio: si se vierte agua caliente en el interior, Florida desaparece del mapa. Aquí, ya no cabe negar la realidad. Los autobuses que cruzan Miami van rotulados con el lema “El cambio climático es real”. La prensa local trata profusamente el tema, hasta el punto de que el periódico *The Miami Herald* creó un apartado dedicado en exclusiva a este hace dos años. El

gobernador republicano de Florida, Ron DeSantis, otrora “climato-escéptico”, contrató el año pasado a científicos y asesores en “resiliencia” para preparar la península a los “impactos del cambio climático”. El nivel del mar ha subido 7 centímetros desde 1992, pero la dinámica se ha acelerado en los últimos 15 años. El agua podría subir hasta 86 centímetros de aquí a 2060. Y, por una vez, no están a salvo los millonarios que viven en mansiones frente a la playa en Miami Beach o cerca de ahí, en Fisher

Island, Star Island o en Indian Creek. Entre los potenciales refugiados climáticos de lujo está el propio presidente de Estados Unidos, cuyo club privado Mar-a-Lago, en Palm Beach, se prevé que sea anegado bajo 30 centímetros de agua, de aquí a 2050, durante 210 días al año (1).

De modo que, en Miami, el cambio climático no solo se ve como un riesgo futuro: sus consecuencias ya forman parte de la vida cotidiana. Florida, una antigua zona pantanosa que escasamente supera

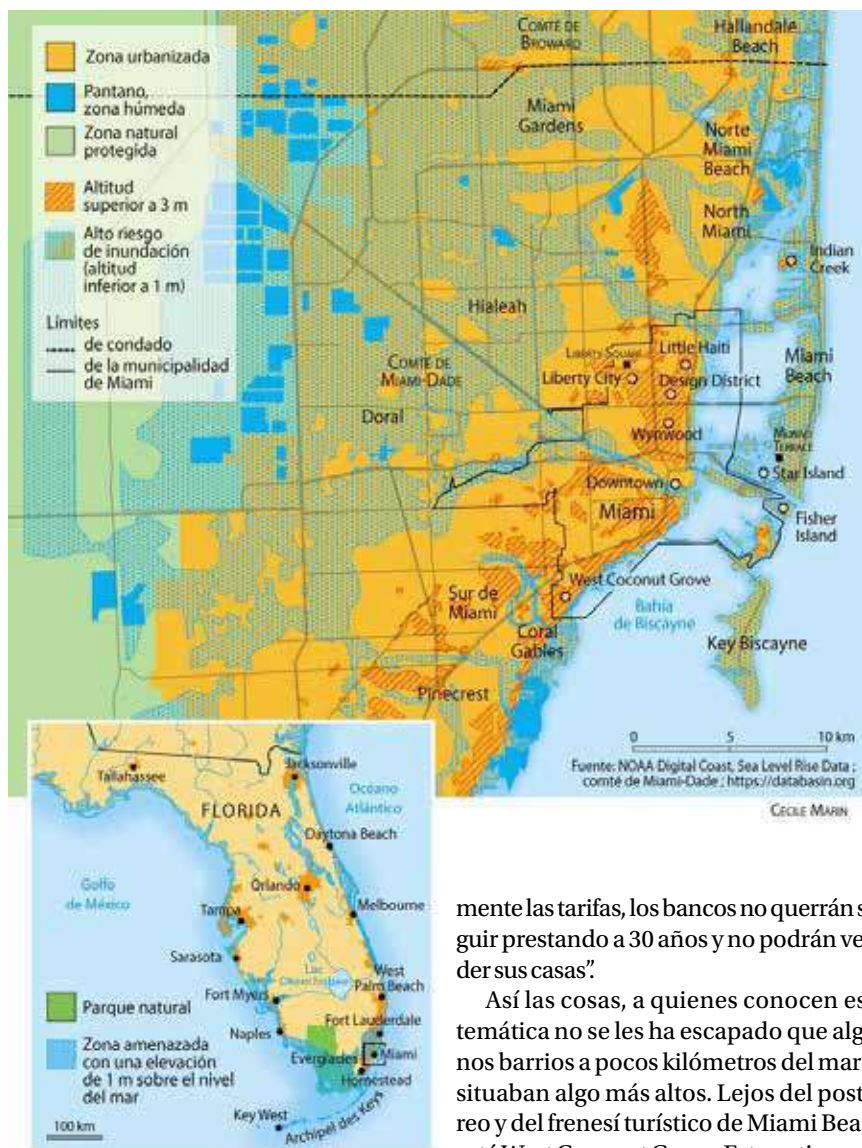
el nivel del océano Atlántico, es el estado americano más vulnerable a las inundaciones, cada vez más frecuentes. El mar sube aquí más rápido que en otros lugares y las mareas, más fuertes que antes, son especialmente destructivas durante la temporada de las king tides, las mareas gigantes de otoño. Durante estas, las tuberías de drenaje desembocan bajo el nivel del mar, por lo que el agua salada se cuela en el sistema de desagüe y, junto con las aguas residuales, refluye por las alcantarillas, sumergiendo durante días carreteras y aparcamientos subterráneos. En 2016, la foto de un pulpo varado en un estacionamiento de Miami Beach quedó grabada en la memoria de los habitantes. Este fenómeno reciente ha sido denominado “sunny day flooding” (“inundación de día soleado”) porque ocurre incluso sin que llueva. En algunas islas de los Cayos de Florida, el archipiélago que se extiende al sur de Miami, las inundaciones en 2019 duraron 90 días seguidos; un récord.

### Agua contaminada

Otra desventaja geológica: compuesto de limo poroso, el subsuelo de la región es una verdadera esponja, lo cual constituye una notable diferencia respecto a otras ciudades costeras como Nueva Orleans o Nueva York. Como consecuencia, la expansión del océano también penetra en las reservas de agua dulce de los acuíferos y en las fosas sépticas de la ciudad. Contra este fenómeno, los diques cada vez más altos levantados por el consistorio no sirven de nada. En Hallandale Beach, el agua salada ya ha contaminado cinco pozos de agua dulce. En otros lugares, amenaza con matar la vegetación intolerante a la sal, especialmente las palmeras, que proporcionan una sombra muy apreciable. Sedientos antes que mojados: ese podría ser, en otras palabras, el destino que espera a los habitantes. En cuanto a los huracanes, que regularmente barren esta región tropical, ya son más violentos y más largos debido al calentamiento de la superficie del océano. La devastación material dejada por el huracán Irma en 2017 es prueba de ello.

“Lo que se teme a corto plazo es la combinación de huracán y marea alta, como ocurrió con el huracán Sandy en 2012 – nos aclara David Letson, un economista que estudia los comportamientos de evacuación, y que reside en el pueblo de Key Biscayne, una isla al sur de Miami Beach–. Mi esposa y yo llevamos 25 años viviendo en nuestra casa y estamos empezando a preocuparnos por su valor y por el tiempo que podremos aguantar. ¡Y eso que no somos lo suficientemente ricos para estar en primera línea junto al mar! Mi vecino está considerando elevar la altura de su casa, pero resulta muy caro, por lo menos 100.000 dólares. De ahí el dilema: al invertir para proteger su casa, uno aumenta el valor de lo que expone a unas intemperies aún más poderosas, que fatalmente terminarán por llegar. Tarde o temprano, habrá que emprender la retirada”.

Philippe Stoddard, alcalde de South Miami, uno de los 34 municipios del condado de Miami, es uno de los pocos representantes electos que pronuncia las palabras “marcha voluntaria”. “Pocos líderes políticos están dispuestos a decirle la verdad a la gente –nos explica–. La renta media en Miami es de 50.000 dólares. No tenemos recursos para financiar la infraestructura que se necesitaría si se quiere adaptar la zona a la crecida del nivel de las aguas en las próximas décadas. La Agencia Federal para la Gestión de Emergen-



cias (FEMA, por sus siglas en inglés) tiene un presupuesto nacional de 125 millones de dólares. ¡Solo en mi pequeña ciudad de 13.000 habitantes, nos costaría 75 millones de dólares reemplazar las fosas sépticas defectuosas por un sistema de alcantarillado municipal! Hay que decirle a la gente que es hora de pensar en abandonar la zona, mientras aún hay tiempo para organizarse tranquilamente”.

### Zonas vulnerables

Algunos no tuvieron tiempo de prepararse. En el archipiélago de los Cayos, la destrucción causada por el huracán Irma forzó la marcha de varios centenares de personas. En teoría, la Fema ofrece comprar a sus propietarios algunas casas en zonas vulnerables, para poder declarar estas tierras no edificables y poner fin al ciclo infernal de destrucción y reconstrucción. Pero el proceso administrativo es largo, cinco años de media. Y, por encima de todo, “FEMA no tiene en absoluto dinero suficiente para comprar las casas de todos los que deberían irse”, insiste Stoddard.

El alcalde de South Miami no es el único que aboga por dejar la zona. En términos más contenidos y técnicos, el asesor en gestión de patrimonio Mark Singer insta a los clientes a “reducir su exposición”. En el pasado, explica, “ser dueño de tu casa era la inversión más segura. Pero eso ya se acabó. El calentamiento global no es cíclico como el mercado de valores, a no ser que esperes a la próxima Edad de Hielo”. Tiene un vívido recuerdo de la primera vez que vio salir agua por las alcantarillas sin que estuviera lloviendo. “Los promotores que construyen en el frente marítimo se mueven en un horizonte de 3 a 4 años, pero yo tengo una relación a largo plazo con mis clientes, que empiezan a preocuparse por la subida del nivel del agua. Tarde o temprano, las compañías de seguros aumentarán drástica-

mente las tarifas, los bancos no querrán seguir prestando a 30 años y no podrán vender sus casas”.

Así las cosas, a quienes conocen esta temática no se les ha escapado que algunos barrios a pocos kilómetros del mar se situaban algo más altos. Lejos del postre y del frenesí turístico de Miami Beach está West Coconut Grove. Esta antigua zona residencial, originalmente poblada por inmigrantes de las Bahamas, alcanza los 3 metros de altura. Tres escasos metros que lo cambian todo, especialmente si se compara con Miami Beach, donde la mayoría de los edificios apenas levantan entre 60 y 120 centímetros sobre el nivel del mar. Estas pequeñas casas de madera rectangulares y estrechas características de las construcciones antillanas, conocidas como shotgun, puede que no tengan vistas al mar, pero nunca se inundan. El reverendo Nathaniel Robinson, que oficia en la Iglesia Metodista Episcopal Africana del barrio, elogia la robustez de estas viejas casas de planta baja, capaces de resistir los huracanes. “Basta con abrir puertas y ventanas y la casa respira –explica–. El viento atraviesa la casa, no la derriba”. Y señalando una humilde y desmejorada casita blanca, presume de que “esta sobrevivió hasta al [huracán] Andrew en 1992”.

### Especulación inmobiliaria

¿Pero sobrevivirá a los promotores? “Los agentes inmobiliarios me mandan cartas y me llaman cada semana para que me anime a vender”, cuenta Thaddeusq Scott, un jardinero “semijubilado” de 63 años que vive en el barrio desde que era un niño. Hace diez años, se compró una casa por 130.000 dólares, solicitando un préstamo a 30 años. Sigue aguantando, pero se siente cada vez más solo conforme los inversores van comprando y derribando las casas vecinas para edificar imponentes residencias cuadradas y blancas de depurado estilo. Describe la aparición de un centenar de estos lujosos “terrones de azúcar” que sobresalen sobre las diminutas casas antillanas como una “amenaza”: “Estos nuevos alojamientos cuestan dos millones de dólares. No son para gente como nosotros”.

¿Se están alejando los ricos de la costa inundable para establecerse en tierras más altas en detrimento de los habitantes originales? Para describir este fenómeno,

Thaddeusq Scott no duda en hablar de “gentrificación climática”. El término está en boca de toda la prensa local desde hace un año, con la publicación de varios estudios. Según Jesse Keenan, un profesor de Harvard oriundo de Miami, el valor de las casas unifamiliares aumentó más rápido entre 1971 y 2017 en los barrios altos que en los bajos (2). Un informe de la consultora McKinsey considera además que las casas de las zonas inundables de Florida podrían perder entre el 15% y el 35% de su valor de aquí a 2050 (3).

En Little Haiti, el tema tiene muy movilizado a un grupo de activistas. Famoso por su mercado antillano y sus “botánicas” (tiendas de vudú), este barrio popular, donde viven desde los años 1970 los refugiados haitianos que huyeron de la dictadura de Jean-Claude Duvalier, se encuentra a una altura de entre 2 y 4 metros sobre el nivel del mar. “¡Para Miami, esto son las Montañas Rocosas!”, exclama divertida Caroline Lewis, fundadora de CLEO, una asociación especializada en educación sobre cuestiones climáticas. Aquí, el estandarte de la gentrificación climática se llama Magic City Innovation District. Este megaproyecto de 1000 millones de dólares implica la construcción a lo largo de 15 años de unos 20 edificios que combinan oficinas, tiendas, apartamentos, galerías, cafés y restaurantes, repartidos en un “campus peatonal” de 7 hectáreas. El sitio web oficial de este proyecto de “revitalización” elogia explícitamente la “elevación” del barrio frente a los “impactos del cambio climático” y a las “oleadas de tormenta”. A pesar de tres años de dura lucha por parte de los residentes haitianos, los promotores recibieron luz verde del consistorio el año pasado. Única concesión: querían renombrar la zona “Little River” –el nombre del barrio antes de que llegaran los haitianos–. Finalmente, aceptaron mantener “Little Haiti”. El consuelo es poco.

Marleine Bastien, directora del Family Action Network Movement, un grupo de apoyo a las familias haitianas, repite una y otra vez a los propietarios de las viviendas que no las vendan. “Los desarrolladores del proyecto les ofrecen comprar por 150.000 o 200.000 dólares las casas que ellos adquirieron a principios de los años 2000 por 40.000 dólares. Creen que están haciendo un gran negocio, pero una vez han vendido, se dan cuenta de que, por esa cantidad de dinero, ya no queda nada en Miami”. Algunos se van a vivir más lejos en el condado, a North Miami Beach, Homestead o Miami Gardens; otros terminan aún más lejos, en Fort Lauderdale, en el vecino condado de Broward, o incluso en el vecino estado de Georgia.

### Compra y venta de casas

Ante la crecida de las aguas, el Ayuntamiento de Miami considera lógico desarrollar estas zonas, que no solo son más altas, sino que también cuentan con el servicio de una de las pocas líneas de tren. “Miami se desarrolló inicialmente como un destino de vacaciones de invierno antes de convertirse en una ciudad de residencia permanente, en gran parte debido a la generalización del aire acondicionado en la década de 1960 –explica Francisco García, director de urbanismo de la ciudad (4)–. Pero el urbanismo de los inicios, basado en casas unifamiliares, ya no es viable: es necesario densificar”.

A los residentes de Liberty City –a 2,6 metros de “altura”– no les cabe duda de que son los siguientes en la lista de compras de la gentrificación climática. En es-

te barrio negro, donde la mitad de los habitantes gana menos de 20.000 dólares al año, el precio medio por metro cuadrado dio un salto del 26% en 2018. En asociación con grupos privados, la ciudad comenzó a renovar en 2017 las viviendas sociales construidas en la década de 1930 en las nueve manzanas que componen Liberty Square. Las promotoras comenzaron inmediatamente a comprar las casas unifamiliares de la zona. “Han abierto aquí una clínica veterinaria –dice con guasa Samantha Quaterman, directora de una escuela del barrio–. Cuando veamos a los blancos paseando a sus perros, sabremos que no hay nada que hacer. No conozco a nadie que tenga un perro por aquí...”

Tristemente famosa por los disturbios raciales de 1979, las bandas y el crack, a Liberty City parece que le queda todavía margen hasta llegar a esa fase de aburguesamiento: el Dunkin Donut es el único espacio de comidas del barrio y tuvo que instalar cristales antibalas para proteger a sus cajeros. Esta cadena, especializada en donuts del día aseguibles de precio, no se dirige a la misma clientela que un Starbucks Coffee, por ejemplo. Pero Quaterman ya lo ve como un signo insoslayable de aburguesamiento: “Antes era un KFC [Kentucky Fried Chicken, una popular cadena que vende pollo frito]. ¡No hay nada que hacer!”

En West Coconut Grove, en Liberty City o en Little Haiti, todos resaltan con amargura la ironía histórica de la situación: “Durante la segregación, y después con los políticos que, hasta mediados de los años 1960, prohibían que se les concedieran hipotecas a los negros fuera de determinadas zonas, estos no podían instalarse en el litoral. Y ahora que está subiendo el agua, quieren venir a vivir a nuestros barrios y echarnos fuera”, resume Caroline Lewis. Esto es lo que hace a Miami diferente de una ciudad como Nueva Orleans, donde las comunidades negras viven en las zonas bajas e inundables.

Dicho esto, no existe consenso en torno a la hipótesis de una gentrificación exclusivamente climática, ya que la especulación inmobiliaria empezó a partir de 2005, mucho antes de que se hablara tanto de cambio climático. En un contexto de explosión demográfica, esta afectó a todos los barrios por igual, incluidos los de la parte más baja. En espacio de quince años, Miami ha pasado de balneario y paraíso fiscal para jubilados amantes del golf a metrópoli global, cultural y muy cosmopolita para altos ejecutivos jóvenes del mundo de las nuevas tecnologías y las finanzas, con afición por el arte contemporáneo. Desde 2010, la población del condado de Miami ha aumentado en medio millón de personas para alcanzar los 2,8 millones de habitantes. Impulsado por una fuerte demanda extranjera, el precio de los bienes inmuebles se ha disparado. Los rascacielos de lujo han crecido como setas. Como consecuencia, muchos barrios se han aburguesado rápidamente, tanto el Downtown como Wynwood y el Design District. Entre 2011 y 2017, los alquileres aumentaron un 24 por ciento en el condado. Pero ni los salarios ni la construcción de viviendas sociales han seguido el mismo ritmo.

Mallory Kauderer, un promotor inmobiliario que lleva 25 años invirtiendo en Little Haiti, no disimula su irritación cuando sale el tema del cambio climático: “Invertimos en este barrio porque es uno de los pocos que siguen siendo aseguibles de precio. →

→ La diferencia de 3 metros de altitud es irrelevante... ¡Dentro de 100 años no habrá diferencia, la ciudad entera estará bajo el agua! El investigador Jesse Keenan, autor del estudio que pone el foco en la relación entre altitud y tasa de crecimiento del valor inmobiliario, reconoce que “en un barrio como Little Haiti, estamos probablemente ante un caso de gentrificación típico”. Y puntualiza: “Con frecuencia, la gente que se muda de Miami Beach para huir de las intemperies no se queda en Miami, sino que se marcha a otras ciudades como Orlando o Atlanta. Mi mejor amigo, por ejemplo, acaba de vender su casa en Miami Beach y se ha mudado a Denver”.

No basta pues con analizar el fenómeno a escala local. Según un estudio del demógrafo de la Universidad de Georgia Mathew Hauer (5), seis millones de habitantes de Florida tendrán que mudarse tierra adentro de aquí a finales de siglo si el agua sube 180 centímetros. Con aglomeraciones urbanas como Dallas y Houston que probablemente absorberán a gran parte de esa población, los efectos de la gentrificación climática se podrán medir a nivel nacional. En todo el país, unos 13 millones de personas podrían quedar desplazados de las ciudades costeras, principalmente de Long Island en Nueva York, Nueva Orleans en Luisiana (6), Charleston en Carolina del Sur y San Mateo en California. Si bien las Naciones Unidas alertan a menudo sobre la situación de los pequeños Estados insulares como Polinesia, las Maldivas y las algo así como 7000 islas de Filipinas, se trata de un problema acuciante en los Estados Unidos, donde podría dar lugar a un movimiento de población equiparable con la Gran Migración Afroamericana, desde el sur hacia el norte del país, a lo largo del siglo XX.

Jesse Keenan también reconoce de buen grado que no son los multimillonarios quienes abandonan sus casas de Miami Beach para instalarse en Little Haiti o en Liberty. “Les da igual si se inunda una de sus casas de veraneo de 15 millones de dólares”. En caso de huracán, estos adinerados propietarios estarán lejos de Miami en una de sus muchas residencias. “En cambio, a las clases medias sí se les hace cada vez más difícil lidiar con las inundaciones más y más frecuentes, que destrozan sus coches, encarecen sus pólizas de seguro y hacen intransitables las carreteras que los conectan con su trabajo”.

Así pues, los ricos no solo no piensan en marcharse, sino que algunos de ellos incluso siguen mudándose a la orilla, donde se construyen y venden a precios irracionales “condos” de lujo diseñados por arquitectos de prestigio. A los compradores no les duele firmar el cheque, tanto menos cuanto que solo asumen un riesgo parcial. En Estados Unidos, el seguro contra inundaciones lo cubre un sistema público, el National Flood Insurance Program (Nfip), creado en 1968, cuyas tarifas no reflejan los riesgos reales. “Soy de izquierdas, no soy un fan de los mercados, pero tratándose de los seguros, ¡me gustaría ver la mano invisible de Adam Smith empujar al alza las primas de seguro! –suelta en tono de broma Mario Ariza, periodista de Sun Sentinel y autor de un libro de próxima aparición sobre los efectos de la ‘catástrofe climática’ en Miami-. Hoy en día se socializa el riesgo aun cuando dos de cada tres casas cubiertas por este seguro público son segundas residencias de gente rica”.

## Resiliencia

¿Que está subiendo el nivel del mar? No importa, los nuevos edificios están concebidos para resistirlo. Valga el ejemplo del Monad Terrace: diseñado por el arquitecto francés Jean Nouvel, el edificio de 59 apartamentos está pensado para resistir un huracán de categoría 5 (nivel máximo). Este edificio que da a Biscayne Bay será elevado 3,5 metros y tendrá el aparcamiento en la planta baja en vez de ser subterráneo. En caso de inundación, el exceso de agua se dirigirá, para colmo de la exquisitez, a la laguna situada en el centro del complejo. A los promotores se les llena la boca con la “resiliencia” del futuro edificio, que debería estar terminado a finales de año. Eso sí, se olvidan de indicar que, para construirlo, habrá sido necesario comprar un bloque de viviendas y desalojar a sus inquilinos, los cuales, a no ser que puedan pagar entre 1,7 y 14 millones de dólares según el apartamento, no disfrutarán de los milagros de tal “resiliencia”.

## La dependencia respecto al turismo también explica, en parte, que el gobernador DeSantis tardara tanto en ordenar el confinamiento frente al coronavirus, permitiendo sin pestañear que decenas de miles de estudiantes de vacaciones se amontonaran en las playas de Florida

Resiliencia: esa es la palabra mágica. “Antes, la actitud de los promotores y de las autoridades estatales era negar la realidad del cambio climático –analiza Stephanie Wakefield, geógrafa en la Universidad Internacional de Florida-. La ‘resiliencia’ les allana el camino para hablar sobre este, ya que pueden presumir que saben cómo afrontarlo”. Este concepto, surgido en el ámbito de la física para designar la resistencia de un material a los choques, tenía ante sí un brillante futuro: importado en los años 1970 por las ciencias de la ecología para analizar la evolución y la adaptación de los ecosistemas, su uso se disparó en los años 1980 en el campo de la psicología para explicar la capacidad de superar los traumas que tienen algunas personas. Posteriormente lo adoptaron economistas, urbanistas y expertos en desarrollo, de tal forma que, desde hace unos diez años, se ha convertido en la palabra clave que salpimenta todas las políticas públicas, ya se trate de alteración del clima, desastres naturales, terrorismo, crisis financieras o epidemias. Emmanuel Macron, ante la covid-19, puso así el nombre “Resiliencia” a la operación militar lanzada el 25 de marzo para respaldar la lucha contra el virus. Stephanie Wakefield prosigue: “Es un término pernicioso que implica que es imposible cambiar los sistemas económicos existentes y detener los desastres que crean. Todos seríamos naturalmente vulnerables y tendríamos que convivir con esa realidad. Las tecno-

logías de resiliencia que sirven para gestionar el cambio climático coexisten perfectamente con las tecnologías actuales que precisamente lo generan. Lo más preocupante es que parte de la izquierda y de los activistas han hecho suyos ese vocabulario y esa visión del mundo”.

El tema de la “resiliencia” como respuesta a los desafíos climáticos debe gran parte de su éxito a la Fundación Rockefeller, cuya presidenta, Judith Rodin, escribió un libro de sugestivo título: *The resilience dividend. Being strong in a world where things go wrong* (“El dividendo de la resiliencia. Ser fuerte en un mundo donde las cosas pueden torcerse”) (7). Desde 2013, la fundación ha creado y financiado puestos de chief resilience officers (“directores ejecutivos de resiliencia”) en unas cien ciudades de todo el mundo.

Jane Gilbert es la primera mujer en desempeñar este cargo en Miami. Nos dice punto por punto las medidas que está tomando la ciudad para obligar (o más a menudo incitar) a propietarios y constructores a que realcen las plantas bajas, eleven la altura de los diques o instalen paneles solares. Lo de marcharse ni se contempla. “La gente viene aquí por la belleza del mar, no nos vamos a alejar”, argumenta. Por tanto, en lugar de “reubicación”, que es el eufemismo al uso, adaptación. En 2017, el Ayuntamiento consiguió que los residentes votaran un plan de nombre optimista, “Miami Forever” (“Miami para siempre”), que suponía una inversión de 400 millones de dólares destinados a las infraestructuras y a la vivienda del futuro. ¿De dónde consigue tal cantidad de dinero? En muchos aspectos, Florida es considerada como un paraíso fiscal, ya que el Estado no recauda impuestos sobre la renta. Frances Colon, exmiembro del Comité de Resiliencia Climática, encargada de formular recomendaciones al Ayuntamiento, aclara que “una parte considerable del presupuesto de Miami, en torno al 40 por ciento, procede del impuesto sobre bienes inmuebles. Y aquí es donde aparece lo absurdo del sistema: como el Ayuntamiento depende por completo del mercado inmobiliario y del turismo, él mismo es quien fomenta la construcción de apartamentos y hoteles de lujo con el fin de recaudar los ingresos fiscales necesarios para financiar la infraestructura que protegerá estos mismos edificios”. La dependencia respecto al turismo también explica, en parte, que el gobernador DeSantis tardara tanto en ordenar el confinamiento frente al coronavirus, permitiendo sin pestañear que decenas de miles de estudiantes de vacaciones se amontonaran en las playas de Florida hasta principios de abril, antes de marcharse a propagar el virus por todo el país (8).

## Posibles islas flotantes

Más aún que la ciudad de Miami, es el municipio de Miami Beach, más pequeño y más rico, el que se ha distinguido sobremedida por su arrollador voluntarismo en el ámbito de la “resiliencia urbana”. En 2015, anunció un plan de 400 millones de dólares que plasmaba en un nombre épico, “Rising above”, la ambición que tenía el por aquel entonces alcalde de “elevar” literalmente la ciudad por encima de la crecida de las aguas. Tras declarar el estado de emergencia climática, Philippe Levine no vaciló en saltarse los pasos habituales para emprender obras titánicas y levantar una decena de carreteras, instalar bombas gigantes (en

particular en Alton Road, donde es propietario de edificios) y realzar los diques.

Los resultados no han cumplido las expectativas. Los diques, edificados atropelladamente y sin permiso, infringían las normas sobre protección de las especies vegetales y animales silvestres y se tuvo que interrumpir su construcción. La elevación de las carreteras agravó la inundación de los edificios que quedaron encajonados más abajo. El gerente del restaurante Sardinia Enoteca cuenta las desventuras que sufrió durante la última tormenta: “Las bombas gigantes instaladas para evacuar el agua no funcionaban por el corte de suministro eléctrico. Las compañías de seguros se negaron a cubrir los daños. Debido a la elevación de las carreteras, ¡consideraban que éramos un sótano!”. El Ayuntamiento acabó añadiendo generadores eléctricos en las inmediaciones para dar solución a los cortes de electricidad y negoció con las compañías de seguros. “Las cosas han vuelto más o menos a la normalidad, exceptuando por un permanente olor a podredumbre que sube de las alcantarillas”. En cuanto a las bombas, no fueron diseñadas para filtrar el agua que vierten en la bahía de Biscayne. Como resultado, esta se halla tan infestada de bacterias fecales que varias playas ya lucen carteles que desaconsejan firmemente bañarse.

“Sea como sea, todo esto sirve para tranquilizar a las compañías de seguros y a los promotores inmobiliarios, pero solo permitirá ganar unos 30 años –considera la geógrafa Stephanie Wakefield-. Más a largo plazo, algunos ingenieros imaginan que tendremos cinco rascacielos de lujo unidos unos a otros con puentes, y a eso se le llamará las ‘islas de Florida del Sur’. Otros consideran la posibilidad de islas flotantes”.

En esta línea, Arkup comercializa, desde 2018, casas flotantes de 400 metros cuadrados, a medio camino entre el yate y la casa. “Una alternativa ecológica, responsable y resiliente”, anuncia el sitio web de esta startup francesa. Alimentadas energéticamente por paneles solares, son también autosuficientes en el abastecimiento de agua gracias a un sistema de recuperación y depuración de aguas pluviales. Diseñadas para resistir un huracán de categoría 4, el conjunto descansa sobre cuatro pilares hidráulicos. En vez que luchar contra la crecida de las aguas, ¿por qué no vivir en simbiosis con ella? La resiliencia es posible, pero tiene un precio: exactamente 5 millones de dólares. ■

1. Adam Gabbatt, How hurricanes and sea-level rise threaten Trump's Florida resorts, *The Guardian*, Londres, 9 de septiembre de 2017.

2. “Climate gentrification: from theory to empiricism in Miami-Dade County, Florida”, *Environmental Research Letters*, vol. 13, n.º 5, IOP publishing, Bristol, 23 de abril de 2018.

3. Climate risk and response: Physical hazards and socioeconomic impacts, Mc Kinsey global Institute, Nueva York, enero de 2020.

4. Léase Benoît Bréville, “El aire acondicionado al asalto del planeta”, *Le Monde diplomatique* en español, agosto de 2017.

5. “Millions projected to be at risk from sea-level rise in the continental United States”, *Nature Climate Change*, n.º 6, Londres, 2016.

6. Léase Elizabeth Rush, “Luisiana, un futuro a ras del agua”, *Le Monde Diplomatique* en español, octubre de 2015.

7. Judith Rodin, *The resilience dividend. Being strong in a world where things go wrong*, PublicAffairs, Nueva York, 2014.

8. “A shadow over the Sunshine State”, *The Economist*, Londres, 2 de abril de 2020.

Los océanos Ártico y Austral suscitan una creciente codicia. El deshielo, ya bien perceptible en verano en el Norte, podría abrir gigantescos espacios marítimos y costeros tanto a la navegación como a la explotación de recursos naturales. La evolución de las flotas nacionales de rompehielos permite hacerse una idea de la ambición real de los países que pretenden sacar partido del cambio climático en esas latitudes.

## A la conquista de los océanos polares

# Geopolítica del rompehielos

por Philippe Descamps y Sandrine Baccaro \*

U nas horas antes de su dimisión, el pasado 15 de enero, el primer ministro ruso Dmitri Medvédev firmaba un cheque por valor de 127.000 millones de rublos (1.850 millones de euros) que permitía impulsar la fabricación del mayor rompehielos jamás construido, el proyecto *Lider*. Con 200 metros de eslora, 50 metros de ancho y una potencia de 120 megavatios, este mastodonte de los mares tendrá el doble de prestaciones que cada uno de los cinco rompehielos de propulsión nuclear en servicio en el mundo (todos construidos en San Petersburgo y con Múrmansk como puerto de amarre). Antes de la entrega del primero de los tres *Lider*, prevista para 2027, la empresa estatal Rosatomflot habrá equipado otras tres embarcaciones atómicas pesadas capaces de permanecer todo el año en el océano Ártico abriendo canales en las banquisas más gruesas, el proyecto 22220. Rusia vuelve con fuerza a los océanos, con la voluntad de dar mayor peso a la ruta marítima del Norte. La Sevmorput, una vía de comunicación nacional clave en tiempos de la Unión Soviética, podría convertirse en una ruta cada vez más internacional.

Seis meses antes, el 14 de julio de 2019, la estación meteorológica canadiense de Alert, situada a 900 kilómetros del Polo Norte, registraba una temperatura de 21 grados Celsius. Ese récord superaba en 15 grados la media habitual de julio en esa base habitada, la más septentrional del planeta. De manera menos anecdótica, el último informe del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC, por sus siglas en inglés) describe un calentamiento global en el Ártico con “valores entre dos y tres veces superiores a la media terrestre”, ya estimada en un grado Celsius (1).

Consecuencias: la banquisa se reconstituye con más dificultad en invierno, tiende a una pérdida de grosor y cubre una superficie cada vez menos extensa a finales del verano. La extensión de los hielos marinos el pasado 18 de septiembre fue la segunda más débil observada desde 1979, tras la de 2012 (2). Según las proyecciones del IPCC, podemos esperar, “si el calentamiento global es de 1,5°C, un verano sin hielo marino en el Ártico cada siglo”. Esta frecuencia “aumenta al menos a un verano cada decenio si el calentamiento global es de 2°C”.

Aunque el aumento de las temperaturas es irrefutable, el futuro de la banquisa sigue siendo incierto. Por ahora, en el océano Austral, cuya superficie equivale a veinte veces la del Mediterráneo (3), el rá-

pido deshielo de los glaciares costeros paradójicamente está ayudando a la preservación de los hielos marinos que rodean el continente helado; el aumento de las precipitaciones en forma de nieve también podría compensar en parte el deshielo del grueso casquete polar (4).

### Efecto invernadero

En la superficie del océano Ártico (cinco veces la superficie del Mediterráneo), un estudio reciente insinúa que aproximadamente la mitad del calentamiento podría atribuirse a los gases que dañan la capa de ozono, la familia de los clorofluorocarbonos, que tienen un potente efecto invernadero (5). Prohibidos de manera paulatina desde el Protocolo de Montreal de 1987, deberían disiparse lentamente en los próximos cincuenta años. Con todo, los riesgos de aceleración del clima no son despreciables, ya que la reducción de las zonas marítimas y terrestres cubiertas de hielo y nieve disminuye la reflexión de la radiación solar. Esta, al ser absorbida por las tierras y los océanos, los recalienta, mientras que el deshielo del permafrost –ese suelo permanentemente helado, también bajo el mar– libera nuevos gases de efecto invernadero, sobre todo metano.

En conjunto, el hielo marino probablemente se volverá menos grueso y extenso en los próximos años. Esto no significa que en los océanos polares los barcos vayan a navegar por aguas libres. Se formarán banquisas todavía buena parte del año. De ahí

la paradoja: cuanto más se funde el hielo marino, mayor es la demanda de rompehielos, como se puede apreciar desde mediados de la década del 2000. Estos buques seguirán siendo indispensables para el desarrollo de las rutas polares, que presentan la ventaja de recortar la distancia entre numerosos puertos del Pacífico y el Atlántico. Por ejemplo, el viaje de Róterdam a Yokohama por el Canal de Suez es de 20.700 kilómetros y de solo 12.700 kilómetros por la ruta del Norte (6). Entre Nueva York y Shanghái, la distancia marítima es de 19.600 kilómetros por Panamá y de 14.500 por el norte de Canadá.

### Nuevos apetitos

Transportando turistas por el Polo Norte bajo el sol de medianoche en verano, o cubiertos por la escarcha en la noche polar bajo temperaturas que pueden rozar los 50 grados bajo cero, estos barcos de asistencia nunca habían surcado tanto los océanos. La única flota atómica rusa abrió la ruta a 510 barcos en 2019, frente a los 400 de media de los dos años precedentes. Aunque todos los barcos que surcan los mares fríos han de tener un casco reforzado, la Asociación Internacional de Sociedades de Clasificación designa como “rompehielos” aquellos cuya masa, perfil y potencia les permiten franquear una banquisa de al menos setenta centímetros de espesor. Las naves más pesadas pueden vencer a pequeña velocidad hielos de varios años, que pueden ser de más

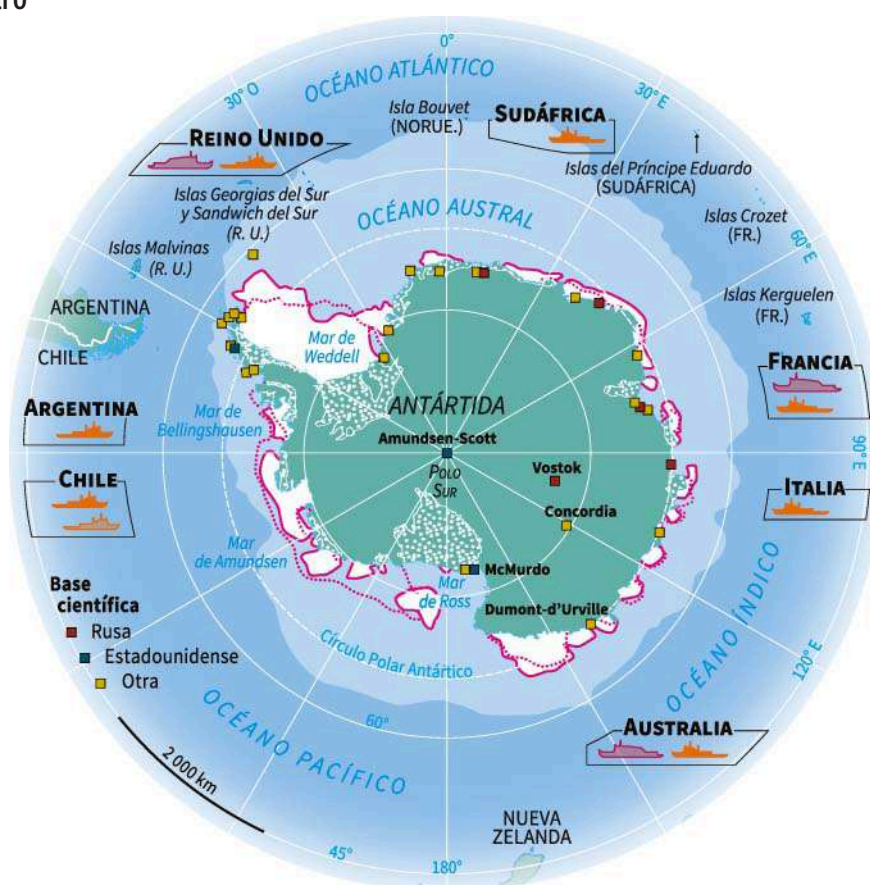
de 4 metros, y crestas de compresión entre dos placas de hielo de más de diez metros. Al posibilitar la navegación y el comercio marítimo en las regiones frías, esos buques cumplen en primer lugar una función utilitaria en la desembocadura del San Lorenzo, de los mares Báltico, Blanco y de Ojotsk... Pero también son barcos de soberanía marítima en regiones polares que están despertando nuevos apetitos.

En la Antártida, el tratado de 1961 congeló los reclamos territoriales autorizando solo actividades pacíficas con fines científicos. Una treintena de naciones mantienen bases científicas para entender la evolución del clima y las principales corrientes oceánicas globales que nacen en esas aguas. Sin duda, muchos también toman posiciones ante la posibilidad de tener acceso algún día a los recursos naturales.

En las aguas internacionales del Ártico, Rusia, Noruega y Dinamarca han reclamado la ampliación de sus zonas económicas exclusivas en la plataforma continental (Canadá pronto concretará sus reivindicaciones). Sin duda, el reparto de ciertas zonas y, en particular, de la dorsal de Lomonósov será objeto de ásperos debates legales y políticos. Estas reivindicaciones tienen por marco la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar, que entró en vigor en 1994 y que aún no ha sido ratificada por Estados Unidos. El reconocimiento de nuevos derechos de explotación de los recursos del subsuelo marino y las aguas no tiene, en principio, consecuencias directas sobre la navegación, que permanece libre en alta mar. No obstante, canadienses y rusos se muestran de acuerdo en definir una “línea de base” que incluye los estrechos principales de sus aguas interiores, históricas, con plena soberanía. Estados Unidos, que se presenta como un adalid de la libertad de navegación, cuestiona esa visión y considera esos pasos estrechos internacionales (7) que no pertenecen a nadie. Los canadienses y los rusos también se basan en la “cláusula ártica” de esta Convención, que se refiere a los riesgos de contaminación y la preservación del medio ambiente (8), para negar el paso a los buques que la incumplan. Desde el año pasado, cualquier barco que desee tomar la ruta del Norte debe notificárselo a las autoridades rusas con al menos 45 días de antelación; estas imponen la presencia de un piloto a bordo o incluso de una escolta de rompehielos cuando entienden que la situación así lo requiere.

### Movilizaciones militares

En un creciente clima de desconfianza, el Ártico no se libra de las reclamaciones de soberanía. En agosto de 2007, en el Polo Norte, un submarino ruso se sumergió en picado hasta los 4.261 metros de profundidad para plantar una bandera blanca, azul y roja de titanio inoxidable. Los MiG [cazas rusos] sobrevuelan con regularidad el cielo del Polo Norte. La isla Kotelnny, abandonada en 1993, acoge una nueva base, mientras que la de Nagurskoye, en la Tierra de Francisco José, ha sido ampliada. En septiembre de 2018, en el Extremo Oriente ruso, las mayores maniobras de la historia postsoviética movilizaron a 300.000 militares, incluidos los de la flota del Norte; China y Mongolia también participaron. Por su parte, en octubre de 2018, Estados Unidos movilizó a 50.000 soldados junto a sus aliados de la Organización del Tratado del Atlántico Norte en el norte de Noruega para organizar la operación “Trident Juncture”. Por último, el pasado 18 de agosto, al proponer →





la compra de Groenlandia, el presidente Trump reflejaba, con su vulgaridad habitual, un interés creciente y ampliamente compartido por los potenciales recursos minerales de la región.

El peso de Rusia en la flota mundial se explica en primer lugar por la historia, la geología y el clima. Los vientos y las corrientes oceánicas, especialmente las cálidas aguas de la corriente del Atlántico Norte, tienden a abrir con más regularidad el paso del Nordeste, frente a las costas de Siberia. En medio del laberinto de las islas boreales de Canadá, el paso del Noroeste seguirá siendo difícil de atravesar durante mucho tiempo. De hecho, conoció varios dramas antes del éxito del noruego Roald Amundsen (entre 1903 y 1906), y hasta la década de 2000 fue una ruta rara vez utilizada. Por el contrario, la ruta marítima del Norte fue recorrida de cabo a rabo (desde Noruega hasta el estrecho de Bering) en 1878 y 1879 por el sueco Otto Nordenskjöld. Muchas epopeyas soviéticas –y varios accidentes– tuvieron por marco la Sevmorput, un frente pionero en la potenciación de la parte asiática del país. En 1932, el rompehielos *Sibiriakov* efectuó el primer trayecto en una sola temporada entre Arcángel y Yokohama (Japón). A partir de mediados de los años 1930, la costa norte pasó a ser frecuentada con regularidad en verano. La ruta marítima Este-Oeste completaba las rutas fluviales Sur-Norte de los grandes ríos siberianos, Obi, Yeniseí, Lena y Kolimá, también libres de hielo en verano. Para garantizar la explotación de los recursos minerales de Siberia y el Extremo Oriente, un primer rompehielos atómico,

el Lenin, con una autonomía sin parangón de varios meses, se hizo a la mar en 1959, permaneciendo en activo hasta 1989. El 14 de agosto de 1977, uno de sus sucesores, el *Arktika*, se convirtió en el primer barco de superficie en llegar al polo norte. Al año siguiente, la parte occidental estuvo abierta todo el año hasta Dikson, cerca de la desembocadura del Yeniseí. "A principios de los años 1970, la URSS tenía 138 buques de carga de clase hielo en el Ártico –señala el historiador Pierre Thorez–. Al final del periodo soviético [esa cifra] rondaba los 350, a los que se añadían 16 rompehielos de larga distancia, 8 de ellos de propulsión nuclear" (9).

### Explotación de gas

El tráfico también alcanzó su punto máximo a finales de la década de los 1980 con 7 millones de toneladas, principalmente de carbón, petróleo, madera y minerales. Se derrumbó tras la caída de la URSS hasta un nivel mínimo de 1,5 millones de toneladas en 1998. El número de habitantes de estas regiones inhóspitas disminuyó en paralelo a esa caída vertiginosa. La "doctrina marítima" presentada en 2001 por el presidente Vladímir Putin ha buscado revertir esa evolución. Tras una lenta recuperación, el volumen de bienes transportados superó el nivel de 1989 en 2017, para finalmente llegar a casi 20 millones de toneladas en 2018 y más de 31 millones de toneladas en 2019 (10). Este brusco aumento se explica sobre todo por la explotación del gigantesco depósito gasístico de la península de Yamal, en el delta del Obi. Unos quince metaneros de clase "hielo" acababan de entrar en funcionamiento pa-

ra transportar ese gas licuado al norte de Europa y Asia. El desarrollo de este importante recurso (11) solo ha sido posible gracias a la ayuda técnica y financiera de occidentales y chinos. La empresa conjunta Yamal LNG, que explota el parque y arma los barcos, tiene como accionistas a la francesa Total (20% de acciones), PetroChina (20%) y el Fondo de la Ruta de la Seda, un fondo soberano chino (9,9%). Sin embargo, la mayoría del capital (50,1%) permanece bajo el control de la empresa rusa Novatek.

Regularmente, se anuncian inversiones masivas: renovación o ampliación de puertos, aeropuertos, líneas ferroviarias, etc. Los rompehielos ocupan un lugar destacado con los proyectos *Lider* y *22220*. Se espera que el nuevo *Arktika*, el *Ural* y el *Sibirzarp* en 2020, 2021 y 2022, respectivamente. Además de su inigualable potencia, su original diseño les permite ajustar el calado con ayuda de lastres de manera que pueden circular por los estuarios de ríos de aguas menos profundas. Después del lanzamiento de un plan de desarrollo de la ruta marítima del Norte a finales de 2019, el nuevo primer ministro Mijaíl Mishustin anunció el pasado 30 de enero la aprobación de una ley para alentar fiscalmente las inversiones más allá del círculo polar. El objetivo declarado es de más de 200.000 millones de euros de aquí a 2030 (12), con la ambición de alcanzar un tráfico de 80 millones de toneladas en 2024 y el doble una década más tarde. Un plan muy audaz, dado que, actualmente, la Sevmorput "solo es interesante para el tráfico a granel vinculado a la explotación de hidrocarburos y minerales", especifica Hervé Baudu,

profesor de Ciencias Náuticas en la Escuela Nacional Superior Marítima de Marsella (13). Aunque el periplo del buque portacontenedores *Vanta Maersk*, cargado con pescado ruso y componentes electrónicos coreanos, fue objeto de una amplia cobertura mediática en septiembre de 2018, la mayor parte de los intercambios comerciales están vinculados al transporte de materias primas entre Rusia y el extranjero, o entre puertos rusos. El tráfico de mercancías sigue siendo insignificante, con menos de treinta barcos al año en los últimos tres años. En volumen, esto equivale a menos del 3% del tráfico de la ruta del Norte y es tres mil veces inferior al tránsito del Canal de Suez.

Al otro lado del océano Ártico no se divisa ningún plan de desarrollo de importancia a medio plazo: "Canadá, al igual que Estados Unidos, tiene dificultades para encontrar la financiación y la ambición política necesarias para desarrollar una flota de rompehielos a la altura de sus pretensiones marítimas", analiza Hervé Baudu (14). La flota canadiense comprende unos quince buques, pero el único considerado "pesado", el *Louis Saint-Laurent*, navega desde 1969, con, como misión, la investigación científica y el aprovisionamiento de las comunidades inuit. Sin la autonomía suficiente ni la infraestructura para permanecer de manera continuada en el océano Ártico, no resiste la comparación con los buques rusos. La incapacidad de este gran país del norte para asegurar su soberanía en los mares helados es objeto de regulares alertas en el Parlamento o la prensa. En agosto de 2008, el primer ministro Stephen Harper, de visita en Inuvik, anunciaba la

construcción, con vistas a 2017, de un poderoso buque, el *John Diefenbaker*. Según las últimas noticias, todavía no se ha conseguido el presupuesto de 1.300 millones de dólares canadienses (900 millones de euros)... Se ha concedido prioridad a buques más modestos para el mantenimiento de la vía marítima del San Lorenzo. En invierno, la retirada del hielo desde el Lago Superior hasta las islas del Atlántico moviliza numerosos rompehielos ligeros. Inaugurada en 1959, esta sucesión de esclusas gigantes y canales tiene una importancia económica mucho mayor que la de las regiones árticas. Aunque a la baja desde los años 1970, el tráfico en la parte fluvial todavía movió 41 millones de toneladas en 2018.

### Incidente diplomático

Aunque Canadá y Estados Unidos cooperan en los Grandes Lagos, la libertad de circulación constituye un motivo de fricción. En 1969, tras el descubrimiento de petróleo en Alaska, Washington probó la navegabilidad de la ruta con el Manhattan, un petrolero de casco reforzado de 300 metros de eslora y 100.000 toneladas de desplazamiento. Al año siguiente, Ottawa aprobó una ley para la prevención de la contaminación en el Ártico que fijó los estándares que debían cumplir los barcos que transitaran por esas aguas. En 1985, casi se produjo un incidente diplomático cuando el Polar Sea, un rompehielos pesado de la guardia costera de Estados Unidos (actualmente fuera de servicio), recorrió la ruta. Incapaz de interceptarlo, Canadá autorizó su paso, pero tomó conciencia de la debilidad de su flota. En 1987, ante la proliferación de las incursiones de sumergibles extranjeros, el Ministerio de Defensa también proyectó comprar un submarino nuclear de ataque a Francia o Gran Bretaña. Al año siguiente, un tratado comprometía a Washington “a que todos los desplazamientos de los rompehielos estadounidenses tanto en las aguas reivindicadas por Canadá como en sus aguas interiores se realicen con el consentimiento del Gobierno de Canadá” (15). Pero el texto especificaba que “nada en el presente acuerdo de cooperación entre socios y vecinos” afectaba a las respectivas posturas “sobre el Derecho del Mar en esta zona o cualquier zona marítima”. La compra de un submarino no se hizo efectiva, como tampoco, en 2007, la anunciada construcción de un puerto de aguas profundas en Nanisivik para facilitar el patrullaje de la guardia costera en la zona. En total, solo se prevé la inauguración de un puesto de abastecimiento al norte de la isla de Baffin el próximo verano.

### Irrumpe China

La flota estadounidense todavía está en peores condiciones que la de su vecino. El buque más poderoso, el Polar Star, ¡se hizo a la mar hace 44 años! Su propulsión mitad diésel mitad gas no permite la misma autonomía que los motores atómicos. Botado en 1999 con fines de investigación científica, el Healy fue el primer buque de superficie estadounidense en alcanzar el polo norte, en 2015, treinta y ocho años después que los rusos. Pero, el pasado febrero, el comandante de la guardia costera revelaba que ese barco navegaba por el Ártico “sin comunicaciones fiables durante gran parte de su patrullaje de varios meses” por falta de estaciones terrestres y de una buena cobertura satelital en esas latitudes (16). No obstante, el almirante Karl Schultz se mostraba optimista al declarar que la financiación de tres nuevos rompehielos pesados, capaces de surcar

el océano Ártico en cualquier estación y esperados desde hacía lustros, iba por buen camino. Pero solo hay uno previsto en el presupuesto, y este todavía no ha sido aprobado por el Congreso...

La irrupción de China en el escenario ártico no puso fin a esos retrasos. No obstante, el ataque el 14 de agosto de 1999 del *Xue Long* (Dragón de las nieves), un rompehielos comprado por Pekín a Ucrania, causó cierto revuelo en el pequeño puerto de Tuktoyaktuk, una aldea inuit de los Territorios del Noroeste. Aunque prevenida, la Administración canadiense no había transmitido correctamente la información (17). En cambio, cuando el *Xue Long* recorrió el paso del Nordeste, en el verano de 2012, estuvo acompañado por el Vaygach, uno de los buques rusos de propulsión nuclear... El pasado septiembre, el *Xue Long II*, fabricado en Shanghái, amplió esa flota. Aunque presentado como un barco de vocación científica, encarna el proyecto de la “Ruta polar de la seda” anunciado por China en su libro blanco sobre el Ártico en enero de 2018. El mayor importador mundial de materias primas manifiesta un interés creciente por los recursos de hidrocarburos de Rusia, así como por el potencial minero de Canadá, Groenlandia e Islandia. Pekín puso varios proyectos de barcos sobre la mesa y, en junio de 2018, la Corporación Nuclear Nacional de China lanzó una licitación pública para la construcción de un rompehielos atómico de 30.000 toneladas (18), que solo tendrá equivalente en Rusia. El buque también debería ser un banco de pruebas para la construcción de un portaaviones de propulsión nuclear, un ámbito en el que Estados Unidos mantiene una clara ventaja con once buques (solo hay uno más en el mundo, el portaaviones francés *Charles-de-Gaulle*).

### Planes europeos

Por su parte, la Unión Europea anunció en 2002 un ambicioso plan para las regiones polares con el proyecto *Aurora Borealis*, el “mayor rompehielos de todos los tiempos”. Dieciocho años después, el proyecto no ha avanzado un milímetro... Otros países tienen ambiciones mucho más modestas. Es el caso de los países del golfo de Finlandia y Botnia (Suecia, Finlandia, Estonia), cubiertos de hielo poco espeso en invierno. Noruega y Dinamarca también necesitan barcos de asistencia para sus respectivos territorios de Svalbard y Groenlandia. La mayoría de los demás barcos tienen por misión la investigación y la comunicación con el continente antártico, como los recientes buques de Chile, Sudáfrica y Australia. Frente al continente helado también

se cruzan con regularidad el único barco argentino y sus homólogos llegados de Europa (Italia, España, Alemania, Reino Unido) o Asia (Japón, Corea del Sur, India). Por el momento, Francia cuenta con un único rompehielos, el *Astrolabe*, que desde 2017 garantiza la comunicación y el abastecimiento de las posesiones francesas del océano Índico (islas Kerguelen, San Pablo, archipiélago de las Crozet), así como de las bases polares de Dumont d’Urville y Concordia. No obstante, los turistas pueden reservar su futuro crucero en el *Commandant Charcot*. Este buque de 150 metros de eslora, propulsado por turbinas de gas y motores eléctricos, podrá transportar 270 pasajeros al Gran Norte en verano y al Gran Sur en invierno. Este barco debería estar construido en 2021 (en Rumanía y luego en Noruega), pero la compañía Ponant ya “imagina el viaje del mañana” con “un discreto lujo a la francesa”.

### Amenazas al ecosistema

En un célebre discurso pronunciado en Múrmansk el 1 de octubre de 1987, el último secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética, Mijaíl Gorbachov, propuso una vía pacífica de cooperación en el Gran Norte basada en la confianza mutua. Según Gorbachov, la seguridad no podía garantizarse solo con medios militares y las armas nucleares debían prohibirse en la región. La creación del Consejo Ártico en 1996, con el propósito de proteger un medio ambiente particularmente frágil, respondía en parte a esa visión. Foro de discusión de todos los países con tierras al norte del Círculo Polar Ártico, se abrió posteriormente a las comunidades indígenas y a los grandes países europeos y asiáticos, en calidad de observadores.

A pesar de las tensiones que a veces lo animan, Noruega y Rusia mostraron el camino al firmar en abril de 2010 un acuerdo sobre el reparto de áreas en disputa en el mar de Barents. El Consejo Ártico ha hecho posibles varios acuerdos importantes, entre ellos, en 2013, el relativo a la búsqueda y rescate de barcos y aeronaves. Otro ejemplo es el acuerdo internacional que prohibió toda actividad de pesca comercial en alta mar en el océano Ártico Central, desde el 15 de marzo de 2019 y al menos durante los siguientes 16 años. Obliga a los signatarios de toda la región (países ribereños más la Unión Europea, China y Japón) a participar en un programa conjunto de vigilancia e investigación para determinar si algún día será posible una pesca sostenible. Pero todavía estamos lejos de un tratado sobre el Ártico equivalente al de la Antártida. Las grandes amenazas que pesan sobre el ecosistema



justificarían por sí solas un espacio de mediación. El último Consejo Ártico, que se celebró en Finlandia en mayo de 2019, no siguió ese camino. La reunión no pudo concluir con una declaración conjunta: Estados Unidos se negó a que el calentamiento global se calificara de “amenaza grave” para la región y se mostró muy suspicaz frente a la presencia china.

El deshielo del polo, en la convergencia de los puntos de referencia cardinales, revive un viejo sueño del Renacimiento: el acercamiento entre Oriente y Occidente, simbolizado en la proyección polar del mundo que figura en la bandera de las Naciones Unidas. Desde un punto de vista práctico, muchos obstáculos seguirán dificultando el desarrollo de estas rutas: pocos puertos de refugio, estrechos poco profundos, hidrografía incompleta, ayudas a la navegación imprecisas en estas latitudes, protección del cargamento y el material contra el frío, gastos de escolta y de seguro... En ese contexto, la adquisición de una costosa flota de rompehielos eficientes es una apuesta de futuro. China busca sobre todo diversificar sus rutas comerciales y su suministro energético. Es una prioridad nacional para Rusia, que persigue asegurar la exportación de sus materias primas. En camino de convertirse en el principal productor mundial de gas, ahora compite directamente con Estados Unidos en este mercado, a la vez que le disputa la hegemonía marítima, al menos en los mares fríos. ■

1. “Informe especial del IPCC sobre los impactos del calentamiento global de 1,5 °C con respecto a los niveles preindustriales”, Organización Meteorológica Mundial, Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, 2019.

2. Arctic report card 2019, Servicio Nacional de Meteorología de Estados Unidos.

3. Por convención, el océano Antártico abarca todas las aguas al sur del paralelo 60° Sur, es decir, una superficie de 20 millones de km<sup>2</sup>, frente a los 12 millones de km<sup>2</sup> del océano Ártico.

4. Cf. “L’Antarctique, un équilibre fragile”, Météo France, 2020.

5. L. Polvani (col.) “Substantial twentieth-century Arctic warming caused by ozone-depleting substances”, *Nature Climate Change*, n.º 10, febrero de 2020.

6. Distancias calculadas en el portal Aquaplot

7. Hélène de Poeter, *L’emprise des États côtiers sur l’Arctique*, ed. Pedone, París, 2009.

8. Artículo 234 sobre las “zonas cubiertas por el hielo” de la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar (PDF).

9. Pierre Thorez, “La Route maritime du Nord. Les promesses d’une seconde vie”, *Le Courrier des pays de l’Est*, n.º 1066, marzo-abril de 2008.

10. “NSR Shipping traffic-transits in 2019”, Centre for High North Logistics.

11. Véase “La conquista del Gran Norte”, *Le Monde diplomatique en español*, julio de 2016.

12. Atle Staalesen, “Moscow outlines a €210 billion incentive plan for Arctic oil”, *The Independent Barents Observer*, 5 de febrero de 2020.

13. Hervé Baudu, “La Route maritime du Nord, réalité et perspectives”, *Regards géopolitiques*, n.º 5, otoño de 2019, Conseil Québécois d’Études Géopolitiques, Universidad de Laval, Quebec.

14. Hervé Baudu, “La Flotte mondiale de navires brise-glaces”, *Regards géopolitiques*, n.º 4, invierno de 2018.

15. “Accord entre le gouvernement du Canada et le gouvernement des États-Unis d’Amérique sur la coopération dans l’Arctique”, 11 de enero de 1988.

16. “U.S. Coast Guard announces plans for a third heavy icebreaker”, *Arctic Today*, Anchorage, 21 de febrero de 2020.

17. Sébastien Pelletier y Frédéric Lasserre, “Intérêt de la Chine pour l’Arctique: analyse de l’incident entourant le passage du brise-glaces Xue Long en 1999 à Tuktoyaktuk, Territoires du Nord-Ouest”, *Monde chinois*, 2015.

18. “Why is China building a 30,000-ton nuclear-powered icebreaker?”, *China Military online* (publicación digital del Ejército Popular de Liberación), 2 de julio de 2018.

Los Estados y las multinacionales digitales suelen presentarse como adversarios: los primeros se esfuerzan por regular a las empresas, mientras que estos se burlan de las leyes. Sin embargo, cuando se trata de vigilar y censurar internet, su relación se vuelve simbiótica. Esta alianza entre el poder público y el capitalismo informacional no nació ayer.

## La alianza entre los gobiernos y los gigantes de Silicon Valley

# Las dos caras de la censura

por Félix Tréguer\*

El 12 de noviembre de 2018, en París, la amplia sala de conferencias de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco), fue el escenario del Foro para la Gobernanza de Internet. Emmanuel Macron se dirigió al atril con entusiasmo. Decidido a plantarse con firmeza en el papel de defensor de la democracia liberal frente a los populismos “iliberales”, el joven presidente francés se veía muy cómodo ante esa audiencia internacional que asistía a su exposición sobre los grandes desafíos de la tecnología digital. Como era de esperar, su discurso hizo referencia a dos modelos de regulación de internet, sin dar razón a ninguno: por un lado, el “internet californiano”, libertario, “gestionado por actores privados fuertes, dominantes, mundiales” y reacios a cualquier control estatal; por el otro lado, el “internet chino”, “cerrado y completamente vigilado” por “Estados fuertes y autoritarios”. El rechazo que generan ambas opciones le permitió señalar un tercer camino, en el que “la totalidad de los actores de internet” – “sociedades civiles, actores privados, ONG, intelectuales, periodistas, gobiernos” – consigue elaborar una “regulación cooperativa común”.

Detrás del mito agotado de la “gobernanza multiactores” de internet, y a pesar de las clásicas referencias a la “sociedad civil”, el presidente francés impulsó un proyecto que, desde su punto de vista, permitiría articular lo mejor de ambos mundos: un capitalismo de vigilancia sin control (1) con la mano de hierro del Estado. A falta de figuras nacionales del mundo digital –de las que China y Rusia pueden alardear en el armado de sus políticas de control de internet–, los países europeos deben negociar con un puñado de empresas estadounidenses que caracolean a la cabeza de las capitalizaciones bursátiles mundiales. Más allá de las legislaciones –adoptadas o prometidas– destinadas a poner coto a las derivas de las plataformas (abuso de posición dominante, invasión de la intimidad, fake news, etc.), lo cierto es que el aparente conflicto entre los Estados y las multinacionales de la tecnología enmascara una creciente interdependencia.

### Una constante histórica

La historia de la vigilancia y la censura de las comunicaciones es clave para entender esta situación. Más allá de la coyuntura neoliberal, las lógicas de cooptación entre los poderes públicos y las empresas privadas de los medios de comunicación



Óscar Pinto Pineda, *Avión*, ilustraciones del libro “El Principito” (Cortesía del autor)

son una constante en la historia de los medios. Estas alianzas permiten reestablecer un control eficaz sobre la circulación de las ideas, frente a las crisis causadas por las rupturas tecnológicas y los sobresaltos políticos.

Ya en el siglo XVI, mientras que el desarrollo de la imprenta contribuía a democratizar el acceso a los libros y a propagar doctrinas políticas y religiosas transgresoras, el Estado recurría a las asociaciones con el ámbito privado para cerrar la brecha contestataria. En 1539, Francisco I de Francia definió las condiciones de ejercicio de la profesión de impresor y librero en París y Lyon, los principales centros editores.

También instituyó cámaras sindicales que funcionaban como interlocutoras con el Estado por la totalidad del sector. En 1618, se creó una cámara sindical única para los oficios del libro, dotada de poderes policiales: sus representantes visitaban imprentas y librerías, controlaban la aplicación de la norma, etc. Para debilitar a la competencia, las librerías parisinas reclamaron el monopolio perpetuo de la edición de los libros. El cardenal Richelieu accedió a la mayoría de sus demandas, pero, en contrapartida, debieron resignar la tarea de control policial y cumplir con varios criterios de probidad.

Con algunas modificaciones, en particular a favor de los libreros del interior,

esta política permitió que una treintena de imprentas-librerías controlaran, bien que mal, la producción y distribución de los libros en el reino. Al igual que lo que sucede en la actualidad con los gigantes de la tecnología, esta centralización de la economía le permitió al Estado reducir la cantidad de intermediarios que debía controlar y así recortar los “costos de transacción” vinculados con la censura.

Tras el periodo de libertad de expresión sin precedentes que se dio durante la Revolución Francesa, el Imperio napoleónico aniquiló los periódicos independientes y redujo estrepitosamente el número de imprentas y títulos. Sin embargo, a partir de la década de 1830, en un contexto menos severo, que anunciaba la ley de 1881 sobre la libertad de prensa, el poder toleró el ascenso de una prensa popular de gran tirada. ¿Esto debe interpretarse como una concesión sincera al ideal de libertad o como una profundización de una asociación eficaz entre el poder político y las industrias de la prensa? Más allá de las oleadas represivas que azotaron a las publicaciones contestatarias, en particular las socialistas, parecería que lo que hizo posible esa liberalización, en un sector que avanzaba hacia una concentración económica cada vez mayor, fueron las garantías provistas por el sector empresario.

Las innovaciones en las técnicas de impresión, la aparición de la prensa “barata” financiada por la publicidad, así como los progresos en alfabetización suscitaron una batalla por la audiencia que favoreció el paso de una prensa de opinión política a una prensa de información y divertimento. Este proceso implicó lazos cada vez más estrechos entre las empresas de prensa y la autoridad reguladora. Por esto mismo, las concesiones a las libertades públicas, cristalizadas en la ley de 1881, que consagró la protección judicial de la libertad de expresión al poner fin a la censura previa, deben medirse con la vara del movimiento de despolitización iniciado por el ingreso en la era de los medios de comunicación de masas. Más que la conquista heroica de una prensa independiente del poder político –según el relato oficial vigente en la historia de los medios–, la ley de 1881 traducía la toma de conciencia del poder de que su control resultaba mucho más eficaz cuando trabajaba junto con el liberalismo. En definitiva, cuando el filo de la ley cedía el paso a las disciplinas del capitalismo informacional. No por nada el legislador de la III República tuvo el cuidado de cubrirse la espalda con disposiciones destinadas a reprimir ciertas críticas a la autoridad.

Otras alianzas similares garantizaron que, desde 1860, el Estado dispusiera del control de las primeras redes privadas de telecomunicaciones. Hacia fines del siglo XX, cuando la era de los monopolios estatales de los medios hertzianos llegó a su fin, los procesos de privatización devolvieron su atractivo a estas connivencias. Una vez más, el espacio mediático estaba doblemente sometido: al Estado y al mercado.

### Censura automatizada

En la década del noventa, gracias a una vanguardia militante, internet se perfiló como una fuerza capaz de dar vuelta el tablero: la red permitía la proliferación de medios alternativos y contrarrestaba la hegemonía de los grandes grupos de comunicación dependientes del poder político. Sin embargo, una vez más, al ritmo de las crisis securitarias, el Estado reesta-

bleció su control jugando con la concentración de la economía política de internet (2). En efecto, siguiendo su propia lógica de acumulación, las grandes plataformas digitales lograron centralizar una inmensa parte de nuestras comunicaciones y desarrollaron saberes únicos para vigilar a la población y censurar los espacios de expresión. Técnicas que el Estado pretende hacer propias.

## En cuanto a la censura, se establecieron alianzas que marcan un retroceso histórico de las garantías en materia de libertad de expresión.

En 2013, Edward Snowden sacó a la luz documentos que revelaban la participación de las grandes plataformas en los programas de vigilancia de la inteligencia estadounidense. En ese momento, los directivos de esas empresas no escatimaron esfuerzos para distanciarse del aparato securitario y tranquilizar a los usuarios, pero tampoco restringieron su colaboración con las autoridades, en particular cuando los investigadores piden acceso a informaciones personales vinculadas a cuentas privadas. Entre 2013 y 2018, el número de usuarios involucrados en Estados Unidos en solicitudes judiciales autorizadas en virtud del Foreign Intelligence Act aumentó un 680 por ciento en Google y un 1.300 por ciento en Facebook (3). En Francia, los intercambios realizados desde 2015 en el marco de un “grupo de contacto” entre el oligopolio digital y el Ministerio del Interior provocaron un crecimiento impresionante del número de datos entregados a las autoridades: un alza del 670 por ciento para Google y del 800 por ciento para Facebook entre 2013 y 2019. Este órgano opaco, lejano sucesor de las cámaras sindicales de las imprentas y librerías del Antiguo Régimen, permite que estas empresas mantengan informadas a las autoridades francesas de las actualizaciones que van a realizar a sus servicios, por ejemplo, protocolos criptográficos que podrían disminuir la capacidad de vigilancia del Estado.

Al mismo tiempo, se eluden los tratados de cooperación judicial, que regían el acceso de las autoridades nacionales a



Óscar Pinto Pineda, *Baobab*, ilustraciones del libro “El Principito” (Cortesía del autor)

los datos almacenados fuera de sus fronteras. Google y Microsoft promovieron activamente nuevas legislaciones, como el Cloud Act, promulgado por Donald Trump en marzo de 2018, y su equivalente europeo –el paquete “e-Evidence”–, que está siendo analizado por la Unión Europea. Esta nueva normativa permite que las empresas decidan por sí mismas si tal o cual solicitud extraterritorial respeta los derechos fundamentales de los usuarios involucrados. Estos mecanismos podrían internacionalizarse con rapidez mediante tratados como la Convención sobre Cibercriminación del Consejo de Europa.

En cuanto a la censura, se establecieron alianzas que marcan un retroceso histórico de las garantías en materia de

libertad de expresión. Desde los atentados de enero de 2015 en París, la lucha contra la propaganda yihadista y los “discursos de odio” justifica una colaboración cada vez más estrecha entre las fuerzas policiales y las plataformas para invisibilizar las expresiones que se consideran ilícitas o simplemente “indeseables”, según el término elegido por Macron en la Unesco. Lo que sucede en realidad es que se masifica la censura automatizándola y eludiendo los procedimientos judiciales. En efecto, los Estados buscan generalizar el recurso a las técnicas de “inteligencia artificial” desarrolladas por los gigantes de Silicon Valley para identificar en el océano digital los “contenidos” considerados inapropiados y bloquear-

los. Incluso cuando, por el momento, las plataformas todavía deben hacer uso de las “manos de la censura”, es decir, trabajadores precarios encargados de aplicar sus políticas de moderación.

Tras las experiencias realizadas a nivel nacional o bajo la égida de organismos como Europol, la legislación perenniza este nuevo modelo de censura, como por ejemplo la ley alemana NetzDG, adoptada en junio de 2017 para luchar contra los “discursos de odio” en Internet, su equivalente francés, que está siendo discutido en el Parlamento (la propuesta de ley “contra los contenidos de odio en Internet”), o incluso el reglamento europeo sobre la lucha contra la propaganda terrorista, a punto de ser adoptado en Bruselas.

En un correo conjunto enviado a la Comisión Europea en abril de 2018, los ministros del Interior francés y alemán explicitaban sin rodeos el objetivo de esos textos: la generalización de los dispositivos de censura desarrollados por Google y Facebook en toda la internet (4). Del mismo modo, explican que la “apología del terrorismo” –una noción extensible que suele instrumentalizarse para invisibilizar las expresiones contestatarias– apenas constituye un primer paso. Los ministros escribieron que, en definitiva, “será conveniente ampliar las reglas establecidas a los contenidos de carácter pedopornográfico y a los relacionados con discursos de odio (incitación a la discriminación y el odio racial, violación de la dignidad de la persona humana)”. En Francia, esto representa el fin de la ley de 1881 y de la protección judicial de la libertad de expresión. Así, se está consolidando un régimen de censura extrajudicial, mayormente privatizado y cada vez más automatizado. ■

\*\* Artículo publicado en: *Le Monde diplomatique*, edición Francia, abril 2020.

1. Véase Shoshana Zuboff, “La era del capitalismo de vigilancia”, *Le Monde diplomatique*, edición Colombia, febrero de 2019.
2. Véase Dan Schiller, “El ciberespacio en disputa”, *Le Monde diplomatique*, edición Colombia, febrero de 2013.
3. Véanse los informes “Informe de transparencia”, Google, <https://transparencyreport.google.com> y “Government Requests for User Data”, Facebook Transparency, <https://transparency.facebook.com>
4. Joe McNamee, “Leak: France and Germany demand more censorship from Internet companies”, European Digital Rights, 7 de junio de 2018, <https://edri.org>

\* Investigador, miembro de la organización La Quadrature du Net. Este artículo está adaptado de su libro *L’Utopie déçue. Une contre-histoire d’Internet, XVe-XXIe siècle*, Fayard, París, 2019. Traducción: Georgina Fraser

**Tranquilidad es aprender a ahorrar antes que a gastar.**

Ven a Confiar y deposita toda tu confianza, crecerá tanto como tus ahorros.

La diferencia está en confiar

confiar  
coop

ALBERTO CÁRDENAS / FINANCIERA DE COLOMBIA  
VIGILADO

Hace un año, la oposición demócrata se enfureció al ver que el presidente Donald Trump fue absuelto por la justicia americana de las sospechas de colusión con Rusia. La obsesión anti-rusa de las elites occidentales, particularmente las británicas, recuerda a otras. En el pasado, algunas fuerzas conservadoras incluso han producido documentos falsos para alimentar la rusofobia, considerándola como una desviación oportuna.

## Documentos falsos y trapos rojos reales

# Historia de la rusofobia

por Guy Laron\*



Oscar Pinto Pineda, *Bebedor*, ilustraciones del libro "El Principito" (Cortesía del autor)

Un autócrata maquiavélico que desde Moscú sueña con debilitar la libertad y la democracia; servicios de seguridad omnipotente que elaboran siniestras maquinaciones extendiendo sus tentáculos por todo el mundo; un país asiático y bárbaro que supone una amenaza para la civilización occidental: esta avalancha de imágenes caricaturescas del poder ruso no esperó que Vladimir Putin llegara al Kremlin para derramarse sobre Occidente. Ya podían rastrearse en el siglo XV. En el siglo XIX, el frenesí anti-ruso era tal que la elite intelectual acuñó el término "rusofobia" para designar tanto a quienes alimentaban un miedo irracional a Rusia como a

quienes conscientemente exageraban la amenaza que representaba.

### La obsesión de las elites liberales

Estos accesos de pánico no surgieron de la nada. La rusofobia alcanzó su apogeo en el siglo XIX y principios del XX, en momentos en el que aumentaban las desigualdades sociales, provocando una creciente presión del movimiento obrero para hacerles frente. ¿Fue un recurso empleado por la elite rica para evitar temas molestos?

En ese momento, Rusia obsesionaba a las elites liberales europeas, en particular a Gran Bretaña. En 1817, apenas dos años después de finalizadas las guerras napoleónicas, un diario británico, el *Morning*

*Chronicle*, afirmó que "la principal intención de los rusos es expandir su territorio"; mientras que el general Sir Robert Wilson devolvía a la actualidad un documento falso: el "Testamento de Pedro el Grande".

Sir Wilson leyó ese documento por primera vez en 1812, el año en que el ejército de Napoleón invadió Rusia para castigarla por reanudar el comercio con su peor enemigo, Gran Bretaña. Enviado al Este, en ese entonces Sir Wilson servía como agente de enlace con el cuartel general ruso para coordinar el esfuerzo contra los franceses. El documento que cayó en sus manos constituía un supuesto plan que Pedro el Grande (1672-1725) habría legado a sus sucesores, en particular para ase-

sorarlos en la expansión del imperio ruso mediante la conquista de Medio Oriente y Europa Oriental. Derrotadas por el "General Invierno", las tropas francesas se retiraron, dejando tras de sí algunos ejemplares del "testamento".

En ese momento, Sir Wilson entendió perfectamente que se trataba de una falsificación, una operación de propaganda montada por Francia para legitimar la invasión de Napoleón. Lo que no le impidió, cinco años más tarde, hacer suyas las afirmaciones que allí figuraban. En un libro que publicó en 1817, Sir Wilson predijo que Rusia sería un enemigo peor que la Francia derrotada. Sin embargo, debido a su participación en la guerra, era muy consciente del rol crucial que desempeñó el gran ejército ruso en la derrota del emperador francés. Pero de repente todo esto sólo era un recuerdo lejano. ¿Cómo explicar este cambio repentino (1)?

### Políticas divergentes

Durante tres siglos, Gran Bretaña había mantenido relaciones amistosas con Rusia. En este vasto país con recursos aparentemente inagotables, los británicos encontraron cáñamo, lino, alquitrán y madera, desde el siglo XVI elementos esenciales para el desarrollo de su flota. En el siglo XVIII, el hierro ruso también jugó un papel importante en el desenvolvimiento de su industria. Y cuando a principios del siglo XIX la tecnología británica hizo obsoleta la industria metalúrgica rusa, Moscú recurrió a la masiva exportación de trigo. Así, el grano ruso alimentó a los hambrientos trabajadores de Manchester y Liverpool. A cambio, Rusia podía adquirir la tecnología británica.

A principios del siglo XIX Moscú cuestionó esta política de libre comercio. Alejandro I (1801-1825) y Nicolás I (1825-1855) alentaron la industria nacional, adoptando un sistema de derechos aduaneros prohibitivos que impidió a Gran Bretaña comercializar sus productos en el mercado ruso. A la vez que los burócratas comenzaban a acosar a los comerciantes británicos. Como resultado, la balanza comercial entre ambos países empezó a inclinarse a favor de Rusia (2).

Pero Moscú no sólo hizo valer sus intereses económicos. Tras las guerras napoleónicas, el imperio zarista también se expandió hacia el este y el sur. Entre 1853 y 1856 sus incursiones en el Imperio Otomano dieron lugar a un enfrentamiento en Crimea con una coalición militar franco-británica. Del mismo modo, las conquistas rusas en el Cáucaso y Asia Central hicieron temer una invasión de India, joya de la corona imperial británica.

En las décadas siguientes a la publicación del libro de Sir Wilson, el pretendido "Testamento de Pedro el Grande", siempre enarbolado como la prueba perfecta de las nefastas intenciones de Rusia, siguió siendo objeto de debates en Europa. Fue considerado un documento auténtico por todos, desde los nacionalistas húngaros, polacos y bálticos, víctimas de la represión rusa, hasta por Marx y Engels (que nunca perdonó a Nicolás I sus intervenciones antirrevolucionarias en Polonia y Hungría), pasando por los conservadores británicos. Tanto es así que en 1876 un diplomático británico abordó el tema con Alejandro II. "Todo lo que se dijo o escribió sobre el testamento de Pedro el Grande y las intenciones de Catalina II sólo eran ilusiones y fantasías" (3), respondió categóricamente el zar. No fue hasta 1859 que se involucraron los investigadores, y en 1879 se pusieron de acuerdo

en la hipótesis de la falsificación. Sin embargo, un siglo después, algunas personas todavía se refieren a este documento como la Piedra de Rosetta que ayudaría a descifrar la política exterior rusa.

La preocupación por Rusia se relacionaba asimismo con sus capacidades. Aquí también las percepciones británicas tendían a amplificar la amenaza. Conquistar el Imperio Otomano o invadir India estaba más allá de sus posibilidades. A pesar de su considerable tamaño, el ejército ruso era ineficiente e incapaz de absorber las modernas tecnologías de comunicación y transporte, como lo demostró su doble derrota, en Crimea en 1856 y luego en el frente japonés en 1905.

A pesar de esto, los autoproclamados expertos siguen intentando sembrar el pánico. Cuando el gobierno británico llevó a cabo una política exterior contraria al gusto de los rusóforos, no dudaron en atacarlo con virulencia. Así, uno de esos expertos acusó al entonces Primer Ministro Lord Palmerston, que sin embargo era partidario de una actitud belicista hacia Rusia, de ser “no sólo engañado, sino también cómplice de Rusia en su plan de aniquilar a Inglaterra” (4).

No obstante, entre la elite política no existía consenso sobre el nivel de riesgo real que representaba Moscú. Los hombres de Estado británicos jugaban con dos barajas. Mientras que los conservadores como Lord Palmerston y Benjamin Disraeli defendían una línea dura, los liberales como William Gladstone y Richard Cobden abogaban por una postura más flexible. De hecho, detrás de estas posiciones había intereses y tácticas políticas divergentes. Los primeros representaban las finanzas de la City de Londres, principal inversor del Imperio Británico. Los liberales, en cambio, representaban a sectores favorables a las exportaciones a Rusia, en particular la industria (5). Otra explicación, y no menos importante: los tories esperaban que, avivando las llamas de la rusofobia, podrían sofocar las reivindicaciones para extender el sufragio (hasta 1867 el electorado representaba el 10% de la población, antes de pasar al 20%). Los liberales, al contrario, no tenían necesidad de tales subterfugios. Veían con agrado la idea de un electorado ampliado.

En 1907 Rusia y Gran Bretaña firmaron una tregua al conflicto latente entre ambos desde el final de las guerras napoleónicas. Pero la Revolución de Octubre de 1917 cambió la situación. La Unión Soviética era una pesadilla para los conservadores británicos. Además de su hostilidad al libre comercio, el primer Estado comunista veía a los sindicatos y a los movimientos anticoloniales como aliados que le ayudarían a salir de su aislamiento diplomático.

En la década de 1920, los conservadores británicos estaban obsesionados por el temor de que la subversión y propaganda comunista hicieran temblar los cimientos del Imperio, especialmente en China. Como resultado, la rusofobia inglesa se convirtió en fobia al comunismo (6).

### No obstante, entre la elite política británica no existía consenso sobre el nivel de riesgo real que representaba Moscú.

Grandes figuras conservadoras como Stanley Baldwin y Winston Churchill también se preocuparon por el ascenso al poder de un partido obrero, primera vez en la historia británica. El gobierno laborista formado en enero de 1924 por Ramsay MacDonald tenía once miembros provenientes de la clase media, incluyendo al propio primer ministro. Aunque efímero, ese gobierno logró extender los derechos [al seguro] de desempleo y aprobar el *Housing Act* [Ley de la Vivienda] para mejorar el acceso a una vivienda asequible para los trabajadores pobres. Continuando con la política de puertas abiertas del liberal Lloyd George, entre 1916 y 1922 Mc Donald intentó estimular las exportaciones a la Unión Soviética, que codiciaba la maquinaria industrial británica. Los tories, ferozmente opuestos a este proyecto, no dejaban de acusar al gobierno laborista de 1924 de confabularse con Moscú.

En vísperas de las elecciones de noviembre de 1924, otro documento apócrifo apareció en las columnas del *Daily Mail*, un diario británico conservador: una carta de Grigory Zinoviev, entonces jefe del Komintern, la Tercera Internacional, que reunía a los partidos comunistas de todo el mundo, liderados por Moscú. Su contenido parecía demostrar que la Unión Soviética intentaba influir en las elecciones a favor del Partido Laborista. Hoy está establecido que el Partido Conservador obtuvo este explosivo documento de la Inteligencia Británica (MI6), lo que no es sorprendente si se considera que los jefes del servicio secreto y los políticos conservadores provenían de las mismas universidades de elite e integraban la misma camarilla. Tras esta espectacular revelación, cuyo impacto es aún difícil de medir, el Partido Conservador ganó las elecciones de 1924 (7).

Eso fue sólo el principio. El tenso clima social llevó a la huelga general de 1926. El gobierno conservador afirmaba tener pruebas de que la Unión Soviética contribuyó al malestar social, cuando el desencadenante fue el colapso de la industria del carbón. En 1927, Londres rompió relaciones diplomáticas con Moscú, alegando injerencia en sus asuntos internos. En la segunda mitad de los años 30, los dirigentes conservadores persistieron en considerar a la Unión Soviética como el principal enemigo de Gran Bretaña, a pesar del ascenso de la Italia fascista y la Alemania nazi. Por lo tanto, una alianza antifascista con la Unión Soviética parecía inconcebible (8). Un prominente diputado conservador, Leo Amery, abogó en 1936 por “dejar que las tres fuentes de peligro, Alemania, Rusia y Japón, se neutralizaran mutuamente”. Esta estrategia fue retomada unos meses después por el primer ministro Stanley Baldwin: “Si hubiera una guerra en Europa, preferiría que los bolcheviques y los nazis se hicieran cargo de ella” (9).

Sin intervención alguna de Rusia, fenómenos tales como el cuestionamiento al libre comercio, el auge de los partidos obreros y los movimientos anticoloniales constituían una verdadera amenaza para las elites políticas. La tentación de atribuir esos peligros a la acción de una quinta columna ofrecía entonces muchas

ventajas, pero hipotecaba la constitución de una coalición internacional capaz de contener el ascenso nazi.

### ¿Una desconfianza infundada?

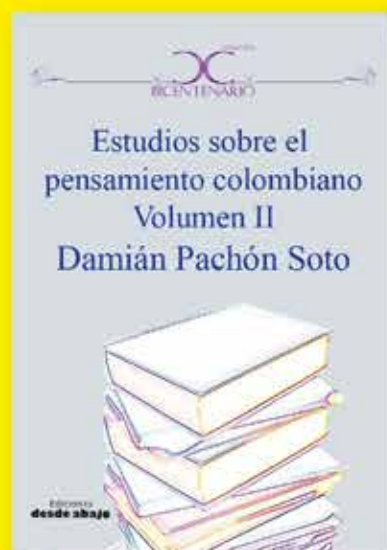
Sin confundirse con la rusofobia del pasado, el aumento de la desconfianza hacia Rusia recuerda ciertos episodios del pasado. ¿Los historiadores de las generaciones futuras establecerán un paralelismo entre la carta de Zinoviev y el *dossier* de Steele, -llamado así por el ex agente del servicio de inteligencia británico- que planteó por primera vez la hipótesis de colusión entre el candidato Donald Trump y Rusia? ¿Se preguntarán cómo un país cuya riqueza anual es igual a la de España podía suponer tal amenaza para el orden mundial? ¿Lamentarán que en tiempos de inestabilidad internacional y de carrera de armamentos nucleares, ningún político haya tenido el valor de proponer un compromiso constructivo con la Rusia de Vladimir Putin? ¿Verán un vínculo entre las flagrantes desigualdades de nuestra sociedad y el resurgimiento de la rusofobia? Todavía es demasiado pronto para responder a estas preguntas, pero la historia nos enseña que el sentimiento anti-ruso rara vez ha inspirado sabias decisiones políticas. ■

1. Albert Resis, “Russophobia and the ‘Testament’ of Peter the Great, 1812-1980”, *Slavic Review*, Vol. 44, N° 4, invierno boreal 1985; y John Howes Gleason, *The Genesis of Russophobia in Great Britain*, Harvard University Press, Cambridge, 1950.
2. Boris Kagarlitsky, *Empire of the Periphery: Russia and the World System*, Pluto Press, Londres, 2008, págs. 81-82, 127-131; y Margaret Miller, *The Economic Development of Russia, 1905-1914*, Franl Cass, Londres, 1969.
3. Citado por Albert Resis, *Op. Cit.*
4. C. W. Crawley, “Anglo-Russian Relations 1815-40”, *The Cambridge Historical Journal*, Vol. 3, N° 1, 1929.
5. Kevin Narizny, *The Political Economy of Grand Strategy*, Cornell University Press, 2007.
6. Véase Paul Hanebrink, “El mito del judeo-bolchevismo”, *Le Monde diplomatique*, edición Colombia, diciembre de 2019.
7. Richard Norton-Taylor, “Zinoviev Letter was a Dirty Trick by MI6”, *The Guardian*, Londres, 4-2-1999.
8. Véase Gabriel Gorodetsy, “Un autre récit des Accords de Munich”, *Le Monde diplomatique*, octubre de 2018.
9. Citado en Anne Perkins, *Baldwin*, Haus Publishing, Londres, 2006.

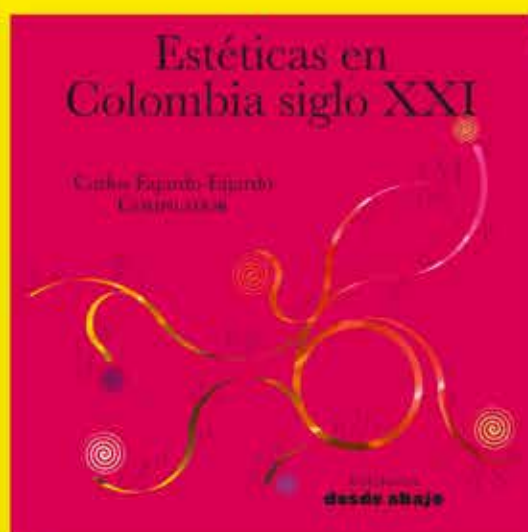
\*Profesor de Relaciones Internacionales de la Universidad Hebrea de Jerusalén.  
Traducción: Teresa Garuñi

## Próximamente publicaciones

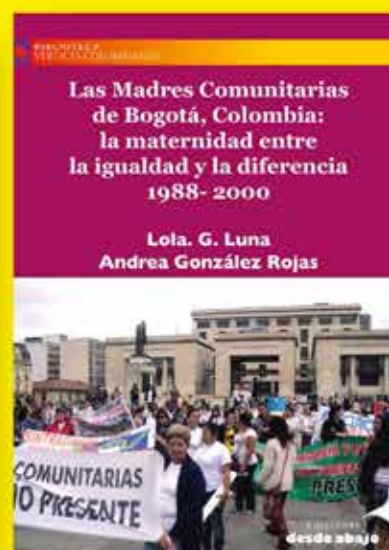
Ediciones desde abajo



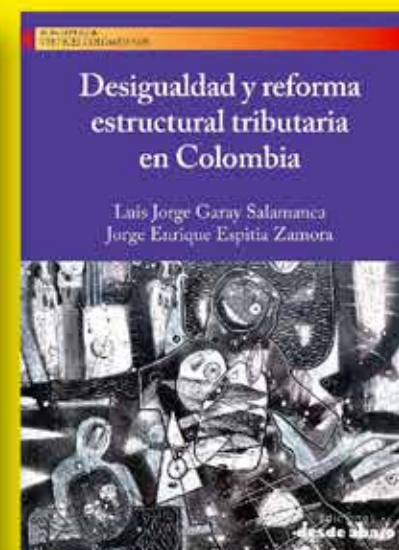
Formato: 17 x 24 cm • 500 páginas



Formato: 22 x 22 cm • 336 páginas



Formato: 17 x 24 cm • 238 páginas



Formato: 17 x 24 cm • 228 páginas

Como alternativa a una concepción elitista del cine ugandés, en el barrio de Wakaliga, en Kampala, viene gestándose un nuevo género. Entre la denuncia social y la parodia de películas estadounidenses de los 80, Ramon Film Productions apuesta por el costado colectivo y comunitario del séptimo arte.

## La industria del cine en Uganda

# Después de Hollywood y Bollywood, ¡Wakaliwood!

por Daniel Paris-Clavel\*

En 2005, *Feeling Struggle*, de Hajj Ashraf Ssemwogerere, que narra la historia de una niña robada a sus padres para un sacrificio ritual, se gana el título de primera película ugandesa. En ese país, las salas de cine se reducen a un local cualquiera, unas sillas, una pantalla de televisión y una videocasetera; pero, a pesar de la evidente falta de medios y de infraestructura, el “Kinna-Uganda” (cine ugandés) progresa. Sin embargo, su reconocimiento sigue estando confinado a las clases sociales más acomodadas: mientras que cerca de la mitad de la población sobrevive por debajo de la línea de la pobreza, los temas “neorrealistas” apreciados por los cineastas locales ya no tienen éxito para un público que busca más bien evadirse de su lamentable cotidianidad.

Algunas décadas antes, era justamente en las “salas de cine” de los caseríos y barrios precarios que componen el barrio de Wakaliga, al sur del centro de la ciudad de Kampala, donde Robert Kizito, futuro profesor de kung-fu, seguía apasionadamente las hazañas de Chuck Norris, Arnold Schwarzenegger, Bud Spencer, Roger Moore, Jackie Chan, Jet Li y, por supuesto, Bruce Lee. Eran generalmente películas estadounidenses o hongkonesas, que le contaba luego a su pequeño hermano, Isaac Godfrey Geoffrey “IGG” Nabwana. Desde entonces, “IGG”, aunque nunca vio él mismo esas películas, alimenta el ferviente deseo de hacerlas.

En 2005, con 32 años, fundó Ramon Film Productions, una sociedad que nombró así en homenaje a sus abuelas, Rachael y Monica, quienes lo criaron y protegieron durante la guerra civil (1981-1986). Tras haberse entrenado haciendo videoclips para músicos locales, “IGG” comenzó a realizar largometrajes completamente diferentes a los que se filman en los barrios acomodados. El registro era menos serio: su primer largometraje, por ejemplo, *My School Days*, que nunca fue lanzado, ponía en escena a un vampiro en moto. Aunque las lenguas oficiales del país son el inglés y el suajili, sus actores dialogaban en una mezcla de inglés y luganda, el idioma más hablado en Uganda –que aumentó el desprecio de las élites–.

Todos los domingos, “IGG” juntó a sus amigos del club de kung-fu administrado por su hermano para filmar, sin permisos... ni guión preestablecido. En 2009,



## WAKALIWOOD SUPA ACTION



Añiche para la primera película de Ramon Film Productions, *Who Killed Captain Alex?*

cuando una huelga generalizada paralizó al país, terminó de filmar en un mes (con aproximadamente 200 dólares) *Who Killed Captain Alex?*, “la primera película de acción realizada en Uganda por ugandeses”: el incorruptible capitán Alex, estandarte de la lucha contra la Mafia del Tigre, es misteriosamente asesinado. Su hermano, Bruce U, “del templo ugandés de Shaolin”, intenta vengarlo...

Entre fusilamientos gore y técnicas del “pequeño dragón”, *Who Killed Captain Alex?* pone en escena a un policía

tan incapaz como corrupto y a unos soldados ebrios que buscan pelea en los bares. Mientras que, en el rodaje –discreto, porque se realiza sin autorización–, el jefe (ficticio) de la policía declara: “La ciudad está protegida, los ugandeses adoran la ley marcial”. Las calles de los alrededores fueron rastrilladas por verdaderos soldados luego de que un grupo de manifestantes incendiara la comisaría de Wakaliga. La realidad superaba a la ficción a solo algunos metros –además, la película termina con imágenes de verdaderos manifestan-

tes que son reprimidos con camiones hidrantes–.

Aunque el director describe un clima social dramático realmente vivido –ya sea en la época de Idi Amin Dada (en el poder de 1971 a 1979), en la de la guerra civil o en la actualidad–, el humor siempre está presente. Realizados realmente con muy pocos recursos (las armas fueron ingeniosamente fabricadas con chatarra y tubos, pedacitos de madera tallados en punta a modo de cartucheras, etc.), sus películas nada tienen que ver con la risa involuntariamente provocada por numerosas “series Z” de acción occidentales. “Wakaliwood”, el apodo adoptado por Ramon Film Productions, no hace “bodrios”. El humor es deliberado, asumido y eficaz.

### Construir una comunidad

El compromiso de los actores es total. Crean sus diálogos, su maquillaje, su vestuario, preparan las comidas colectivas y recuperan un porcentaje de los DVD (1) que venden ellos mismos, de puerta en puerta, durante la semana siguiente al estreno de la película –después, la piratería destruye cualquier esperanza de beneficios suplementarios–.

Aunque vienen de todo el país y, algo muy importante, de todas las tribus (Uganda cuenta con más de cincuenta), la mayoría son de Wakaliga. “¡Ahora todos mis vecinos son actores! De hecho, no buscamos lugares de rodaje, filmamos ahí donde crecimos. Con la gente del barrio”, lanza sonriendo “IGG” Nabwana (2).

El decorado determina la acción –que el equipo improvisa ampliamente– y los rodajes se transforman en un teatro de calle que atrae a los curiosos... y despierta vocaciones. En primera fila, los niños. “Todos los chicos de acá crecieron y aprendieron viéndonos hacer películas, entonces ahora ¡quieren actuar en ellas! Todos comparten nuestro amor por el cine”, dice con alegría el director autodidacta. Por otra parte, sus películas les ofrecen –igual que a las mujeres– papeles protagónicos, en el centro de la acción. Los miembros del equipo siguen los cursos de kung-fu que se dictan a diario delante de la casa del director. Además de servir de estudio de rodaje y de montaje, la casita de ladrillos de “IGG” y su esposa, Harriet, asistente de dirección, alberga a unos quince niños actores, los “Waka Starz”. “El setenta por ciento de la población ugandesa es menor (3). Entonces confiamos mucho en los Waka Starz para transmitir nuestro mensaje, porque los jóvenes pueden identificarse más fácilmente con ellos que con actores más grandes”, continúa el director.

El cine, arte colectivo, es fuente de invenciones desde hace más de un siglo. Wakaliwood, por su parte, inventó el video-jockey (VJ) que, armado con un micrófono, dobla la película durante la proyección. “IGG” explica: “Las películas que pasaban en los años 80 estaban en chino o en inglés, ¡pero no hablábamos esas lenguas! Hubiéramos necesitado subtítulos... Fue uno de mis compañeros de escuela, VJ Kiwa, quien tuvo la idea de doblarlas en directo. Entonces, aplicamos la idea a nuestras producciones, para que puedan seguirlas mejor. Y esto aporta un toque de humor, porque los VJ hacen más que traducir: comentan y hacen bromas, haciendo que el filme sea todavía más interesante. Acá las personas están acostumbradas a este procedimiento. Notamos que también funcionaba muy bien con el público extranjero. Le pone condi-

mento a la película, y me gustaría difundir la práctica por todo el mundo". La voz en *off* de su video-jockey oficial, VJ Emmie, se incluye en sus DVD. Ironía garantizada. Por ejemplo, durante una escena en la que unos mafiosos armados hasta los dientes avanzan en cámara lenta en el más puro estilo hollywoodense, el VJ precisa: "Camina en cámara lenta... porque piensan en cámara lenta".

### Proyectándose hacia el exterior

Wakaliwood es un verdadero éxito, pero debe enfrentar una montaña de obstáculos. Empezando por las condiciones de vida en un barrio en el que la violencia y la miseria forman parte de la realidad cotidiana. Se produjeron numerosas muertes en el seno del equipo. Un obstáculo más trivial son los frecuentes cortes de electricidad que tienen consecuencias desafortunadas: el primer disco duro improvisado por el director se quemó, llevándose con él una decena de sus primeras películas ("IGG" Nabwana, único director de la empresa, realizó hasta la fecha, más de cuarenta). *Who Killed Captain Alex?* sólo pudo ser salvada a partir de una copia. Sin embargo, fue su tráiler de noventa segundos, subido con muchísimo esfuerzo a YouTube en 2011, lo que generó mucho revuelo en Internet, acumulando más de un millón de reproducciones en sólo algunos días.

Este corto video, que hizo descubrir la existencia de Wakaliwood fuera de los barrios populares del país, también impulsó al estadounidense Alan Hofmanis, cinéfilo curioso en plena ruptura sentimental, a dejarlo todo para instalarse en

Uganda. Al unirse al equipo le aportó su conocimiento de las redes sociales, lanzando una campaña de financiamiento que, con un objetivo de 160 dólares, terminó consiguiendo 13.000, que de inmediato fueron invertidos en una cámara, en la construcción de un helicóptero de charrá y en cuidados médico-dentales para los miembros del equipo y sus familias. Poco después, Hofmanis se convirtió en actor para la prodigiosa *Bad Black*, filmada entre 2011 y 2015. Lo que le permitió al gracioso VJ Emmie agregar, a la versión de *Who Killed Captain Alex?*, restaurada en 2013, el siguiente anuncio: "Si le gustó *Captain Alex*, prepárese para *Bad Black*: ¡habrá golpes para los blancos!". Embajador de Wakaliwood en el extranjero, Hofmanis no se sorprendió al ver que las típicas películas estadounidenses de los años 70 y 80 no eran copiadas sino parodiadas. "Acá fueron recibidas de manera muy diferente a la mía. Pero estamos conectados gracias a todos esos actores como Arnold Schwarzenegger, Chuck Norris o Jackie Chan, aunque no necesariamente provienen de las mismas culturas que las nuestras. Se puede ser un niño africano y sentirse identificado con Bruce Lee, como todos los chicos", explica el nativo de Long Island (4). Al inspirarse principalmente del cine hollywoodense de la era Reagan (o más precisamente de los relatos de su hermano), "IGG" Nabwana lo reinventa con un objetivo político diametralmente opuesto.

Estrenada en 2016, *Bad Black* (5) narra la venganza de una joven mujer desfigurada que se convierte en jefa de una banda, y la transformación de un doctor estadou-

nidense en un Schwarzenegger ugandés bajo la égida de un profesor de kung-fu de 8 años. De manera desordenada, el filme denuncia la trata de los niños de la calle, el destino de las madres solteras, el matrimonio forzado, el paternalismo, la falta de acceso a la atención médica, la gentrificación, la brecha entre los ricos y los pobres, etc. Excelente hasta en sus momentos más locos, *Bad Black* es una película hilarante y llena de suspenso. Una mezcla de géneros que logra desestabilizar al espectador occidental. Pero, para el director, "la vida real es una mezcla de comedia, de acción y de drama".

### En Wakaliwood, el cine concilia humor y drama, imaginación desmesurada y observación documental.

Criticado por las instancias culturales ugandesas por sus "excesos" sangrientos y la imagen que muestra de su país, "IGG" Nabwana opone su violencia truculenta a la de la televisión y, sobre todo, a la miseria real de los barrios populares que es la fuente directa de su cine. "Mis películas tienen un mensaje, porque evocan la vida de los pobres del gueto, de los tugurios de

Kampala. Intentamos mostrarles a todos –y sobre todo al gobierno– que hay que dejar de preocuparse únicamente por los más ricos. Es por eso que hablamos de los niños, que son terriblemente maltratados en el barrio. Es por eso que mis películas también tienen que tener ese costado realista".

En Wakaliwood, el séptimo arte encuentra sus raíces populares, conciliando humor y drama, justicia social y diversión espectacular, imaginación desmesurada y sentido de la observación documental. Evidentemente, hay una lucha desigual entre este cine de autor y el cine industrial. Es como si Georges Méliès se enfrentara a George Lucas... Sin embargo, se puede pensar que, en materia de originalidad, Yoda hubiera preferido la rebelión de Wakaliwood al imperio Disney. ■

1. En realidad, eran simples CD grabados en formato DivX.

2. Entrevista realizada por Skype, el 19 de octubre de 2018, a la salida de la proyección de *Bad Black* en el cine Nova de Bruselas.

3. Cerca del 50% de los ugandeses tienen menos de 14 años (fuente: "CIA World Factbook", [www.cia.gov](http://www.cia.gov)).

4. Entrevista del 19 de octubre de 2018.

5. Publicado en YouTube en diciembre de 2019, pero disponible también, con *Who Killed Captain Alex?*, en doble DVD – Blu-Ray en [www.wakaliwood.com](http://www.wakaliwood.com) (con subtítulos en 4 lenguas realizados por fans del mundo entero que se tomaron algunas divertidas libertades con respecto a los diálogos originales).

\*Creador de la revista *ChériBibi*, dedicada a las culturas populares ([www.cheribibi.net](http://www.cheribibi.net)). Traducción: María Julia Zaparart



En este libro, las críticas y estudios sobre Fake se abocan al comentario de los cinco temas principales abordados en la película: la institucionalización y mercantilización del arte, la autoría, el problema de los géneros y el realismo cinematográfico, la verdad y la falsedad en el arte, y el espectador. El análisis desarrollado tiene la intención de ampliar la visión crítica sobre el filme y lo que consideramos un error común en la interpretación de esta obra, la cual permite reflexionar sobre temas centrales del arte y la cultura occidentales.

Ediciones  
**desde abajo**

Formato:  
17 x 24 cm  
144 páginas



# Todos niños

por Serge Halimi\*



Óscar Pinto Pineda, Boas, ilustraciones del libro "El Principito" (Cortesía del autor)

Una vez más su mundo está por el piso. Y no somos nosotros los que lo rompimos. Actualmente se recuerda el programa económico y social del Consejo Nacional de la Resistencia, la conquista de los derechos sindicales y las grandes obras del New Deal. Pero muchos de los maquis franceses habían conservado sus armas, y en la calle un pueblo esperaba el afortunado paso "de la Resistencia a la Revolución". En cuanto a Franklin Delano Roosevelt, fue capaz de hacer entender a un sector de los empresarios estadounidenses que las revueltas obreras y el caos social ponían en peligro su amado capitalismo. No les quedó otra que acordar...

Nada de eso queda hoy. Confinadas, infantilizadas, tan aturdidas como aterrorizadas por los canales de noticias en continuado, las poblaciones se han convertido en espectadoras pasivas y devastadas. Por fuerza, las calles se fueron vaciando. Ya no quedan "chalecos amarillos" en Francia, ni Hirak en Argelia, ni manifestaciones en Beirut o Santiago de Chile. Como niños asustados por el estruendo de la tormenta, todos esperan conocer el destino que el poder les reserva. Porque los hospitales, es él (1); las máscaras, los tests, es él; los traslados que permitirán durar unos días más, es él; el derecho de salir o no -¿quién? ¿cómo? ¿cuándo? ¿con quién?- siempre es él, una y otra vez. El poder detenta todos los poderes. Médico y empleador, es también el juez de aplicación de la pena que decide la duración y la dureza de nuestro encierro. Entonces, ¿por qué sorprenderse si el pasado 13 de abril 37 millones de franceses, un récord, "dos veces más que un Mundial de Fútbol", hayan escuchado al Presidente de la República, cuando

habló en once canales de televisión al mismo tiempo? ¿Qué otra cosa podían hacer esa noche?

## La edad ingrata

El vértigo aumenta cuando ese poder no sabe adónde va. Sus decisiones son coercitivas, incluso cuando se contradicen. ¿Los barbijos? Eran inútiles, con toda certeza, cuando no los teníamos. Se volvieron útiles -es decir, salvadores de vidas- desde que están disponibles. Por supuesto, se impone el "distanciamiento social", pero la distancia de seguridad aumenta en un 50% cuando un francés va a Bélgica o cruza el Rin, y se duplica si logra atravesar el Atlántico. Por último, pronto nos dirán qué determinada edad y corpulencia nos seguirá impidiendo salir de casa. Era mejor ser viejo y gordo en el pasado que hoy "mayores" y "con sobrepeso": al menos, antes eran libres de circular. También nos explicarán por qué los escolares dejaron de ser contagiosos para los profesores próximos a la jubilación, a quienes sin embargo se les aconseja seguir manteniendo distancia de sus nietos.

Un día volveremos a ser adultos. Capaces de entender e imponer otras opciones, incluidas las económicas y sociales. Por el momento, recibimos golpes sin poder devolverlos; hablamos en el vacío y lo sabemos. De ahí este clima pegajoso, esta cólera impotente. En el medio de un cuarto, un barril de pólvora que espera su fósforo. Después de la infancia, la edad ingrata... ■

1. En Estados Unidos, el nombre de Donald Trump figurará en los cheques de 1.200 dólares que el Tesoro estadounidense enviará a decenas de millones de ciudadanos.

## Índice

Un futuro para la vida, digna 2  
por Carlos Gutiérrez M.

### Informe especial: Y después de la crisis, las crisis

Los engaños de la estadística 4  
por Carlos Eduardo Maldonado

Enseñanzas de la pandemia 6  
por Mauricio Torres-Tovar

La gran paradoja 8  
por Mauricio Trujillo Uribe

La planificación ecológica 10  
por Cedric Durand y Razmig Keucheyan

La sofisticación totalitaria 12  
por Félix Tréguer

Desastre en cadena 14  
por Lori M. Wallach

Mejor prevenir que curar 16  
Philippe Descamps y Thierry Lebel

La oportunidad del conocimiento 17  
por Oswaldo Iazzetta

¿Quién va a pagar? 18  
por Laurent Cordonnier

El solucionismo no es la solución 20  
por Evgeny Morozov

Reinventar la humanidad 22  
por Evelyn Pleller

Tomar el mundo sin cambiar el poder 23  
por Frédéric Thomas

Tregua política para Venezuela bajo la pandemia 25  
por Giovanni Molano Cruz

El regreso del "Ministerio de las Colonias" americanas 26  
por Guillaume Long

Los nuevos vicios de Miami 28  
por Laura Raim

Geopolítica del rompehielos 31  
por Philippe Descamps y Sandrine Baccaro

Las dos caras de la censura 34  
por Félix Tréguer

Historia de la rusofobia 36  
por Guy Laron

Después de Hollywood y Bollywood, ¡Wakaliwood! 38  
por Daniel Paris-Clavel

Todos niños 30  
por Serge Halimi